

HARLEQUIN

DESEO™

Asuntos  
de familia

# JESSICA LEMMON

EL ÚLTIMO BESO

# DESEO

---

JESSICA LEMMON

El último beso



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2020 Jessica Lemmon

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El último beso, n.º 181 - septiembre 2020

Título original: One Last Kiss

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-632-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## *Prólogo*

*Cinco años y medio antes, Nochevieja*

–Papá, por favor –dijo Gia Knox entre dientes.

Pero su padre, alardeando de ella, no se callaba. Esta vez estaba presumiendo de que su hija se había graduado con honores en el Instituto de Tecnología de Massachusetts y en breve empezaría a trabajar en ThomKnox, la compañía familiar.

–No hay ninguna duda de que ha heredado mi inteligencia.

Jack Knox guiñó un ojo a su única hija y la rodeó con el brazo.

–No seas tonto, Jack –intervino Macy, la madre de Gia–. Todo el mundo sabe que heredado la inteligencia de mí. Venga, dejemos a estos chicos en paz. Les estamos estropeando la diversión.

Macy tiró de su marido y Gia se quedó a solas con uno de los diseñadores de páginas web con más talento de la empresa. Arrastró los pies como pudo con aquellos Louboutins negros y entrelazó las manos delante de su brillante falda negra. Se dio cuenta de que se sentía incómoda cuando empezó a jugar con el largo collar que caía sobre su top de lentejuelas.

–Lo siento –le dijo al joven que tenía delante–. Están muy orgullosos. Por cierto, me alegro de conocerte, Jayson.

–Cooper. Nadie me llama Jayson.

–Con más motivo para no llamarte Cooper. Me gusta sentirme única.

Simplemente quería mostrarse simpática después del bochorno que había pasado con los comentarios de su padre, aunque más bien parecía que estuviera coqueteando. Por si fuera poco, Jayson le siguió la corriente.

–No hay ninguna duda de que eres única, Gia Knox.

Una breve sonrisa asomó entre su perilla y enseguida desapareció. Aquella media sonrisa era arrebatadora, como todo él. El traje le sentaba muy bien con aquellos hombros tan anchos. No había dejado de mirarlo de reojo mientras su padre había estado presumiendo de sus calificaciones.

Tenía el pelo oscuro y ondulado, y lo llevaba muy corto, aunque la perilla le daba un aire misterioso. Y aquellos ojos azules y penetrantes...

–Bueno, Jay –dijo, atreviéndose a llamarlo con aquel apodo–, no sé si te alegras de que vaya a unirme al departamento de tecnología.

–Por supuesto que sí –contestó sin dudar.

–¡Sesenta segundos! –gritó Brannon, ganándose una ronda de vítores y aplausos.

Prácticamente todos los empleados de Thom-Knox estaban en aquella fiesta de Nochevieja, incluida la familia de Gia, el alma de ThomKnox.

Los asistentes a la fiesta siguieron el ejemplo de Bran y se concentraron en el centro del salón,

mientras Jay y Gia se quedaron observando desde donde estaban.

–El momento que todos estábamos esperando –dijo ella mientras el grupo empezaba la cuenta atrás–. Un montón de empleados a punto de besarse con el comienzo de un nuevo año.

Esta vez, cuando su mirada se encontró con la de Jayson, se quedó clavada. Era incapaz de mirar hacia otro lado. Cuando él apartó los ojos de los suyos, fueron a detenerse en sus labios.

Sintió la caricia de su mirada. Era una sensación muy íntima y embriagadora. Se quedó distraída y descentrada. Solo había tomado una copa de champán, pero parecía que se hubiera acabado una botella y alguien se la hubiera roto en la cabeza.

¿Alguna vez había deseado tanto a un hombre? Jayson parecía tan encandilado como ella. Rara vez aquel tipo de atracción era mutua.

En aquel segundo, y en los tres que le siguieron, se imaginó satisfaciendo aquel deseo y besando a Jayson Cooper. Si desde donde estaba olía tan bien, de cerca debía de ser embriagador.

«Solo hay una manera de saberlo».

Jayson volvió a fijar la vista en ella y se echó hacia delante ligeramente.

Entonces, una pelirroja no tan alta como Gia y con una falda mucho más estrecha, se abalanzó sobre él.

–Vamos, Cooper, o nos perderemos la cuenta atrás –dijo dando saltos a su lado, agarrada a su brazo–. Hola, soy Shelly.

–Gia Knox.

Gia estrechó la mano de la otra mujer y sintió que perdía la atención de Jayson cuando rodeó a su cita por la cintura.

Como si lo hubieran llamado, Tom, el novio de Gia, también apareció.

–Ah, aquí estás.

Tom le dio un beso en la mejilla y ella puso una sonrisa falsa.

–Ha sido un placer conocerte, Jay –dijo Gia mientras Tom tiraba de ella hacia la multitud.

Jayson asintió y frunció ligeramente el ceño mientras Shelly lo arrastraba al centro del salón.

Gia y Jay se quedaron mirándose mientras seguía la cuenta atrás y la distancia entre ellos aumentaba.

Tres.

Dos.

Uno.

–¡Feliz año nuevo! –gritó la multitud mientras empezaba a caer una lluvia de confeti dorado y plateado.

–Feliz año nuevo, cariño –le dijo Tom a Gia antes de unir sus bocas en un beso.

Apartó aquella inoportuna y descabellada atracción que sentía por Jayson y se concentró en su pareja. Pero el beso de Tom apenas le afectó. Ni su corazón galopaba como había hecho un momento antes ni su estómago se había encogido por aquel delicioso e inesperado deseo.

Se entregó al beso, decidida a aplacar aquel arrebatado de lujuria. En breve empezaría a trabajar con Jayson Cooper y dejarse llevar por una fantasía no era la mejor manera de comenzar su carrera en ThomKnox.

Aquella sería una noche que nunca olvidaría, y no por Tom, la fiesta o aquel beso de año nuevo. El mejor recuerdo de la noche sería haber conocido a un atractivo extraño de ojos azules que, aunque en aquel momento no lo sabía, en breve se convertiría en su marido y, al poco, en su exmarido.

## *Capítulo Uno*

El Departamento de Tecnología ocupaba una amplia zona abierta, en donde también trabajaba Jayson Cooper además de sus hermanos. Gia, que había formado parte de aquel departamento durante años, había sido nombrada recientemente directora de marketing después de que Jayson y ella se divorciaran. Seguía teniendo el despacho en la misma planta, al otro extremo, con cristaleras desde las que veía a todos.

A Jayson nunca le había importado tenerla cerca. Ahora sí. Había pasado casi un año y medio desde su divorcio y no era fácil pasar página, cuando se veían a diario. Dependía de una mujer que se había negado a dejar que velara por ella durante el matrimonio. ¿Qué clase de marido había sido si su esposa se había negado a dejar que la cuidara?

Uno no muy bueno.

Gia y él se llevaban bien en el trabajo por su propio beneficio y por el de sus compañeros. Tenían sus desencuentros en el trabajo, sí, pero siempre se aseguraban de terminar bien el día. Eso les había estado funcionando una temporada.

Pensaba que sabía cómo proteger y amar a una mujer, pero en lo referente a Gia Knox-Cooper, se había equivocado. Era una mujer independiente y de fuerte carácter, y rara vez estaban de acuerdo. Ya lo sabía cuando se habían casado, pero pensaba que las cosas cambiarían después de la boda. Sin embargo, se habían ido alejando cada vez más. Por eso su divorcio había sido amistoso. Ahora se daba cuenta de que estaban mejor separados.

Taylor Thompson, la futura esposa de Royce Knox, entró en el departamento y se acercó a la mesa de Jayson.

–Coop, ¿puedes venir conmigo un momento al despacho de Gia?

–Claro.

Se levantó y siguió a Taylor, que llevaba un elegante vestido negro y la melena rubia recogida en un moño. Era la segunda del Departamento de Operaciones, una profesional seria y eficiente. Justo lo que el hermano mayor de Gia, el más serio y severo de los tres, necesitaba en su vida.

Hacía un año que había anunciado que esperaba un hijo de Royce y desde entonces estaban comprometidos. Le deseaba de corazón que su matrimonio fuera mejor que el suyo con Gia. En la ceremonia estaría su hija de seis meses, nacida el mismo día de la boda de Addison y Brannon Knox o, como Jayson prefería pensar, la misma noche en que había estado a punto de perder la cabeza y acostarse con su exesposa.

En su despacho, Gia estaba recostada en su sillón de cuero, con su larga melena oscura suelta sobre los hombros. El vestido rojo que llevaba haría morir de envidia a Jessica Rabbit. Era una mujer menuda, con un bonito cuerpo curvilíneo al que había llevado al éxtasis en más de una ocasión. Si la compatibilidad física fuera garantía de matrimonio exitoso, aún seguirían juntos.

Taylor dejó un par de tarjetas sobre la mesa junto a unos bolígrafos.

–Rellenad esto. Una cada uno.

Gia y Jayson intercambiaron miradas antes de que Gia tomara una de las tarjetas y la leyera.

–Ya está rellena, Tay.

–La mía también –dijo Jayson.

Su nombre figuraba en la otra tarjeta y debajo estaba marcada la casilla de asistencia.

Taylor le quitó la tarjeta de la mano y señaló un apartado en blanco.

–Aquí dice: «Acompañante: sí o no». Debajo hay un hueco para poner un nombre –explicó Taylor, y le devolvió la tarjeta–. Hay que poner sí o no. Es así de simple, se trata de cumplimentar una pregunta, no veinte. Me da igual quién venga, solo necesito saber el número de asistentes para decírselo al catering.

Jayson entornó los ojos para mirar a Gia y ella hizo lo mismo.

–Por mi parte, voy a ir acompañada –anunció Gia, marcando la casilla correspondiente–. Pero teniendo en cuenta que mi acompañante es alguien famoso, será mejor que la empresa de catering no sepa su nombre.

Devolvió la tarjeta a Taylor y sonrió, de manera algo forzada para el gusto de Jayson.

–¿Ah, sí? Ya hablaremos más tarde. ¿Y tú qué me dices, Coop?

–Qué casualidad, mi caso es el mismo –contestó, marcando la casilla del sí.

Gia arrugó la nariz y Jayson evitó mirarla.

–Ya está, tampoco era tan difícil –dijo Taylor con su sonrisa almibarada.

Se dio media vuelta y salió del despacho.

–Uf, es mi mejor amiga y la quiero, pero ¡cielos! –exclamó Gia una vez se hubo ido–. No sabía que estuvieras saliendo con alguien –añadió volviéndose hacia él.

–Yo tampoco sabía que tú también.

Jayson trató de mostrarse indiferente y metió las manos en los bolsillos. Un silencio incómodo se hizo entre ellos.

–Bueno, no quería ir a la boda de mi otro hermano y que pasara lo mismo que en la de Bran –dijo Taylor jugueteando con el bolígrafo–. Aquello fue un error.

Haberlo arrastrado hasta un dormitorio de la mansión de sus padres y haberlo besado apasionadamente había sido un gran error, y no era la única que pensaba así. Desde entonces, a Jayson le había sido difícil concentrarse en el trabajo y evitar adentrarse en terreno sexual en sus conversaciones con ella. No paraba de recordar el delicioso sabor de Gia de aquella noche. Si había un olor ante el que se sentía impotente era la esencia embriagadora de su exesposa.

Después de la boda de Bran y Taylor se habían besado ardientemente, escondidos en el cuarto de invitados, Gia con el vestido subido hasta la cintura mientras lo acariciaba por debajo de los pantalones. El recuerdo de aquellos momentos de fogosidad seguía muy vivo en él.

Entrelazó las manos a la altura de la entrepierna para ocultar su reacción y desvió sus pensamientos hacia lo que los había interrumpido aquella noche: el alboroto que se había formado cuando Taylor se había puesto de parto.

Aquello lo ayudaba a contener el deseo.

–No sabía que tuvieras pareja –dijo Gia en un intento por saber más.

Jayson no estaba saliendo con nadie. El trabajo le había mantenido ocupado y tampoco tenía ningún interés en mantener una relación en aquel momento. Tendría que buscar a alguien, preferiblemente a alguna celebridad, tal y como le había dicho a Gia. No estaba dispuesto a admitir que había mentado solo por salvar las apariencias.

–Llevamos poco tiempo –replicó él–. Yo tampoco sabía que estuvieras con alguien.

En otoño había asistido solo a la boda de Bran. Jayson seguía siendo considerado uno más de la familia. Bran y Royce eran como hermanos. A pesar de eso, aunque fuera cierto que tuviera pareja, ir acompañado a una reunión de los Knox sería incómodo para él y para su acompañante.

No se le había pasado por la cabeza que Gia fuera a ir con alguien a aquella boda. Había asumido que ella también seguía aquella regla no escrita de nada de citas cerca de su ex.

–La actualización de la tableta está a punto de salir –dijo él, derivando la conversación al terreno seguro y neutral de ThomKnox.

Los temas de trabajo eran los límites de aquel terreno neutral. En asuntos laborales compartían objetivos. ThomKnox era una prioridad en la vida de ambos. Siempre harían lo mejor por la compañía.

Tomó asiento y se dispuso a explicarle en detalle la actualización del software. En su situación, lo mejor para la compañía era que se llevaran bien, estuvieran juntos o no.

## *Capítulo Dos*

*Seis meses antes, en la boda de Bran*

«Esto es una locura. Estás loca, los dos estamos locos».

¡Pero qué bien sabía Jay! Después de tanto tiempo sin sexo, Gia había empezado a preocuparse de los efectos nocivos. Había tenido varias citas en verano. De no haberlo hecho habría sido como admitir que no había olvidado a su ex. Pero cada una de aquellas citas había acabado con un beso de buenas noches que le había recordado a Jayson Cooper. Así que mientras que él había pasado página, ella seguía sin olvidarlo.

Un buen ejemplo era su lengua. Era imposible negar que era muy bueno con ella, la forma en que la entrelazaba con la suya y luego la deslizaba por su cuello... Se entretuvo lamiéndola allí donde más se sentía su pulso a la vez que le subía el vestido y hacía lo que mejor se le daba: proporcionarle placer.

Con la mano bajo sus bragas, le acarició sus pliegues más íntimos. Gia sintió que perdía el sentido y gimió junto a sus labios. Entonces, la besó con fuerza en un intento de acallarla. Lo más increíble de todo, aparte de estar con él, era que aquel encuentro estuviera teniendo lugar en la mansión de sus padres en los viñedos, después de la boda de su hermano. Cuando los invitados empezaron a congregarse alrededor de la chimenea exterior, lo arrastró hasta el dormitorio más cercano.

Nadie los echó en falta ni lo harían si conseguía contener los gemidos, todo un desafío teniendo en cuenta que sus caricias la estaban llevando al borde del orgasmo.

No tardó mucho.

Se aferró a sus hombros, mordió sus labios y se corrió. Apenas se detuvo unos segundos para recuperar el aliento antes de deslizar la mano bajo sus pantalones. Le desabrochó el pantalón, le bajó la cremallera y estaba acariciando su potente erección cuando algo ocurrió.

Se oyó un grito de dolor proveniente del patio de atrás y adivinó que sería de Taylor, que estaba embarazada.

Jayson separó su boca de la de Gia y parpadeó como si estuviera tratando de recuperar el sentido. Ella contuvo la respiración y se quedó escuchando. Taylor volvió a gritar; se había puesto de parto.

–Maldita sea –dijo él.

Gia habría dicho lo mismo si hubiera podido articular palabra después de aquel potente orgasmo. Desde su divorcio, había sido ella misma la que se había dado placer, y ahora se daba cuenta de lo que se había estado perdiendo.

–Vístete, Gia –le dijo Jayson con voz ronca.

Luego le apartó la mano de los pantalones, esbozó una sonrisa que la derritió y la besó en la

mano.

—¿Qué hemos hecho? —murmuró ella.

Aunque era consciente de que no debían acostarse, habían estado a punto de hacerlo.

¿En qué estaba pensando?

Gia, con la mirada perdida a lo lejos, parpadeó repetidamente para volver a la realidad.

Había llegado al bar antes de la hora y ya se había tomado medio martini. No quería pensar en su exmarido ni recordar que hacía más de seis meses que no tenía un orgasmo de ese calibre. Había llegado pronto y se había bebido medio martini por la única razón de que necesitaba recuperar la seguridad en sí misma antes de verse con su acompañante famoso.

Miró a su alrededor y respiró hondo. A la luz de las velas, otras parejas disfrutaban de sus bebidas en las mesas. ¿Por qué había elegido un sitio tan romántico? Deberían haber quedado en una cafetería.

Denver «Pip» Phippen, la estrella del monopatín, estaba a punto de ser entrevistado para el papel de su vida, ser su acompañante a la boda de Royce y Taylor. Pero eso él todavía no lo sabía.

No era verdad que tuviera una cita cuando había marcado aquella casilla en la tarjeta. Pero, con Jayson más guapo y atractivo que nunca, se había dado cuenta de que si iba a la boda sola acabaría de nuevo con él en el cuarto de invitados, y no quería que eso ocurriera.

Había dado con el perfil de Pip en una aplicación de citas para la élite rica y poderosa. Una amiga se la había recomendado hacía más de un año con toda su mejor intención. Al principio no le había prestado atención, demasiado ocupada con el lanzamiento de la nueva tableta de ThomKnox. Pero después de cumplimentar la tarjeta de asistencia de Taylor, Gia había decidido que no sería mala idea darle una oportunidad a aquella aplicación.

Esa noche lo averiguaría.

Reconoció a Denver nada más verlo aparecer por la puerta. Derrochaba un gran carisma y más de una cabeza se volvió para mirarlo. Mientras la camarera lo acompañaba a la mesa, Gia se concentró en su reacción. Lo había visto en fotos, en vídeo y por internet, pero aquel era Denver Phippen en persona. Eso siempre era una experiencia diferente.

Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba largo y revuelto. Llevaba una camiseta suelta, unos vaqueros de marca y unas zapatillas Converse. Su rostro se iluminó cuando le dedicó la sonrisa más cautivadora que se podía imaginar.

Era perfecto.

—Tú debes de ser Pip —dijo ella tendiendo la mano.

No se esperaba que le besara la mano, así que tampoco se llevó una desilusión.

—Y tú Jee-ahh —replicó y la besó en la mejilla.

Al apartarse, reparó en que tenía una cicatriz encima de una ceja y otra en el labio superior. Por los vídeos de sus proezas en el monopatín sabía que Denver estaba lleno de cicatrices por los brazos y las piernas. Aquella combinación de pelo revuelto y cicatrices resultaba interesante.

—Mola este sitio.

—Ya he pedido. Soy muy impaciente —dijo ella acariciando el borde de su copa de martini.

—Guay.

Denver llamó a la camarera y pidió una cerveza. Se mostró atento y le arrancó una sonrisa a la joven. Si hubiera sido maleducado, Gia se habría ido y habría vuelto a la casilla de salida.

—Así que trabajas en ThomKnox. Ordenadores, teléfonos y todos esos aparatos tecnológicos —

dijo sacudiendo los dedos como si estuvieran hablando de brujería.

–Sí, esa es la esencia.

–¿Y de qué te ocupas?

–Dirijo el departamento de marketing.

–Guay.

Gia dio un sorbo a su martini y ocultó una sonrisa. Siempre había pensado que con su título del Instituto Tecnológico de Massachusetts acabaría dirigiendo un equipo técnico, pero ese puesto lo ocupaba Jay.

Su padre le había asegurado que Jayson era el más indicado para ese trabajo y que prefería tenerla en un puesto más alto, uno con más prestigio en ThomKnox. Cuando su padre había decidido dejar su puesto de presidente, Gia se había alegrado de que fueran sus hermanos los que optaran a sustituirlo en el cargo.

Nada más divorciarse, había optado por dirigir el departamento de marketing. En los días buenos, se engañaba diciéndose que había tomado la decisión adecuada. En los malos, se arrepentía de no haber insistido más en hacerse cargo del departamento que tanto amaba.

Pip tamborileó con los nudillos en la mesa al ritmo de la música, lo que la sacó de sus pensamientos.

–¿Cómo descubriste que el monopatín era tu pasión?

–Mi padre me compró uno cuando tenía doce años. Una vez que logré mi primer gran salto, me enganché –dijo, y levantó la mano, mostrando el extraño ángulo en el que se doblaba su dedo corazón–. Nunca me ha asustado el peligro.

–Ya veo. A mí no me gustan los riesgos. Al primer contratiempo, lo dejo.

Al decir aquello, recordó cómo había dejado el departamento de tecnología después del divorcio. Le gustaba su trabajo, pero después de que Jayson y ella se separaran, no soportaba estar bajo su autoridad ni un segundo más. Necesitaba espacio y aunque no podía tenerlo físicamente porque su despacho estaba en la misma planta, al menos no tenían que verse en las reuniones semanales.

–¿Para qué ibas a arriesgar tu linda cabecita?

Denver giró la mano y buscó la suya. Intrigada, dejó que se la entrelazara. Era fuerte y rugosa.

–He buscado información sobre ti –continuó él–. Te graduaste en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y perteneces a la familia Knox. ¿Por qué buscar una cita en una aplicación de contactos?

Buena pregunta. Había revisado los perfiles de un montón de millonarios, actores y creadores de videojuegos. Pip era completamente diferente a cualquiera que hubiera elegido. Era la solución perfecta para su problema. Teniendo en cuenta que no estaba preparada para salir con nadie, era el acompañante ideal para la boda. No se llevaría una impresión equivocada y seguramente se apartaría de su camino sin echar la vista atrás.

En vez de decirle que era la solución perfecta a su problema, optó por darle una respuesta más agradable.

–Me gusta tu cara.

Él sonrió. Era guapo.

–Sí, claro, a mí también me gusta tu cara, Jee-ahh. Vamos, confiesa. ¿A qué viene quedar para tomar una copa un lunes a las seis de la tarde? ¿De qué va este rollo? –preguntó y dio un sorbo a su cerveza.

Era más listo de lo que quería hacer ver.

–Y ahora, ¿quién es el listillo? –replicó ella arqueando una ceja.

Denver rio entre dientes.

Gia tomó la copa por el tallo y decidió contarle la verdad.

–Estoy buscando un acompañante para la boda de mi hermano. Es el sábado que viene.

–¿Y me has elegido a mí? –preguntó divertido–. ¿Qué pasa, que quieres enfadar a tus padres o tienes que poner celoso a alguien?

No pretendía poner celoso a Jayson y sabía que a sus padres les daba igual si iba a la boda acompañada o no. Lo que le preocupaba era la atracción que sentía por su exmarido. Con tan solo mirarla desde el otro extremo del salón, Jayson era capaz de hacer que su mente se quedara en blanco y que su corazón se detuviera. Un inocente baile en la última boda había acabado con sus manos en la parte baja de su espalda y sus labios junto al oído.

No podía permitir que eso volviera a pasar.

–Un poco de las dos cosas –mintió.

–Soy tu hombre –dijo Pip, y alzó su cerveza para brindar.

No era su tipo, pero cumplía el papel. Sonriendo, Gia levantó su copa y brindó con él.

## Capítulo Tres

La mujer que yacía sobre la arena era alta, dada la forma sugerente en que desplegaba sus piernas mientras posaba para la cámara.

Cuando Gia había dicho que estaba saliendo con un famoso, se le había ocurrido una idea. Ese mismo día, había llamado a Mason, su hermanastro, y había tenido la gran suerte de que tenía programada una sesión de fotos con una modelo.

Mason estaba de cuclillas en la arena, delante de la mujer, dándole instrucciones de cómo colocarse sin dejar de disparar su cámara.

A lo largo de los años, había tenido que aguantar todo tipo de bromas.

–Mason y Jayson, ¿qué sois, gemelos? –solían preguntarles.

La respuesta era evidente a primera vista. Jayson tenía una constitución más robusta que la de su hermano. Jayson era más fuerte y ancho que su hermano. Mason era delgado y unos centímetros más alto. Ambos habían llevado perilla, pero Jayson se la había quitado. Desde entonces, solo optaba por afeitarse o dejarse barba.

–Preciosa, Natasha –dijo Mason, felicitando a la modelo antes de bajar la cámara.

Preciosa Natasha sería un apodo perfecto. Aquella diosa en biquini, con arena pegada a los pechos, había aparecido en muchas revistas. La sesión de fotos era para su calendario. El año anterior había sido portada de la edición de bañadores de *Sports Illustrated*, y en la más reciente también aparecía, aunque en páginas interiores.

Encargarse del calendario de Natasha Tovar era todo un triunfo para Mason. Había empezado su carrera haciendo retratos familiares. Luego había sido fotógrafo de bodas. De hecho, se había encargado de la de Jayson y Gia, y, más tarde, había pasado a fotografiar a modelos, algo que en California era más duro de lo que se podía imaginar.

–¿Lo tenemos?

Natasha se sacudió la arena de la parte superior del cuerpo antes de enfundarse en una fina bata blanca que dejaba adivinar lo que había debajo. Cuando las copas del biquini mojaron el tejido, aparecieron un par de círculos naranjas de los que a duras penas podía apartar la mirada.

–¿Quién es? –preguntó la modelo secándose el pelo con una toalla mientras se acercaba con sus kilométricas piernas hasta Jayson.

–Es Jayson Cooper, mi hermano. Le llamamos Cooper –contestó y desvió la mirada de Natasha a Jayson.

–Encantada de conocerte, Cooper.

Le tendió la mano y él se la estrechó. No se molestó en presentarse y Jayson supuso que tampoco hacía falta. La modelo se disculpó y siguió caminando por la playa en dirección a su caravana.

–Ese bamboleo de caderas lo está haciendo por ti –comentó Mason.

Se quedó revisando algunas de las tomas en su Canon mientras el encargado de la iluminación dejaba los reflectores y se dirigía a un puesto de comida que había en la parte más concurrida de la playa.

—¿Tienes hambre?

—Siempre —contestó Jayson.

—No me gusta la comida de ese puesto —dijo Mason—. He traído unos tamales que ha hecho Chester.

El estómago de Jayson rugió. El marido de Mason hacía los mejores tamales del mundo.

—Te arriesgas a que te deje sin almuerzo, sobre todo si lo ha preparado Chester.

—Es un tesoro —afirmó Mason sonriendo.

Con dieciocho años, después de terminar el instituto, Mason había salido del armario. ¿La reacción de Jayson? Se había limitado a encogerse de hombros. No podía haberse sorprendido menos.

El padre de Mason, Albert, había puesto el grito en el cielo, lo que le había confirmado que su padrastro apenas prestaba atención a nada que no fuera trabajo. Pero Albert también era un buen hombre y, aunque había tardado más, había acabado por aceptar que su hijo fuera homosexual. Julia, la madre de Jayson, tampoco se había sorprendido. Había ayudado a Albert a darse cuenta de la verdad: Mason seguía siendo Mason independientemente de a quién amara.

Aquello era ya agua pasada. Mason y Chester se habían casado hacía ya dos años y formaban un aburrido matrimonio más, al menos a ojos de Jayson.

Los hermanos compartieron un táper de tamales sentados en un trozo de madera contemplando el romper de las olas. Era una agradable forma de pasar la tarde.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí solo por conocerla. Debes de estar desesperado —comentó Mason cuando acabaron de comer.

Jayson dejó su tenedor en el táper vacío y se pasó la lengua por los labios. ¿Qué responder a aquel comentario? Mason sabía que Jay quería ir acompañado a la boda, pero no le había dicho por qué.

No le había contado que seis meses atrás le había provocado a Gia un orgasmo y desde entonces ella se había comportado como si nunca hubiera pasado. No era muy diferente a cuando habían tenido sexo en el coche justo antes del juicio de su divorcio. Había sido un encuentro increíble e inesperado. Cinco días después, en el juzgado, Gia lo había tratado con indiferencia, como si no hubiera sentido la tierra moverse bajo sus pies.

Pero aquel encuentro sexual en el coche no había podido salvar su matrimonio. Cada vez que discutían, algo que había sido muy frecuente hacia el final, ella había alegado que no podía estar con alguien que la controlaba. Jayson, cuyo verdadero padre había impuesto el miedo en su casa con su violencia, nunca había reaccionado bien ante aquella acusación.

—¿Cuéntame por qué quieres ir con una modelo a la boda? —preguntó Mason.

—Gia va a llevar un acompañante a la boda de su hermano Royce y no quiero ir solo.

—Parecéis chiquillos.

—Hace poco, Gia y yo estuvimos a punto de acostarnos. Habría sido como dar marcha atrás en el tiempo —dijo Jayson sacudiendo la cabeza—. Resulta que, además, es un tipo famoso. No me quedó otra que inventarme algo.

—¿De quién se trata?

—De Denver Phippen —contestó Jayson.

Al parecer Gia lo había conocido en un cóctel y las cosas entre ellos iban bien. A Jayson no le

gustaban los cotilleos de oficina, pero tenía que reconocer que había estado atento para ver de qué se enteraba. Había oído a Gia contarle a Taylor con gran entusiasmo que su pareja iba a ser nada más y nada menos que la estrella del monopatín Denver «Pip» Phippen.

–Está muy bueno –dijo Mason–. El anuncio de esa bebida para deportistas en el que salta por encima de unos coches...

–Así no me ayudas –dijo Jayson poniéndose de pie–. ¿Qué tiene Gia en común con un tipo que se ha roto casi todos los huesos del cuerpo? Ella es un cerebritito mientras que él apenas tiene dos dedos de frente.

–Y crees que se pondrá igual de celosa que tú cuando te vea con Natasha.

–No estoy celoso de ese idiota con sonrisa bobalicona. Pero si lo veo besar a Gia, voy a dejarle una nueva cicatriz.

Mason rio.

–Ya es hora de que ambos paséis página, Coop. Lleváis mucho tiempo fuera de juego.

–Gracias por recordármelo –dijo pasándose la mano por el pelo–. No es fácil tener una cita cuando tu exesposa forma parte del mismo círculo social.

Mason miró a su hermano de reojo.

–Seguís comportándoos como si estuvierais casados. La gente que se divorcia avanza en la vida, vosotros no.

Jayson sacudió la cabeza, aunque tenía que reconocer que Mason tenía razón. Era difícil pasar página cuando la herida seguía abierta.

–Ahora estoy pasando página –apuntó Jay en un intento de convencerse a sí mismo.

–Bueno, le he hablado de ti a Natasha. Le he contado que eras muy atractivo y que estabas soltero. Luego le he dicho que ibas a ir el fin de semana a la finca de los Knox en los viñedos y deberías haber visto su cara –dijo y sacó su cámara–. De hecho, mírala. Hice varias fotos de su reacción.

–¿Le contaste que estaba buscando acompañante para una boda, verdad?

–¿Y hacerte todo el trabajo sucio? De eso nada. ¡Natasha! –dijo girando la cabeza.

La puerta de la caravana se abrió.

–¿Más fotos?

–No, es solo que Cooper quiere preguntarte algo –dijo y le dio una palmada en el hombro a su hermano mientras Natasha avanzaba por la arena hacia ellos–. No hay mejor momento que ahora –añadió bajando la voz.

Mason se metió en la caravana y cerró la puerta.

Natasha, todavía vestida con aquella bata semitransparente, se quedó mirando a Jayson.

–¿Qué pasa, Cooper?

Jayson se pasó la mano por el cuello y sonrió a la modelo.

–¿Estás libre el sábado?

## *Capítulo Cuatro*

Quedaron en verse directamente en la boda, lo que tuvo a Gia en ascuas. Temía que Denver fuera vestido con camiseta, vaqueros y zapatillas a un acto formal en casa de los Knox.

Ella llevaba un vestido rosa de dama de honor, corto y vaporoso. Era más corto por delante que por detrás, y los tirantes dejaban al descubierto sus hombros. El corpiño era ajustado y tenía mucho escote, pero no le importaba.

Al final no tuvo de qué preocuparse. Denver apareció vestido de Armani de arriba abajo, así que no le importó que fuera con el pelo revuelto y las gafas de sol en la cabeza. Al llegar, muchas cabezas se volvieron para mirarlo, la mayoría hombres aficionados a los deportes.

Todavía no había visto a Jayson, pero daba igual. Había conseguido su objetivo. Había ido a la boda de Royce y Taylor acompañada, con lo que no acabaría echándose sobre Jayson ni intentaría quitarle los pantalones.

Denver se abrió paso hasta las sillas dispuestas en lo más alto de la colina, desde donde había una hermosa vista de los viñedos. Gia se unió a la otra dama de honor, su cuñada Addison, que estaba embarazada.

Addi suspiró y miró a Gia.

–Estoy bien.

–Es tu oportunidad de vengarte de Taylor por ponerse de parto en tu boda –bromeó Gia.

–Veré lo que puedo hacer –dijo Addi entre risas.

El violinista empezó a tocar y Gia inició la marcha por la alfombra blanca junto a la otra dama de honor, sin dejar de sonreír al fotógrafo. Al pasar junto a su hermano Royce le guiñó el ojo, antes de desviar la mirada a Brannon, que la saludó con una inclinación de cabeza.

El corazón se le aceleró al ver a Jayson. Sabía que sería otro de los testigos de la boda y que estaría junto a sus hermanos, pero no estaba preparada para verlo al otro extremo del pasillo. Ellos también se habían casado al aire libre, aunque lo habían hecho frente al mar en vez de mirando hacia los viñedos.

Su sonrisa se tensó y apretó con fuerza el ramo de lilas. Podía hacer aquello, tenía que hacerlo por su hermano.

Se colocó en su sitio y buscó entre los asistentes a su acompañante. Lo vio sentado en la segunda fila, repantingado. Antes de que pudiera pensar qué le parecía, Addison se colocó a su lado y Taylor comenzó a avanzar por el pasillo hasta el altar.

Taylor estaba muy guapa con su vestido blanco de novia. Gia se emocionó al ver a su mejor amiga tomar la mano de Royce, y unas lágrimas rodaron por sus mejillas al pensar que estaban a punto de convertirse en hermanas.

En cuanto Royce besó a su novia, y después de que Addison y Gia dieran cuenta de varios pañuelos de papel, los asistentes vitorearon a los nuevos señor y señora Knox. La música

comenzó a sonar, señal de que la ceremonia había acabado.

Brannon pasó a su lado y se acercó a Addi.

–Lo siento, hermanita, pero mi esposa me necesita.

Addison, con una mano en su abultado vientre, tomó del brazo a su marido. Bran le susurró algo al oído y ella le contestó que todavía estaba bien.

–Creo que te tendrás que conformar conmigo –dijo Jay, ofreciéndole a Gia su brazo.

–Son los sacrificios que hacemos por los que queremos –replicó ella antes de detenerse para sonreír al fotógrafo–. No veo a tu acompañante.

–Está sentada detrás del tuyo.

Gia volvió la cabeza y vio a su cita charlando animadamente con una atractiva morena. Tuvo que parpadear dos veces para asegurarse de que estaba viendo bien.

–¿Esa no es...?

–Natasha Tovar, la *top model*.

–¿Así que Mason te ha emparejado con Miss Sports Illustrated?

–Él nos presentó. Dice que le gusta mi acento.

Cada vez que se inclinaba hacia ella, Gia sentía que no podía pensar con claridad.

–Tú no tienes ningún acento.

–Para Natasha sí. Es rusa.

–Me alegro por ella –refunfuñó Gia.

Los invitados se acercaron a la carpa que se había montado y Gia y Jayson se quedaron esperando a sus acompañantes. Al ver a la modelo acercarse, Gia frunció los labios. Al natural, aquella atractiva morena era tan guapa o más que en las páginas de las revistas. Era alta y de largas piernas, y tenía los pómulos marcados y los ojos grandes. A cada paso que daba, su vestido corto negro dejaba entrever un muslo firme.

–¿Y tu chico? –preguntó Jay, bajando la voz–. ¿Acaso no tiene un peine o es así como se peinan ahora los jóvenes?

Gia volvió su atención hacia Denver.

–Admito que es divertido salir con un hombre joven después de haber estado tanto tiempo saliendo con un hombre mayor.

Jay sonrió, muy seguro de sí mismo.

–Uno mejora con los años, cariño.

Se le erizó el vello de los brazos, como le sucedía cada vez que percibía la sensualidad de su exmarido, lo que ocurría más a menudo de lo que le gustaría. Por suerte, sus acompañantes se unieron a ellos antes de que Jayson se diera cuenta de su reacción.

–Oye, tía, ¿sabes quién es? –preguntó Denver a Gia, señalando con el pulgar hacia Natasha.

–Natasha Tovar, ¿no es así? –dijo Gia teniendo la mano–. Es un placer conocerte. No sabía que estuvieras saliendo con nuestro Jayson.

–Coop y yo nos conocimos hace unos días y congeniamos. Él no es gay como su hermano.

Gia apretó los labios para contener la risa y se volvió hacia Jayson.

–No sé si deberías tomártelo como un cumplido.

–Parece que a Denver todavía le quedan dientes –dijo Jayson entre dientes–. Me alegro por ti.

Gia lo miró de reojo y lo vio sonreír con malicia antes de acercarse a Natasha y llevársela. Se quedó mirándolos mientras se alejaban, maldiciendo para sus adentros por lo buena pareja que hacían.

–Es impresionante –soltó Denver, y le puso una mano en la cintura.

–No todos nacemos jirafas –dijo ella con sorna.

–No, muñeca, tú desde luego que no.

Denver dobló las rodillas para ponerse a su altura, la tomó por los brazos y la miró a los ojos.

–Tú eres preciosa, pero en otro sentido. Estás en otra liga.

A juzgar por su sonrisa, aquello debía de ser un cumplido.

–Gracias.

–De nada.

–Vayamos a pillar algo de papeo.

Se dirigieron a la carpa que daba hacia los viñedos. Había más gente en aquella boda que en la de Addi y Bran. Fácilmente había el triple de invitados. Con un poco de suerte, no se volvería a cruzar en toda la noche con Jayson y Natasha. Pero cuando se acercaron a la barra, allí estaba Jayson, ofreciéndole una copa de champán a Natasha.

–¿Qué te parece, muñeca? ¿Te *ape* unos tragos? –le preguntó Denver.

Jayson se volvió y frunció el ceño.

Gia se dirigió al camarero, ignorándolos a ambos.

–Un *dirty* martini con tres aceitunas. Si puede ser, rellenas de queso azul.

–Un chupito de ron y una cerveza IPA.

Denver no parecía haber reparado en la mirada de desaprobación de Jayson. Tampoco importaba. Le gustaba tan poco su acompañante como a él la suya.

El camarero les sirvió sus bebidas y Jayson, con una copa de vino en una mano y la otra alrededor de la cintura de Natasha, señaló hacia una mesa libre.

–*Dirty* martini –dijo Natasha entre risas antes de echar a andar con Jayson.

–¿Qué demonios significa eso? –susurró Gia para sí.

–Significa que estás en la onda, muñeca –contestó su acompañante.

–Gia –bramó, asesinando a Denver con la mirada–. Me llamo Gia.

–Jee-ahh.

Ella suspiró. Prefería que la llamase así y no muñeca.

## *Capítulo Cinco*

–Las habitaciones de invitados están en la segunda planta –le estaba explicando Gia a Denver mientras subían la escalera.

Se estaba haciendo tarde y muchos invitados se estaban yendo. Uno de sus cometidos como dama de honor era asegurarse de que no les faltara nada a los invitados que iban a quedarse a pasar la noche.

–Estupendo, iré a por mis cosas.

Le dio un beso en los labios, algo que le sorprendió, puesto que todavía no se habían besado. La noche en que habían tomado su primera copa juntos había acabado como había empezado, con un beso en la mejilla.

–Eh, Natasha –dijo antes de subir corriendo la escalera.

Gia cerró los ojos. Aquella diosa rusa había presenciado el beso. Se volvió y no le sorprendió ver que Jayson estaba allí también.

–Nosotros también vamos a quedarnos –comentó Natasha a Gia.

–Qué bien.

–Sí, es muy emocionante –dijo Natasha sin percatarse de la ironía de Gia–. Voy a refrescarme, pero todavía no me voy a la cama. Quiero seguir bailando.

Hizo a Jayson a un lado y luego subió la escalera.

–¿Lo estás pasando bien? –le preguntó Gia en tono apagado.

–Me encantan las bodas –respondió él metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

Se había quitado la chaqueta y la pajarita. Llevaba los primeros botones de la camisa blanca desabrochados y las mangas subidas hasta los codos.

Estaba muy guapo. Rara vez no lo estaba.

–¿Dónde está tu habitación? –preguntó Jayson.

–Al fondo.

La de Denver estaba en diagonal con la suya, pero no le iba a dar tantos detalles.

–¿Y la tuya?

–Estamos en la mitad del pasillo.

Jayson le dirigió una mirada significativa y Gia habría jurado que era porque estaba pensando en la habitación donde se habían quedado la última vez que habían visitado la mansión de sus padres. Al menos, a ninguno de los dos les habían asignado esa habitación.

Aun así, no le gustó que hablara en plural. Eso significaba que iba a meterse en la cama con Miss Rusia.

–No es tu tipo –dijo Gia, tratando de parecer indiferente.

Lo cierto era que sentía curiosidad. No lo había visto con nadie desde que se habían divorciado.

–No tengo un tipo.

El tipo de ella solía ser moreno, fuerte y guapo, con barba de días, pelo muy corto y ojos muy azules. Pero eso había sido mientras había estado enamorada de Jayson. Ya no lo estaba.

Cuando se había casado con él, pensaba que la entendería, que le permitiría ser ella misma y encontrar su propio camino. En vez de eso, había intentado acorralarla y protegerla, de la misma forma que su padres y sus hermanos.

–Yo tampoco tengo un tipo.

–¡Coop! ¡He encontrado esto en nuestra habitación!

Natasha corrió escaleras abajo, agitando unas maracas que los Knox habían traído de un viaje familiar a Puerto Rico. Gia se sintió enfurecer. Aquella mujer no sabía respetar lo que no era de ella.

–¡Eh! –exclamó levantando la voz–. Eso que llevas...

–Tiene que volver donde estaba –la interrumpió Jayson, quitándole las maracas a Natasha y dándoselas a Gia.

Mientras se alejaba con su cita, Gia le oyó decirle que encontrarían otra manera de entretenerse en la pista de baile.

Y seguramente también en la cama que iban a compartir, pensó Gia mientras subía la escalera.

–Vaya choza.

Denver estaba cerrando la puerta de su habitación y se encontró con ella en mitad del pasillo.

–¿Para qué sirve eso? –preguntó al ver las maracas.

–Para nada –dijo Gia y lo empujó para que se hiciera a un lado.

–Cambio de planes. Vamos a dormir juntos.

Salió cargando con la mochila de Denver y abrió la puerta de su habitación. Él la siguió, confundido.

–¿Juntos?

–Sí –dijo dejando la mochila sobre su cama–. Juntos.

Denver le dedicó una sonrisa amplia y desenfadada.

–Mola.

–Pero quiero seguir bailando.

No fue la pronunciación de Natasha lo que incomodó a Jayson, sino el tono quejumbroso con el que pronunció aquellas palabras.

Era una mujer muy guapa y muy segura de sí misma. Era educada y sociable. No bebía alcohol y se dirigía a todo el mundo con cortesía. Pero...

Le gustaba llamar la atención y no se separaba de él, y eso lo estaba volviendo loco.

Había bailado sin parar con ella y ya estaba harto.

–Natasha, he dicho que no –dijo y le soltó la mano del brazo.

Ella frunció el labio superior, lo que no le restó ni un ápice de atractivo.

Jayson esbozó una sonrisa tolerante y suavizó el tono de su voz.

–Si no me fumo un puro con Brannon se va a enfadar.

–Ningún puro va a tocar esta boca.

–Será solo uno –dijo él, aunque lo que realmente quería decir era que le daba igual.

No había ni pizca de química entre ellos, pero se le había pasado por la cabeza acostarse con ella aunque solo fuera por quitarse de la cabeza a su exesposa y aquel vestido corto tan escotado

que llevaba.

Probablemente Denver ni se había fijado.

–Nada de besos –sentenció Natasha antes de escabullirse.

La banda empezó a tocar una canción con ritmo y se agarró a un caballero maduro con el que empezó a bailar. A Jayson le sonaba aquel tipo de alguna reunión de la junta directiva. Parecía disfrutar más que él bailando, pero le daba igual.

Fuera, se encontró a Bran formando un círculo con unos cuantos más del trabajo.

–Ahí está –dijo Bran y le ofreció un puro–. ¿Dónde está tu modelo? ¿Ya se ha dado cuenta de que eres un perdedor y te ha dado una patada en el culo?

–Está bailando.

–¿Qué hace Gia con Denver Phippen? –preguntó Bran con el puro entre los labios–. ¿De qué va eso?

Jayson encendió su puro y aspiró.

–Ya me gustaría saberlo.

–Hace un rato que no los veo. ¿Se han marchado ya?

Jayson apretó los dientes.

–Creo que van a quedarse.

Sabía perfectamente que iban a quedarse en la habitación del fondo del pasillo. La había visto subir un rato antes. Si estaba en la habitación con Denver, podía imaginarse lo que estarían haciendo en aquel momento.

No debería importarle, pero con Gia siempre le salía el instinto de protegerla. Denver parecía inofensivo. Aquella estrella del deporte probablemente se hacía más daño a sí mismo del que haría a cualquier otra persona. Pero había que recordarle a Gia que no necesitaba bajar tanto el listón en la escala evolutiva para conseguir una cita.

–Eso parece.

Bran desvió la mirada hacia el segundo piso de la casa, en donde había varios dormitorios con la luz encendida. El hermano de Gia no iba a comentar nada sobre Denver y ella, y Jayson lo entendía. Bran y Jayson eran íntimos amigos desde hacía muchos años, pero si Bran tuviera que ponerse de un lado, elegiría el de Gia. Así era como debía ser.

–¿Cómo está Addi? ¿Ya le debe de quedar poco para que nazca el bebé? –preguntó Jayson.

–Esta noche se lo está tomando con calma. Aparte de unas cuantas patadas al ritmo de la música, dice que el bebé está a gusto en su barriga. No sabéis qué ganas tengo de conocer a mi hija.

–Yo también –dijo Jayson y le dio una palmada en el hombro.

Brannon y Royce eran familia. Aunque se hubiera divorciado de Gia, nada había cambiado. Después de su separación, Gia había insistido en que nadie tratara a Jayson de una manera diferente. La única persona que no había podido cumplir con ese deseo había sido Gia. Se mostraba fría y distante con él la mayor parte del tiempo, a excepción de lo que había pasado en aquella casa seis meses antes.

–Caballeros –dijo Royce a modo de saludo.

Seguía vestido con el esmoquin. Taylor, con su traje de novia, lucía una sonrisa cansada.

–¿Un puro? –preguntó Bran dirigiéndose a Taylor.

–Anda, calla –respondió dándole una cachetada a su cuñado–. Estoy que me caigo.

–Claro que no –la animó Jayson.

–Gracias, Coop –dijo ella sonriendo con sinceridad antes de volverse a Bran–. Solo tienes que

pedírmelo y retrasaremos la luna de miel. Royce y yo queremos estar aquí cuando nazca el bebé de Addi.

–No nos importa, Bran, de verdad.

Jayson se sorprendió al ver a Royce asentir.

–Idos –dijo Bran–. El bebé estará aquí cuando volváis.

–Pero quiero estar aquí –insistió Taylor.

–Chicos, idos a las Bahamas. Como retraséis el viaje, no os iréis nunca. Trabajáis demasiado.

Jayson paseó la mirada por el grupo y sonrió. Bran estaba tan entregado a la empresa familiar como Royce y Taylor.

–Tiene razón –le dijo Taylor a Royce–. De todas formas, si nos quedamos, tus padres insistirán en quedarse con su nieta. Están deseando que nos vayamos de luna de miel tanto como nosotros.

–No tanto –replicó Royce.

–Lo tenemos todo bajo control –aseguró Jayson.

Se alegraba por ellos. No todos los matrimonios acababan en fracaso como el suyo.

–Muy bien. Nos iremos a las Bahamas –dijo Taylor–. Por cierto, ¿dónde está Gia? Quería despedirme de ella.

–Creo que se ha ido a la cama.

–Vaya.

Jayson estuvo a punto de animarla a que subiera e interrumpiera lo que estuviera haciendo, pero se contuvo.

Estaba progresando.

Royce estrechó la mano de Jayson y luego la de Brannon.

–Llámanos en cuanto Addi llegue al hospital –le pidió a su hermano–, ya sea de día o de noche.

–Tranquilo, Royce, es tu luna de miel, te tienes que relajar.

–No me voy a relajar –dijo Royce–. Y tú, Coop, vigila a nuestra chica.

Una vez se hubieron ido, Bran se volvió hacia Jayson.

–¿De qué iba todo esto?

–Ni idea –mintió Jayson, apartando el puro de sus labios.

Royce no se refería a su hija, sino a Gia. No hacía mucho tiempo que Jack Knox, el padre de Gia, le había pedido a Jayson algo parecido. Su familia siempre la había protegido.

Jayson había tardado un tiempo en darse cuenta, pero ahora sabía que lo que Gia quería por encima de todo era valerse por sí sola.

## *Capítulo Seis*

*El pasado enero, en el aparcamiento de ThomKnox*

–Gracias por la ayuda –dijo Gia, caminando detrás de Jayson–. Pero podía llevarlo yo.

–Ni hablar, Gia.

No estaba dispuesto a permitir que cargara con una pantalla de treinta y seis pulgadas desde la planta ejecutiva hasta el garaje.

–De todas formas, ¿por qué has dejado el coche en el aparcamiento? Deberías haber aparcado en la entrada, en la plaza que tiene tu nombre.

–El interior es de cuero negro y con el sol alcanzaría tal temperatura que moriría asfixiada.

–Bueno, no podemos dejar que eso ocurra.

El Mercedes Benz C-Class era precioso. Lo sabía muy bien puesto que él mismo lo había elegido. Nunca habría imaginado en aquel momento que se lo quedaría ella porque acabarían divorciándose.

En cinco días firmarían su separación y sería oficial.

Ya había reservado un apartamento. Casi todo lo que iba a quedarse estaba en un trastero. Se había ido llevando las cosas poco a poco, convencido de que así sería menos doloroso. Sin embargo, había descubierto que eso era imposible. Un divorcio era siempre doloroso.

Metió la pantalla con su caja en el maletero y lo cerró. Ella rodeó el coche y se metió en el asiento del conductor. Encendió el motor y el sonido resonó en el garaje. No había ni un alma en la tercera planta y sospechaba que, aparte del vigilante, tampoco habría nadie en la primera.

Gia bajó la ventanilla.

–Supongo que te veré luego.

Jayson se quedó mirando sus ojos marrones sin saber qué decir. No podía quitarse de la cabeza todas aquellas discusiones que deseaba hubieran sido simples malentendidos, todas aquellas acusaciones vertidas en el acaloramiento del momento que debería haber retirado.

Ya era demasiado tarde.

–Lo siento.

Sus palabras escaparon de su garganta como fragmentos de cristal roto y no porque no lo sintiera. Sentía de corazón que su matrimonio estuviera acabando de aquella manera.

–No lo sientas –dijo ella forzando una sonrisa–. Hicimos lo que pudimos.

–¿De veras?

Se quedó observándolo mientras se mordía el labio. No había sido intención de Jayson hacer aquella pregunta, pero ¿de verdad habían hecho todo lo que habían podido o se habían dado por vencidos?

Gia apagó el motor y se bajó del coche. Se cruzó de brazos y se quedó apoyada en el coche.

–Sí, de veras –afirmó, mirándolo a los ojos.

–No me doy fácilmente por vencido y tú tampoco. Da la impresión de que estamos tirando la toalla.

–No podemos cambiar el pasado, Jayson –dijo ella y se encogió de hombros–. El futuro es impredecible. Además, no estamos tirando la toalla. Hemos decidido seguir caminos separados. El amor por esta compañía seguirá ahí. Lo único que va a cambiar en nuestras vidas es que no seguiremos viviendo bajo el mismo techo.

Jayson puso una mano sobre el capó del coche y se inclinó hacia ella.

–Tampoco voy a estar en tu cama.

Un brillo cálido asomó a sus ojos oscuros y él le acarició suavemente la mejilla.

–Nunca más volveré a darle las buenas noches a esos labios –dijo rozándole la boca con el pulgar.

Estaba seguro de que aquello sería lo más difícil para ambos.

–Nos quedan unos días –susurró ella, arqueando la espalda y buscando rozar sus pechos contra él.

Jayson no necesitó más invitación que aquello. Bajó la cabeza y tomó sus labios entre los suyos. Ella lo rodeó por el cuello y le devolvió el beso.

Todo su cuerpo participó, desde sus dedos masajeando su cuero cabelludo hasta su pierna rodeándolo por la cadera. Jayson deslizó la mano por su muslo y le hizo levantar aún más la pierna a la vez que el beso se tornaba apasionado. Su erección se debatía ante la contradicción de detenerse o seguir adelante.

–Hemos llegado al punto de no retorno –susurró junto a su oído antes de mordisquearle el lóbulo.

Si se acostaban, todo cambiaría, no le cabía ninguna duda.

No sabía si sería sensato o una gran estupidez.

Ella se apartó y se pasó la lengua por el labio inferior. Cuando vio que se lo pillaba con los dientes, supo su respuesta.

–Una vez más –replicó ella.

Jayson no se paró a pensar y se limitó a actuar.

Después de pasar el rato disfrutando del puro, Jayson enfiló la escalera para encontrarse con su cita.

Había esperado hasta que la banda había dejado de tocar y había estado charlando con Bran y unos cuantos amigos para posponer lo inevitable. Sabía que Gia estaba arriba con Denver. Ninguno de los dos había vuelto a aparecer y Jayson no tenía ninguna prisa por subir y corroborar sus sospechas.

Nada más tomar el pasillo de camino a su habitación, Denver apareció subiendo la escalera detrás de él, con una copa de un líquido marrón en la mano.

–Una para el camino, colega –balbuceó.

Jayson apretó la mandíbula al ver a Denver meterse en la habitación de Gia. Apretó los puños y consideró las opciones que tenía. Podía irrumpir en la habitación y exigirle a su exesposa que se mantuviera alejada de aquel cabeza de chorlito o quedarse cruzado de brazos.

Pero si echaba abajo aquella puerta para ver cómo estaba, habría consecuencias. Sabía que a Gia no le gustaba que la neutralizara. Esa era la palabra que solía usar: neutralizar. Como si

proteger a alguien amado fuera ofensivo.

Pero merecía la pena asegurarse de que estaba bien, independientemente de las consecuencias. Al llegar ante su puerta, oyó las risas desde el otro lado. Se quedó inmobilizado, disgustado a la vez que resignado. Parecía estar bien, incluso contenta.

Arrastrando los pies se dirigió a su habitación. Natasha lo estaba esperando.

–Arregla eso –le dijo ella señalando de mala manera un cajón abierto–. No puedo vivir así.

–Claro, eso ni hablar –replicó Jayson con ironía, y ajustó el cajón de una sacudida.

Aquella mujer no parecía consciente de que estaba en la mansión de los Knox, con una espectacular vista a los viñedos y las montañas al fondo.

Solo quería era cerrar los ojos y despertarse por la mañana.

–No te pongas borde –dijo ella–. Voy a ducharme –añadió y se encerró en el baño.

–Sin problema, señorita.

Se sentó en el borde de la cama y se frotó el rostro con ambas manos. Estaba cansado, pero no podría dormir sin saber qué estaba pasando al otro extremo del pasillo. Decidió bajar. Aunque la barra estaba cerrada, sabía dónde guardaba Jack el whisky. Necesitaba un trago después del día que había tenido.

Justo cuando cruzaba el umbral de la habitación, Gia salía de puntillas de la suya, y cerraron las puertas de sus respectivas habitaciones a la vez. Ambos se miraron sonrientes ante aquella coreografía sincronizada.

Se había quitado el vestido de dama de honor y llevaba unos pantalones cortos y una camiseta suelta de color rosa. Se la veía relajada y somnolienta.

La idea de que Denver pudiera tocarla lo enfurecía.

–Hola –dijo ella, metiéndose las manos en los bolsillos traseros.

–Hola. No podía dormir.

Seguía vestido con la camisa blanca y el pantalón del esmoquin, demasiado formal para aquel repentino encuentro.

–Mi acompañante está... Por fin se ha dormido.

¿Después de qué? No se atrevía a preguntar.

–¿Ya ha acabado la fiesta?

Gia se cruzó de brazos y cambió el peso de pierna, como solía hacer cuando estaba nerviosa.

–Royce y Taylor ya se han marchado de luna de miel, y Addi y Bran están en su habitación. Tus padres se retiraron hace un rato con el bebé. El personal del catering y el servicio están recogiendo abajo.

Ella asintió y apartó la vista unos segundos antes de volver a mirarlo.

–Iba a buscar algo de comer. ¿Quieres acompañarme?

–Me dirigía al bar, pero me vendrá bien comer algo.

Gia lo esperó al inicio de la escalera y juntos bajaron los escalones.

–No era mi intención separarte de tu cita.

Si no hubiera sido por la forma en que pronunció aquella última palabra, no se habría dado cuenta de que su exesposa estaba celosa. Al parecer, no era el único que se sentía así.

Una vez en la cocina, Gia saludó al personal de servicio y sacó de la nevera varios recipientes con la comida que había sobrado. Tomó un plato y lo llenó de una variedad de ensaladas, además de pasta, carnes y quesos. En otro plato, sirvió un gran trozo de tarta. Cuando fue a guardar los recipientes en la nevera, una persona del servicio se hizo cargo.

Luego salió al jardín y Jayson tomó un par de botellas de agua mineral antes de seguirla. Se

detuvieron junto a una mesa de pícnic debajo de un frondoso árbol que miraba hacia los viñedos. La casa resplandecía al fondo, todo lo hogareña que podía ser una mansión con más de treinta estancias.

En silencio, empezaron a comer.

–Hmm, esto es mejor que... Está todo buenísimo.

–¿Has hecho algo para que se te abra el apetito? –preguntó él entornando los ojos.

Gia se metió un trozo de queso en la boca y arqueó una ceja.

–¿Y tú?

Jayson tomó su botella de agua y la abrió antes de darle un buen trago. No era whisky, pero le vendría bien.

–¿Qué demonios estás haciendo con ese payaso?

–¿Cómo dices?

–Me refiero a Denver Phippen. ¿Es con él con quien quieres que te vean?

–¿Acaso es asunto tuyo?

–Me niego a quedarme de brazos cruzados mientras pierdes el tiempo con un idiota como Denver Phippen.

–¡Mira quién fue a hablar! Has traído una modelo de pasarela a la boda de mi hermano.

–Es una modelo de bañadores.

A pesar de la tenue luz, podía ver las mejillas sonrosadas de su exesposa.

–Eres una hipócrita. Tú puedes dormir con quien quieras y yo no. ¿Quién demonios te crees?

–No me he acostado con Natasha –soltó sin pararse a pensar.

–Todavía no –dijo Gia bajando la voz, sorprendida.

–Ni ahora ni nunca –replicó él con rotundidad.

## *Capítulo Siete*

Jayson se llevó a la boca un trozo de tarta y chupó el tenedor. Gia cruzó las piernas bajo la mesa. Los recuerdos de su boca y de lo bueno que era con ella la asaltaron.

–¿Se trata de sexo, es esa la cuestión?

No estaba dispuesta a confesar nada. Partió un poco de tarta y se llevó un bocado a la boca. Todavía no salía de su asombro por el hecho de que Jayson no se hubiera acostado con aquella mujer tan impresionante con la que había ido a la boda.

–Si es por sexo, puedes conseguir a alguien mejor –insistió él.

Sus ojos se encontraron y recordó la forma en que solía mirarla, penetrándola hasta el alma. El sexo con Jayson siempre había sido maravilloso.

–¿Con quién se supone que debo acostarme, contigo?

Su corazón retumbaba mientras contenía la respiración a la espera de su respuesta.

–Sí. Si lo que quieres es satisfacer una necesidad física, soy tu hombre. No busques a alguien que no te merece.

Jayson estaba enfadado. Eso le hacía más atractivo.

La tentación era grande. Sabía muy bien cómo dar placer y si necesitaba una prueba, la tenía. En cuanto le había oído decir que sí, su cuerpo había despertado.

Pero ya habían aprendido la lección.

–Ya hemos pasado por eso –dijo ella–. Somos compatibles en la cama, pero no fuera de ella. Miranos ahora mismo. Deberíamos estar cada uno en su habitación y sin embargo...

–Y sin embargo... –la interrumpió, repitiendo sus palabras.

Tenía que proteger su corazón. Había sido muy duro poner fin a su matrimonio. Separada de él, por fin se sentía como una mujer adulta al mando de su vida. Amaba a su familia, pero se empeñaban en protegerla y ya estaba cansada. Sabía que lo hacían por ser la menor de tres hermanos, pero una vez alcanzada la madurez deberían haberse relajado.

Había pensado que al casarse conseguiría la tan ansiada independencia. Había resultado que Jayson había cuidado de ella tanto como su padre y hermanos.

Le gustaba la libertad que tenía estando soltera. Podía cenar donde quisiera sin tener que contar con la opinión de otra persona. Podía acostarse tarde, quedarse dormida en el sofá, disfrutar de una larga ducha... Claro que todo eso también tenía su parte negativa. A Jayson siempre le había gustado enjabonarle la espalda y luego los pechos. Cuando se auto complacía, usaba aquellos recuerdos como estímulo.

Pero volver al pasado no era forma de seguir avanzando.

–Es demasiado tarde –dijo ella levantándose de la mesa.

Él se puso de pie y le bloqueó el paso.

–¿Tarde para qué?

Gia le puso la mano en el pecho para apartarlo, pero la dejó allí, disfrutando de su contacto a pesar de que su cabeza le decía que se apartara.

–Para que volvamos a estar juntos.

Jayson se inclinó, y el olor de su espuma de afeitarse se mezcló con la fragancia de las viñas.

–¿Quién ha dicho nada de volver a estar juntos? –susurró junto a sus labios.

El tiempo se detuvo. Los únicos sonidos eran los de los empleados del catering guardando sus cosas en la furgoneta.

Su cabeza se sumergió en pensamientos confusos sobre algo que no debía estar considerando. ¿Estaba retrasando lo inevitable o estaba demasiado cansada para pensar con claridad?

O, mejor dicho, demasiado excitada para pensar con claridad.

–Tienes razón, Gia –dijo y suspiró junto a su mejilla–. Es demasiado tarde para hablar de esto.

No estaba segura de si se refería a que era hora de irse a la cama o si ya no tenía sentido hablar de aquello. En cualquier caso, Jayson tenía razón.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Se quedó observando cómo se marchaba, aunque una parte de ella estaba deseando salir corriendo tras él. Esa era la parte de ella que se había olvidado de cómo era la vida cuando habían estado casados.

Jayson siempre había sido perseverante y nunca había prestado atención a lo que le decía. Estaba convencido de que sabía lo que era mejor y se empeñaba en tomar decisiones por ella en vez de con ella. ¿Por qué pensaba que había cambiado?

Vio que la luz de su habitación se encendía y luego se apagaba. Ya estaba con Natasha. No se había acostado con ella, aún no. Pero al igual que a su matrimonio, a Gia se le había acabado su tiempo. Había pasado su oportunidad de tenerlo.

Habría sido increíble, pero ¿después qué?

De vuelta al interior, una empleada se acercó solícita a quitarle los platos de las manos. Gia subió a su habitación y, al pasar por delante de la de Jayson, trató de no pensar en lo que estaría pasando al otro lado de la puerta.

Denver seguía despatarrado sobre la cama, tal y como lo había dejado, roncando. Atravesó la estancia en medio de la oscuridad y fue a chocarse con su pie, que colgaba fuera de la cama. Tomó una almohada y una manta del armario y se fue a la butaca que había en un rincón. Allí dormiría esa noche y le dejaría la cama a aquel príncipe azul.

Para Natasha, hacer pucheros era una forma de arte.

Jayson no había visto nunca nada parecido. La noche anterior, cuando había vuelto a la habitación, había intentado negociar con ella para que le dejara una almohada. Se había quedado con las cuatro. Consciente de que podían acabar discutiendo, se había limitado a sonreír y le había asegurado que no tenía inconveniente por dormir en el suelo. Allí era donde había pasado la noche, en calzoncillos, con el esmoquin hecho una pelota a modo de almohada.

Por la mañana, sentía cada centímetro de su espalda dolorido por el suelo de madera. Necesitaba una taza de café desesperadamente. En el patio se encontró con algunos de los invitados que se habían quedado a pasar la noche. Estaban desayunando y, a la vista de la mesa donde estaba dispuesto el buffet del desayuno, la comida se estaba acabando.

Miró por las ventanas y cuando sus ojos se ajustaron a la luz brillante del sol, reconoció a

Natasha con un vestido azul. Llevaba un plato de fruta en una mano y un vaso con un líquido verde en la otra.

Preferiría no tener que salir a socializar, pero no tenía más remedio.

Se sirvió lo que quedaba de café en una taza, aliviado de no tener que mendigar por un poco de cafeína. No podía hablar con Natasha sin haberse despejado un poco. Se llevó la taza a los labios, pero antes de que el líquido llegara a su boca, Gia apareció de repente.

—¿Queda más café?

Llevaba los mismos pantalones cortos y la misma camiseta rosa de la noche anterior, solo que esta vez se había puesto unas sandalias. Le añadían altura y debía de ser por eso por lo que no podía apartar la vista de su boca.

—Parece que has dormido mejor que yo —comentó Jayson.

Parecía descansada, aunque un poco desaliñada, como si Denver la hubiera despeinado un rato antes.

—Hay más café fuera.

Jayson frunció el ceño y fue a llevarse la taza a los labios, pero Gia se lo impidió tomándola del asa.

—Entonces, vete fuera y sírvete una taza. Esta es mi casa.

—Es la casa de tus padres, mis jefes. Además, yo he llegado antes.

Cada uno tiró de la taza en una dirección, ambos con cuidado para no derramar tan preciado líquido.

—No quiero salir —dijo ella y frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Entonces volvió la cabeza y vio a Denver charlando con una pareja a la que Jayson no reconocía.

—¿Habéis tenido una discusión?

Jayson no pudo contener una sonrisa.

—Si por discusión te refieres a que entré de puntillas en la habitación para no despertarlo y a que esta mañana tuve una incómoda conversación para dejarle claro que no me iba a acostar con él, entonces sí, hemos tenido una discusión.

Sorprendido, se olvidó de la taza y ella se la arrebató. Luego se sirvió un poco de leche, se apoyó en la nevera y dio el primer sorbo.

—Te refieres a que le dijiste que no ibas a acostarte con él otra vez, ¿no? —preguntó Jayson.

—No me he acostado con él. ¿Acaso crees que me acostaría con alguien en la primera cita?

Él ladeó la cabeza y se quedó observándola con las cejas arqueadas.

—Tú no cuentas —replicó ruborizada.

—¿Ah, no? —dijo, y tomándola de la cintura, se inclinó para hablarle al oído—. Si no recuerdo mal, fue en esta misma casa.

Esta vez fue él el que le quitó la taza de las manos y dio un largo sorbo.

—En ese cuarto de baño, si la memoria no me falla —añadió señalando hacia el aseo que había junto a la escalera.

Se habían encerrado allí después de levantarse de la mesa.

—No era nuestra primera cita. Estábamos en una cena de trabajo.

Gia sonrió. Ambos tenían muy buenos recuerdos de aquel día.

—Ahora en serio —dijo y apartó la taza cuando ella intentó quitársela—. Me alegro que no te hayas acostado con él.

–Me alegro de que no te hayas acostado con ella –terció Gia tomando la taza–. Porque no te has acostado con ella, ¿verdad?

–No –respondió sacudiendo la cabeza.

–Bien. Es demasiado guapa. No es justo para el resto de los mortales.

Jayson esbozó una sonrisa triste. La tomó de la barbilla y se quedó observando aquel rostro que tantas veces había contemplado mientras dormía. Sin maquillaje, se veían las pecas de su nariz.

–No se parece en nada a ti, Gia.

Se quedaron paralizados, ella sosteniendo la taza entre sus manos y él acariciándola con una mano y con la otra apoyada en la nevera, junto a su hombro. Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

Si se acostaban, ella levantaría un muro entre ellos. Discutirían y todo acabaría mal entre ellos, incluso peor que cuando se habían divorciado.

Aun así...

–Jayson...

Gia parecía estar a punto de decir que no podían o no debían, y habría tenido razón, así que hizo lo necesario para evitar oírlo y la besó antes de que hablara.

## *Capítulo Ocho*

Gia no supo quién de los dos tomó la iniciativa para acortar la distancia que los separaba, pero antes de que pudiera darse cuenta, la tensión sexual que se había acumulado en su interior explotó. Los cálidos labios de Jayson apretaron los suyos, acorralándola contra la puerta de acero de la nevera.

Sin apartar la boca de la suya Jayson le quitó la taza de las manos y la dejó sobre la encimera. Sin dejar de besarla, la apartó de donde estaba y salieron de la cocina. ¿Los habría visto alguien? No lo sabía, pero tampoco le importaba.

Cuando llegaron a la escalera, él se retiró para tomar aire y miró hacia arriba, de donde proveían las voces. Durante el momento de indecisión, Gia tuvo tiempo de reconsiderar, pero se limitó a reír. Jayson se lo tomó como un sí y la arrastró hasta el aseo que había al lado de la escalera.

Era arriesgado tener sexo en el mismo sitio donde todo había empezado, pero encerrados en esa pequeña estancia, lo único en lo que podía pensar era en que por fin estaban solos. Ni se molestó en buscar el interruptor. Su cuerpo llenaba aquel reducido espacio y no le quedó más remedio que dejarla sobre el lavabo.

Gia se llevó la mano a la boca al advertir que la gente que habían oído en la escalera pasaba junto a la puerta del aseo. Una vez se fueron, Jayson le apartó la mano.

Mientras le devoraba la boca, le quitó la camiseta y se la sacó por la cabeza. No vaciló ni preguntó ni esperó. Simplemente se limitó a interpretar su lenguaje corporal y, en aquel momento, era muy evidente que lo deseaba.

Ella deslizó las manos por sus músculos abdominales, tan firmes como los recordaba. Todo él era tal y como lo recordaba, para bien y para mal, pero en aquel momento se concentró en las partes que deseaba.

Su boca buscó la suya.

Su lengua curiosa, cálida e insistente.

Sus grandes manos, bajo las que se sentía delicada.

Gia le desabrochó los vaqueros y deslizó una mano por el interior. Ambos jadearon satisfechos cuando encontró lo que buscaba. No pudo resistirse a contemplar la potente erección que su mano estaba acariciando.

–Esto es una mala idea –no pudo evitar decir Gia.

Se había quedado sin respiración por la excitación, incapaz de explicar por qué era una mala idea. Solo sabía que lo era.

–La peor –convino él–. Algunas cosas nunca cambian –dijo y sus labios se curvaron en una sonrisa fanfarrona–. Eso es exactamente lo que dijiste la última vez que estuvimos aquí y lo hicimos por primera vez.

–¿Te acuerdas? –preguntó ella mientras la despojaba de los pantalones cortos.

Tuvo que apartar las manos de él para agarrarse al borde del lavabo, pero una vez estuvo desnuda de cintura para abajo, siguió acariciándolo.

–¿Estás de broma?

Había un tono de ternura en su voz que le recordó lo enamorados que habían estado en otra época.

–No tengo preservativos –dijo ella.

–Yo sí, en mi habitación.

–No vamos a arriesgarnos otra vez.

Había sido un apuro cuando el año pasado Addison los había pillado en su boda. Gia había estado contando a todo el mundo que su divorcio con Jayson era amistoso y que estaban mejor separados. Y luego la habían sorprendido con los pantalones bajados, aunque no en sentido literal. Pero cuando Addi los había pillado, la cremallera del pantalón de Jayson estaba bajada.

Jayson apoyó la frente en la de ella y suspiró, mientras Gia seguía acariciándolo.

–Estoy deseando estar dentro de ti.

Tomó su rostro entre las manos, sintiendo la barba incipiente de sus mejillas. La desesperación de Jayson igualaba la de ella.

–¿Sigues tomando la píldora?

–Sí.

Él alzó la cabeza y sus ojos azules brillaron con deseo.

–Sin preservativo –concluyó ella, porque era la única opción posible.

Jayson no perdió ni un momento en buscar su entrada con la punta de su miembro erecto, atrayéndola hacia el borde del lavabo. Ella se aferró a su cuello y tiró de su camiseta mientras se hundía en ella y dejaba escapar un suspiro junto a su oído.

No había tenido sexo con nadie desde aquella última vez con él en el asiento trasero del Mercedes, un espacio tan limitado como ese en el que estaban. Arrastrados por el deseo, no se habían parado a pensar en el futuro. Tampoco en el pasado, en los años de discusiones y malentendidos, en la tristeza ante la impotencia de ver su matrimonio desmoronándose.

Ya solo les quedaba el presente. Aquello ya solo tenía que ver con lo físico, con su capacidad para excitarla con lo que más le gustaba. Y eso fue lo que hizo a continuación, tomarla por las nalgas y atraerla hacia él, embestirla una y otra vez cargando con ella en brazos.

Aquella era la mejor versión de Jayson Cooper.

La primera vez que habían tenido sexo había sido en aquel aseo y en la misma postura. Le había dicho de broma que se casaría con él solo por tener esa clase de sexo cada vez que quisiera.

Jayson debió de darse cuenta de que estaba distraída. Se detuvo y la miró a los ojos.

–Quédate conmigo y córrrete para mí. Sé que puedes hacerlo.

«Córrrete para mí».

Siempre le había hablado de aquella manera, como si tener un orgasmo increíble fuera un regalo para él.

Apartó todos los pensamientos y se concentró en las sensaciones de su cuerpo, en el roce de sus pezones contra el sujetador cada vez que la atraía hacia él, en la forma en que sabía su lengua, el gusto salado de su piel, el raspado de su barba incipiente....

Jayson se aferró a su pelo mientras exploraba su cuello con la lengua. Aquello le encantaba. Ella lo mordisqueó junto a la yugular antes de succionar el lóbulo de la oreja.

–¿Te ha tratado Natasha así de bien, Jayson?

Su negativa agónica le hizo pensar que era verdad.

–¿Y tu amigo el de los patinetes te ha hecho estas cosas?

–Jamás.

Sacudió la cabeza y no pudo evitar sentirse incómoda porque sus parejas siguieran allí. Jayson y Gia no habían podido evitarse a pesar de haberlo intentado.

Intercambiaron sonrisas y dejaron de hablar. El único sonido que se oía era el del choque de sus cuerpos acompañado de jadeos hasta que el orgasmo la hizo sacudirse. Su mente se quedó en blanco.

En aquel instante, fue como si los problemas entre ellos desaparecieran. Solo existía el presente, los jadeos de Jayson, la fuerza de sus brazos, su clímax... La llenó con su esencia, así como con el sonido profundo y gutural que emitió al correrse.

Al rato, después de que sus respiraciones se calmaran, salió de ella y la dejó sobre el lavabo. Él se apoyó en la encimera y apoyó la frente en el hombro de Gia.

–Ha sido –dijo y respiró hondo–, mejor que la última vez.

Había sido en el aparcamiento subterráneo, cinco días antes de su divorcio.

Gia lo besó en la sien y su sonrisa la dejó sin respiración. Jayson unió su boca a la de ella para besarla, justo cuando alguien giraba el pomo de la puerta.

–¿Hay alguien ahí?

Addison estaba al otro lado de la puerta.

Gia volvió a la realidad. Se había encerrado en el cuarto de baño para tener sexo con su ex en otra boda. Esta vez sí lo había conseguido.

Lo habían hecho con sus parejas allí. Se sentía avergonzada. No tenía sentido que Jayson y ella se liaran en cualquier parte. Para colmo, iba a tener que dar explicaciones a su cuñada.

–¡Un momento! –exclamó y, bajando la voz, se dirigió a Jayson–. No puedo creer que Addi vaya a pillarnos otra vez.

–Como dije antes –afirmó y le dio un beso en la frente mientras se subía la cremallera de los vaqueros–, algunas cosas nunca cambian.

## *Capítulo Nueve*

–Menos mal que Royce y Taylor no están aquí –dijo Brannon desde la cabecera de la mesa del salón de reuniones.

–Estoy de acuerdo –dijo Jayson.

Los recién casados se merecían disfrutar de su luna de miel sin tener que preocuparse de los asuntos de la oficina.

–Daremos con el problema antes de que vuelvan –aseguró Gia desde su izquierda, y desvió rápidamente la mirada de Jayson a Brannon.

Como Jayson había imaginado, se había mostrado fría y distante toda la semana. Ya otras veces le había visto aquella reacción, como después de haber tenido sexo en el coche o cuando habían estado a punto de acostarse hacía un año.

Con él se dejaba llevar, pero después, se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

La mañana después de la boda de Royce y Taylor, Jayson había salido del aseo seguido de Gia. Addison se había sorprendido al verlos y después había esbozado una sonrisa cómplice. Seguramente había oído lo suficiente como para no tener que hacer preguntas.

Después, había llevado a Natasha a su casa, incómodo por aquella extraña cita, y apenas habían hablado por el camino.

–Ha sido una boda muy bonita, pero no me interesa volver a verte, Coop –le había dicho antes de bajarse.

Por él, bien.

Había llamado a Mason nada más dejarla en su casa para disculparse por estropear su relación laboral con Natasha, pero Jayson le había asegurado que aquella modelo tenía un contrato que cumplir.

Eso le había hecho preguntarse por qué había llevado a una desconocida a la boda de los Knox. Y también por qué Gia habría hecho lo mismo. Pero lo sabía. Ambos habían intentado evitar lo que finalmente había ocurrido.

No lo lamentaba, aunque Gia lo estuviera ignorando. Estaba deseando volver a hacerlo. Esa clase de sexo no podía ignorarse.

No sabía qué pensaba ella, si lo lamentaba o si lo revivía cada tarde como él. Era muy buena actriz cuando quería y allí en ThomKnox, bajo la atenta mirada de sus hermanos, interpretaba su mejor papel. Era comprensible que no quisiera contar lo que había pasado, pero tampoco le veía sentido a andar disimulando. Addison sabía lo que había pasado, así que había muchas probabilidades de que Brannon también lo supiera.

Miró a su exesposa mientras su hermano sujetaba la tableta T13 en la mano. Ella le sostuvo la mirada unos segundos y se chupó el labio superior antes de apretarlo con el inferior.

Esperaba ver una expresión indescifrable, pero no fue así. Su mirada era ardiente y vulnerable,

y la forma en que apartó la mirada, la delató.

Lo deseaba otra vez. Al parecer, no era tan buena actriz como creía.

–Entiendo a lo que te refieres –dijo Brannon, frunciendo el ceño con la tableta en la mano–. Se apaga.

–Es el virus –replicó Jayson, volviendo a concentrarse en lo que los ocupaba.

El año anterior habían lanzado la tableta y desde entonces las ventas se habían mantenido por encima de lo que esperaban. La actualización del software que tenían previsto sacar al mes siguiente estaba siendo un quebradero de cabeza.

–La semana pasaba iba bien –añadió–. No sé qué ha podido pasar.

–Descubriremos cuál es el problema –le aseguró, mostrándose confiada–. Tenemos el mejor equipo de tecnología del país.

–Desde luego –convino Jayson.

No se había dado cuenta de que Gia y él se miraban sonrientes hasta que Brannon carraspeó.

–No les digamos nada a Taylor y Royce hasta que vuelvan. Tal vez en cuestión de horas tengamos resuelto el problema –dijo Brannon y le devolvió la tableta a Jayson.

Jayson también tenía fe absoluta en el equipo de tecnología, del que formaba parte, pero no estaba tan seguro de que el problema pudiera ser resuelto tan rápidamente.

–Voy a acabar unos asuntos y me pongo a vuestra disposición –dijo Gia–. Creo que no vendrá mal un poco de materia gris extra.

Sonrió a su hermano y a Jayson y salió de la sala de reuniones.

–Parece que últimamente os lleváis bien –dijo Brannon en tono divertido.

–Sí –respondió Jayson sin intención de contar nada.

–Supongo que lo suyo con Pip no ha funcionado.

–Supongo que no –replicó sonriendo.

–¿Qué tal te va con Natasha?

–Eso tampoco ha funcionado, algo que supongo ya sabes.

–Tampoco os esmerasteis mucho en ser discretos –terció Bran en tono jocosos más que enfadado. ¿En qué demonios estabais pensando? Vuestras citas estaban allí fuera, tomando café, y tú y Gia estabais...

Sacudió la cabeza.

–Mi cabeza no pensaba.

–No quiero oír los detalles. Lo que Addi me contó que oyó desde el otro lado de la puerta del baño fue suficiente –dijo Bran y se pasó la mano por el pelo.

–No me echarás ahora el sermón de «como le hagás daño a mi hermana pequeña...».

–Si hay alguien que puede hacerte daño, esa es Gia. Ha estado tomando clases de boxeo, ¿lo sabías?

Jayson frunció el ceño. Lo cierto era que no sabía a qué se dedicaba fuera del trabajo.

–Seguramente para protegerse de esos idiotas con los que sale.

–No entiendo por qué llevó a ese Pip a la boda de Royce.

–Yo tampoco –dijo Jayson, aunque se lo imaginaba.

–El reloj está corriendo. Será mejor que encontremos ese virus que está afectando a nuestra tableta antes de que vuelva Royce de su luna de miel –dijo Bran cambiando de tema.

–Haremos todo lo posible por dar con ello. Voy a poner a todos a descifrar el código.

–Avísame si necesitas más recursos.

Bran le dio una palmada en la espalda a Jayson antes de salir de la sala de reuniones.

Una vez en su departamento, en el piso inferior, Jayson congregó a su equipo.

–Tenemos que dejar todo y dar prioridad a un asunto –anunció y enseguida se hizo el silencio–. Las buenas noticias son que os voy a pagar las horas extra.

–¿Y las malas? –preguntó Gia.

–Tenemos muchas de ambas –contestó Jayson con una sonrisa.

Jayson entró en el despacho de Gia y cerró la puerta. Llevaba traje y corbata.

Desde el fin de semana, cada vez que lo había visto se había acordado de aquel tentempié que habían tomado fuera a medianoche y de la tensión sexual que se había creado entre ellos. Ambos habían sido muy conscientes de dónde habían acabado.

Llevaba los últimos días fingiendo que no había pasado nada aquella mañana en el cuarto de baño, que no había tenido relaciones sexuales con el último hombre del planeta con el que debía haber estado.

Durante el último año, había conseguido controlar la atracción que sentía por él y no se habían arrancado mutuamente la ropa.

Cerró la puerta después de que Jayson entrara y lo vio dirigirse a su mesa.

–Te necesito.

Como en lo único en lo que pensaba era en sexo, se lo imaginó echándola sobre el escritorio y besándola apasionadamente en los labios. En vez de eso, Jayson se dejó caer en uno de los sillones para invitados. Se cruzó de piernas a la altura de los tobillos y apoyó la mano en la rodilla. Su postura transmitía fuerza y seguridad. No era una novedad, pero sirvió para recordarle que le había hecho el amor de pie mientras cargaba con ella en los brazos.

–Mejor dicho, necesito usar Big Ben.

Big Ben era el sistema informático que Gia tenía en casa, la que había sido su casa mientras habían estado casados. Era lo último en tecnología y Jayson necesitaba usarlo.

–He puesto a todo el mundo a buscar al virus que está causando estragos en la actualización. Es posible que haya más de un virus –dijo arqueando las cejas–. Pizza para el que gane.

Gia rio. El que ganara, conseguiría más que eso. El que resolviera aquel misterio alcanzaría el estatus de superhéroe.

–Si podemos deshacernos de ese virus, mejorará la velocidad y la seguridad en todas las tabletas ThomKnox. Nuestra reputación está en juego –dijo él, esta vez muy serio.

Sentía lo mismo que él. A pesar de la manera informal en que le había pedido usar su equipo informático, ambos sabían que el futuro de Thom-Knox no era algo para tomarse a risa. ¿Lograría su empresa superar a las grandes compañías o se quedaría relegada a un segundo plano para siempre?

–Lo que necesites –contestó Gia.

–Eres la persona más inteligente en cuestiones tecnológicas de la compañía, sin contar a tu padre.

–Y Jack se ha jubilado.

Siempre le había dado vergüenza destacar por su inteligencia hasta que había ido a la universidad. Allí había disfrutado de la libertad que en su casa no tenía. Había sido la primera vez que había tenido una cita sin preocuparse por lo que pensarían su padre y sus hermanos. Ya de adulta, su familia parecía haberse relajado un poco, pero aun así, en ocasiones seguían tratándola como a una niña.

Jayson era diferente. A pesar de sus defectos y de su incompatibilidad, siempre había alabado sus logros. Siempre le había dicho que era inteligente y la había animado a usar esa cualidad en su propio beneficio.

Lo que había acabado separándolos había sido su carácter sobreprotector y su necesidad de controlar todos los aspectos de sus vidas. Sin embargo, en aquel momento, mientras estaba concentrado en solucionar el problema de la tableta, no parecía tan autoritario.

¿Habría cambiado o sería ella que lo miraba de otra manera?

Sacudió la cabeza para apartar aquellos peligrosos pensamientos. El mismo Jayson lo había dicho: no iban a volver juntos. Y si no iban a volver juntos, no había razón para preguntarse si habría cambiado. Debía tenerlo presente; sería mucho más fácil estar a solas con él. Cualquier cosa podía pasar, cierto, pero si ambos pensaban lo mismo, podían resolver aquel asunto y acabar con lo que había entre ellos.

Pero cuando Jayson se levantó y tomó el pomo de la puerta para marcharse, Gia paseó la vista por sus habilidosas manos y su cuerpo imponente.

–Llevaré comida tailandesa.

–Muy bien –dijo ella, aunque no estaba segura de que fuera a ser así.

## *Capítulo Diez*

Había sido un día muy largo.

Gia se levantó del escritorio del despacho de su casa y se puso cómoda en el sofá.

Los recipientes de plástico negro con los restos de comida tailandesa estaban desperdigados en la mesa de centro. Habían comido mientras revisaban el código, pero seguía teniendo hambre.

Tomó uno de los recipientes y la cuchara de plástico y se volvió a desplomar en el sofá. Se llevó a la boca un trozo de tofu con arroz y verdura, y lo masticó sin demasiado entusiasmo.

Jayson la imitó y se llevó un bocado de las sobras de la cena a la boca.

–Creo que no he avanzado nada.

–Yo tampoco. Me gustan las especias –dijo ella antes del siguiente bocado.

No tenía sentido hablar de aquel fracaso.

–Tal vez alguien del equipo haya tenido más suerte.

Pero ambos sabían que si hubiera sido así, hubieran llamado a Jayson inmediatamente.

–Daremos con ello.

–Desde luego.

Gia dejó la comida a un lado y se estiró. Se negaba a sentirse derrotada por un pequeño error. La T13 había sido un éxito y la actualización optimizaría su rendimiento. No podía dejar que su equipo fracasara o, mejor dicho, el equipo de Jay. El Departamento de Tecnología era para ellos lo más parecido a tener hijos.

–No desesperes –dijo Jayson poniendo la mano en la rodilla de Gia.

Se había cambiado y tenía puestos unos pantalones cortos y una camiseta. Él seguía con los mismos pantalones que había llevado al trabajo. Se había remangado la camisa y se había abierto los primeros botones, dejando al descubierto el vello oscuro de su pecho que tanto le había gustado siempre. Aquel aspecto tan masculino transmitía aplomo y seguridad, algo que, incluso una mujer independiente como ella, sabía agradecer.

–Te debo lo de la cena –dijo Gia y se levantó para buscar su bolso en un rincón de la habitación–. Dividiremos la cuenta.

–Ya está pagado.

–Jayson, me he puesto morada de comida tailandesa.

–¿Y?

–Puedo pagarme la cena –afirmó ella sacando dinero de la cartera.

–Corre por cuenta de ThomKnox.

–Bueno, tú fuiste a buscarla –dijo agitando en el aire unos billetes.

–He dicho que no.

–Es importante poner límites y esta es una buena forma de establecerlos.

–¿Límites? Lo que pasó el sábado rompió los límites.

–Pensé que no íbamos a hablar de ese asunto.

–Pues yo pensaba que a estas alturas, ya habrías sacado tú el tema.

Jayson se acercó hasta donde estaba ella y la tomó de las caderas, acercándose peligrosamente.

–¿Por qué no quieres hacer el amor conmigo?

Lo estaba deseando, pero no iba a confesárselo.

–Se me ocurren un millón de razones.

Pero en realidad, solo había una. El sexo con Jayson le había hecho recordar su matrimonio, así como el posterior divorcio y todo el dolor que había seguido.

Al acercar los labios a los de ella, todas aquellas razones se desvanecieron. Acortó los escasos centímetros que los separaban y la besó suavemente.

Gia bebió de aquel beso antes de que pudiera pararse a pensar en lo que estaba haciendo. Él la rodeó por la cintura al igual que había hecho la última vez que habían estado juntos. Luego la levantó con sus fuertes brazos y la abrazó como si fuera la única mujer del planeta.

Hacía mucho tiempo había sido la única mujer que le había importado. Se había tomado muy en serio sus deberes como esposo. Algunas veces, incluso demasiado. Había gobernado aquella casa o, al menos, lo había intentado. Muchas de sus discusiones habían surgido por su manía de imponer sus decisiones y no tener en cuenta las de ella. También en la insistencia de Gia en arreglárselas sola sin él.

Su empeño en ser independiente era una constante. Había luchado mucho a lo largo de su vida por esa independencia. Se había casado con Jayson, el hombre que la había apoyado más que nadie, confiando en que tendría el espacio que tanto ansiaba.

Apartó los labios de los suyos. ¿Cómo esperar tener espacio de un hombre que estaba constantemente invadiendo el suyo?

Jayson respiraba entrecortadamente y tenía las pupilas dilatadas. A juzgar por lo que se adivinaba bajo sus pantalones, estaba tan excitado como ella.

–No podemos –dijo Gia, deseando que se echara sobre ella y le demostrara que estaba equivocada.

Pero se quedó donde estaba.

–Siempre haces esto.

–¿El qué? –preguntó sin saber a qué se refería.

–Dar marcha atrás –contestó él–. No te dabas por vencida con tanta facilidad cuando estábamos casados.

El recuerdo de cuando discutían en aquella misma habitación la asaltó.

–Por suerte para nosotros, ya no tenemos por qué empecinarnos, Cooper –dijo y le metió un par de billetes de veinte dólares en la camisa–. Gracias por la cena.

–¿Cómo me has llamado?

–Cooper, así te llama todo el mundo, ¿no? –dijo encogiéndose de hombros.

Su imponente presencia resultaba más excitante que intimidatoria.

–Tú no eres todo el mundo.

Se sacó el dinero de la camisa y lo dejó en la mesa de centro.

–No necesito que me sigas recordando que no me necesitas. Lo has dejado muy claro.

Gia permaneció inmóvil mientras él se daba media vuelta para marcharse.

–¡Qué arrogante eres! –exclamó mientras lo seguía–. Solo te preocupa salirte con la tuya, ¿verdad?

–¿Salirte con la mía? ¿Crees que prefiero marcharme que darte un orgasmo con esta boca?

Se señaló la boca, tentándola. Todavía sentía sus labios junto a los suyos y las rodillas se le doblaron. Jayson era muy bueno con las manos, pero aún mejor con la boca.

–Puedo cuidarme yo sola.

Aquella respuesta le salió sin pensarlo. Llevaba toda la vida tratando de convencer a todo el mundo de que así era y las palabras escaparon de su boca sin pensar.

–No necesitas a nadie y mucho menos a mí, ¿verdad?

Su tono era seco, pero había una nota de dolor en sus palabras. Deseó corregirlo, decirle que lo había echado de menos después de separarse, que su sola presencia en la casa aportaba ese carácter de hogar a aquel puñado de ladrillos.

Claro que lo había echado de menos, pero no había sabido encontrar la manera de recuperarlo y menos después de todas las cosas tan dolorosas que le había dicho. Nunca había buscado su protección. Había querido estar a su lado en igualdad de condiciones, disfrutar de la vida con él y no lejos de él. Pero era demasiado tarde para decírselo.

Permanecieron en silencio varios segundos. Jayson se levantó y con su actitud la retó a ceder a sus deseos. Ya habían sucumbido a la tentación y el sexo no había resuelto nada. Peor aún, sus conversaciones sobre trabajo habían estado salpicadas de insinuaciones. Si seguían así, nunca lograrían sacar adelante aquella actualización.

–Tenemos una misión muy importante que cumplir. No nos distraigamos.

–Sí –fue todo lo que él dijo, antes de recoger sus cosas y salir de la habitación.

Ella se levantó y lo oyó marchar. Cuando oyó el portazo, cerró los ojos.

## *Capítulo Once*

–Será mejor que os deje descansar.

La primera intención de Jayson había sido tomar en brazos a la hija de Addison y Brannon unos segundos y enseguida devolvérsela, pero se entretuvo. Quinn Marie Knox estaba acurrucada en sus brazos, emitiendo unos sonidos muy dulces. Sus grandes ojos lo observaban todo con atención, y cerraba y abría los deditos. Aquella pequeña le había robado el corazón.

Al cabo de un rato, volvió a dejarla en brazos de su madre.

–Siento no haber tardado antes.

Addison se había puesto de parto la noche en que Gia y él habían cenado comida tailandesa y habían acabado discutiendo. La misma noche en que la había besado y había pensado que acabarían en su cama o, al menos, en el sofá.

Pero no había sido así.

A pesar del deseo y la atracción que había entre ellos, Gia había dado marcha atrás. Una vez más, había vuelto a ofrecerle la protección y el amor que pensaba que necesitaba para acabar viendo cómo se retraía. Había dado un paso adelante y ella se había apartado. Aquel baile continuaba y se preguntó si alguna vez aprendería.

–No pasa nada, Coop, ya sé que estás ocupado –dijo Addison, y se dispuso a darle el pecho al bebé–. Dile adiós al tío Jayson –añadió agitando suavemente el puño cerrado de su hija.

Jayson sonrió con ternura y le devolvió el saludo. Tío Jayson. Aquello le gustó. La familia era muy importante para él. La ruptura de su matrimonio con Gia había sido su mayor fracaso. No sabía qué habría hecho si hubiera perdido el trabajo y su relación con sus cuñados. Los Knox lo habían acogido como uno más, y se sentía muy a gusto entre ellos.

Salió del salón y se dirigió a la cocina. Bran estaba junto a la puerta de atrás, poniéndose unos guantes de boxeo.

–¿Listo? –preguntó una vez los tuvo puestos.

–Sí.

Jayson no entrenaba tanto como Bran, pero sabía defenderse. En un par de ocasiones se había enfrentado a su padre y había sufrido las consecuencias. Con doce años se había interpuesto entre su padre maltratador y su madre, y se había llevado unos buenos golpes, pero jamás había estado tan orgulloso de tener un ojo morado.

Desde entonces, había desarrollado un fuerte instinto por proteger a los que amaba que no se había relajado hasta que su madre había vuelto a casarse con un hombre bueno y le había dado un hermano. Sonrió al pensar en la hija de Bran y Addi. Aquella pequeña nunca tendría dudas de lo mucho que la querían.

–Tenéis una hija preciosa –le dijo a Bran.

–Son los genes de los Knox –comentó Bran sonriendo–. Aunque la belleza la ha heredado de mi

mujer.

También de Gia, pensó Jayson.

Después de subirse al *ring* y recibir unas instrucciones básicas, Jayson empezó a lanzar puñetazos a su excuñado. El jardín de la parte trasera de Bran era exuberante. Era un entorno extraño para andarse peleando, aunque lo hacían por deporte y no porque hubiera rencillas entre ellos. Jayson se sentía hundido por cómo habían ido las cosas con Gia, pero no debía dejarse llevar por aquella frustración. Prefería canalizar esa rabia hacia soluciones productivas y concentrarse en resolver el problema de la tableta antes de que Royce y Taylor volvieran a casa de su luna de miel.

Al cabo de un rato, un puñetazo de Jayson fue a dar a las costillas de su oponente. Bran recuperó el aliento junto a las cuerdas e inclinó la cabeza dándose por vencido.

–Aprendes rápido –dijo mientras bajaban del cuadrilátero.

Se acercaron a un par de tumbonas colocadas sobre la hierba, junto a un cubo de hielo con un par de cervezas frías. Jayson tomó una y se sentó antes de dar un largo trago. Bran aprovechó para explicarle cómo debía protegerse el rostro en el *ring* y después se quedó en silencio mirando su botellín antes de seguir hablando.

–¿Qué pasa entre Gia y tú? ¿Os estáis evitando?

–¿Por qué lo preguntas?

–Últimamente apenas coincidís en las reuniones. Al principio pensé que lo hacíais para fingir que no estabais saliendo, pero desde que Quinn nació, las cosas parece que se han complicado.

–Bueno, bueno, qué observador estás.

–Muy gracioso.

–Hablo en serio.

Lo decía el hombre que había sido el último en darse cuenta de lo locamente enamorada que Addison estaba de él. Si no hubiera sido por aquel viaje en coche que Bran y Addi habían hecho al lago Tahoe, tal vez nunca lo habría sabido.

–Y yo también –replicó Bran, estudiando con detenimiento a Jayson–. ¿Qué está pasando? Ayer vino Gia a casa y estuvo hablando con Addi, pero mi mujer no me ha contado nada porque prometió guardarle el secreto.

–No está pasando nada –dijo Jayson y suspiró–. Estuvimos trabajando en su casa e insistió en pagar la mitad de la cena. Volvimos a discutir como cuando estábamos juntos –añadió y se encogió de hombros sin saber muy bien cómo explicarlo a alguien que llevaba poco tiempo casado–. Después de un tiempo, las cosas se ponen difíciles. Las discusiones se vuelven repetitivas y nunca tienen que ver con lo realmente importante.

–Lo que quiere decir que discutisteis por algo más que por pagar la cena –comentó Bran, con la mirada perdida en el jardín–. Siempre ha querido ser considerada como una más. Sospecho que debe de ser porque es la pequeña de tres hermanos. Siempre nos hemos empeñado en protegerla de todo.

Jayson se quedó mirando el perfil de Bran, pensativo. Se sentía identificado. ¿Cuántas veces había intervenido para protegerla al igual que había hecho con su madre? Claro que Gia no necesitaba esa clase de protección.

Por primera vez pensó en cómo Bran y Royce, y Jack también, la habían tenido entre algodones. Más que como protección, ella lo consideraba un freno a su desarrollo personal. Siempre había

querido abrirse camino por sí misma sin la intervención de su familia y tampoco de la suya.

–Es una mujer fuerte –afirmó Jayson, aunque dudaba mucho que Gia supiera que pensaba así de ella.

Luego recordó otras discusiones que habían tenido y que habían acabado con ella acusándolo de ser muy controlador, y dejó de tener dudas.

–Me pasé de la raya –admitió Jayson por primera vez en su vida.

–¿Por invitarla a cenar?

–No, no me refiero a eso. Hablo del pasado, de tomar decisiones por ella, de no dejarla valerse por sí misma.

–Querías protegerla, eso lo sabemos todos –dijo Bran y dio un sorbo a su cerveza–. Además, ya sabes que no soporta perder. Es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

–Me metió el dinero en la camisa.

–Ya me imagino –dijo Bran riendo–. Escucha, lo que haya entre Gia y tú es asunto vuestro. Os quiero a los dos y sé que sois capaces de hacer que las cosas funcionen. Solo quería asegurarme de que no íbamos a perder al mejor equipo que tenemos para dar con el problema de la tableta.

–A Gia y a mí se nos da muy bien andarnos por las ramas.

Era verdad. Ambos sabían cómo evadirse de todo y concentrarse en el trabajo. A pesar de lo que había pasado entre ellos desde su divorcio, su máxima prioridad era ThomKnox y, en aquel momento, no había nada más importante que arreglar la tableta.

O casi nada, pero no había manera de arreglar lo que se había roto entre ellos.

## *Capítulo Doce*

Jayson y Gia nunca perdían la motivación y esa era una cualidad que compartían. Por eso habían quedado en verse el sábado, en su casa, y poner en marcha el Big Ben con la esperanza de conseguir algún progreso.

Jayson llevaba cuatro horas trabajando sin parar cuando Gia lo interrumpió.

—¿Qué tal va?

Tenía en la mano su tableta T13 mientras que él estaba usando la suya como posavasos de su taza de café. Si no daban con una solución para la actualización, ese sería el único uso que tendría la tableta.

No hacía falta que Gia dijera nada. Su gesto lo decía todo. Era una forma de comunicación sutil que se había perfeccionado con el transcurso del tiempo. Eso era lo que había entre ellos, un universo de malentendidos y suposiciones.

—Pensaba que había avanzado algo, pero al final no ha sido nada.

Podía haber hecho el mismo comentario sobre ellos. Se había dado cuenta del papel que había jugado en el deterioro de su matrimonio, pero ya no sabía qué hacer al respecto.

Gia parecía empeñada en mantener las distancias. Llevaba todo el día trabajando junto a la piscina y solo había entrado ocasionalmente para buscar algo de comer.

—Daremos con ello.

A pesar de sus palabras, no parecía muy convencida.

No era fácil reconocer que algo no tenía arreglo. Lo más difícil que había hecho en su vida había sido aceptar que su matrimonio con Gia estaba acabado.

—Voy a hacer unos recados. No puedo seguir delante de una pantalla.

Hizo amago de salir de la habitación, pero Jayson no quería que se fuera todavía.

—Por fin he conocido a nuestra sobrina —dijo y recibió la sonrisa que esperaba.

Gia se cruzó de brazos. Llevaba un sencillo vestido de verano que dejaba adivinar sus curvas.

—Qué bien que Addison y Taylor han tenido niñas. En mi familia abundan los hombres.

—Y por lo que tengo entendido, son muy sobreprotectores —dijo Jayson, recordando lo que Bran le había dicho.

—Siempre me han tratado como si fuera una figura de porcelana.

—No hay nada de malo en que se preocupen por ti.

No acababa de entender por qué no le agradaba que su familia cuidara de ella. Habría dado cualquier cosa por tener un padre atento y cariñoso.

—Tuve que irme a estudiar al Instituto Tecnológico de Massachusetts para que mis hermanos se dieran cuenta de que había crecido. No sé si mi padre lo ha aceptado todavía.

Seguramente no. Jack siempre había sido un padre muy protector. Cada vez que recordaba la conversación que había tenido con Jack antes de que Gia y él se casaran, se indignaba.

–No soy una persona fácil –aseveró, como tantas veces había hecho en el pasado–. Y no me doy fácilmente por vencida.

Jayson recordó otra cosa de la que había hablado con Bran: lo competitiva que era.

–Pero ahora te vas de compras, así que, de alguna manera, estás tirando la toalla.

–Voy a tomarme un descanso. Me vendrá bien para relajarme.

Para eso también venía bien el sexo.

–Te apuesto a que doy con el virus antes que tú. Llevamos en esto mucho tiempo. Tal vez nos haga falta un poco de sana competitividad para motivarnos.

–Estoy muy motivada –protestó, y arqueó una ceja, señal de que se sentía desafiada–. Sé que voy a dar con el problema antes que tú.

–Si tan segura estás, ¿por qué no aceptas la apuesta?

–¿Qué tienes que pueda querer?

Gia puso los ojos en blanco al verle abrir los brazos y sonrió.

–Venga, en serio –dijo ella.

–De acuerdo –convino, y se quedó pensando en una oferta que no pudiera rechazar–. Si ganas, cocinaré para ti pasta según la receta de mi abuela.

Gia se quedó boquiabierta y él sonrió, seguro de que la había convencido. No solía preparar aquella receta muy a menudo. La había hecho mientras habían estado casados, en los dos aniversarios que habían pasado juntos.

–Adivino lo que quieres si ganas la apuesta –dijo ella cruzándose de brazos–. No voy a acostarme contigo otra vez.

–Estabas muy segura de que ibas a ganar. ¿Qué te preocupa?

–Bueno, tú lo has dicho, estaba. Ahora te veo muy motivado por el sexo.

–Admito que es cierto, pero esta vez no lo haremos en la encimera del baño, sino en la cama.

Jayson ladeó la cabeza y se acercó. Era su forma de desafiarla para que admitiera que temía perder y, en consecuencia, acostarse con él. Pero Gia no dijo nada. Preferiría morir que reconocer que podía no ganar. Además, sospechaba que estaba deseando acostarse con él otra vez.

–Eso es chantaje. Ya sabes que ese plato es mi favorito.

–Sí, lo sé –afirmó, disfrutando de cada instante de aquella conversación–. Diviértete de compras –añadió y pasó a su lado de camino a la cocina–. Estaré afanándome en dar con una solución.

–Las compras pueden esperar –dijo ella–. Si quiero ganar, será mejor que me ponga a ello cuanto antes. Cuento con que haya velas y música cuando cocines para mí. Quiero entrar en mi cocina y pensar que estoy en un lujoso restaurante italiano.

Sí, la había convencido. Ya solo tenía que ganarla.

–Entonces, ¿aceptas la apuesta? –preguntó y fingió estar buscando algo en la nevera.

–Sí, Jayson, la acepto.

Gia recogió su tableta y atravesó la cocina poniéndose las gafas de sol para volver junto a la piscina.

El reloj seguía corriendo. A Jayson ya no le importaba encontrar el problema antes de que Royce y Taylor volvieran a casa. Todo lo que tenía que hacer era descubrirlo antes que Gia.

Gia pasó el resto del día repasando sus notas y trasteando en la tableta, pero por desgracia no dio con la solución que buscaba. Se estaba jugando mucho. La receta de pasta de la abuela de

Jayson no era para tomársela a broma. Además, aunque el sexo sería maravilloso, conocía las consecuencias de meterse en la cama con él.

No podía jugar con sus sentimientos después de lo que le había costado superar su divorcio. Debería haber pasado página ya, pero después de año y medio no solo se habían acostado en más de una ocasión sino que estaba con ella en la casa que habían compartido.

Por eso no canceló la cita que tenía.

Dejó un momento lo que estaba haciendo para comprobar si tenía mensajes en la aplicación de citas. Tenía varios, uno de ellos de Denver Pippen. Le decía que estaba en Alemania en una competición y que, aunque lo había pasado bien en la boda, no tenía interés en que se siguieran viendo.

Gia estaba de acuerdo y agradecía su sinceridad. No era un mal tipo, simplemente no era el hombre adecuado para ella.

Revisó unos cuantos correos más hasta dar con uno remitido por alguien conocido: Elias Hill. Elias era el socio fundador de la compañía Hill Yatch y la había invitado a conocer el último modelo de yate antes de que saliera a la venta.

Había aceptado, convencida de que le vendría bien salir a navegar. No tenía ningún interés en que surgiera una relación con Elias Hill, pero si se daba la circunstancia de que perdía la apuesta, tendría la excusa de la cita con Elias y así evitaría irse a la cama con Jayson. Sabía que era hacer trampas, pero ¿no decían que en el amor y en la guerra valía todo?

Bostezó, recogió sus cosas y volvió dentro. Estaba cansada de todo el día, y estaba deseando relajarse con una taza de té y un buen libro. Además, era hora de que Jayson se fuera a su casa. Había estado trabajando sin parar, pero tenía que dejarlo en algún momento.

Además, tenía que contarle lo de la cita, algo que no le agradaría, y decirle que no podía quedarse en su casa mientras estuviera fuera. Ya retomarían el trabajo el lunes.

Fue en busca de su exmarido y se lo encontró en el sofá, profundamente dormido.

—Jayson.

Una sensación familiar se apoderó de ella al verlo. Había dejado una taza de café vacía sobre la mesa y un plato lleno de migas, y no tuvo el coraje de despertarlo. Tenía que estar cansado. Le había contado que llevaba toda la semana durmiendo mal, inquieto con el problema de la actualización. Recordó la última vez que la había besado, su barba incipiente rozando su barbilla. Le había costado mucho dejar de besarle y ponerse a la defensiva, cuando todo su cuerpo ardía en deseos por continuar.

Lo cubrió con una manta y se convenció aún más de que le vendría bien la cita del día siguiente. En otra época, le habría dado un beso en los labios y le habría dicho que se fuera a la cama.

Ya no.

Apagó la luz, cerró con llave la puerta principal y la de atrás y, mientras subía a su habitación, trató de convencerse de que ya había superado el dolor de la separación.

Empezaba a sentir cierta debilidad hacia su exmarido. Aquellos antiguos sentimientos daban vueltas por su cabeza y, si no tenía cuidado, pronto se apoderarían de su corazón.

Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

## *Capítulo Trece*

Jayson salió del cuarto de baño y se dirigió a la cocina. Se había quedado dormido en su antigua casa. Estar allí tan temprano, buscando café en la cocina, se le hacía tan familiar como extraño. No sabía qué le sorprendía más, si haber dormido toda la noche de un tirón o que Gia le hubiera permitido quedarse.

La oía moverse en el piso de arriba, pero era evidente que ya había estado allí porque había café recién hecho. Se sirvió una taza y dio un trago.

–Buenos días –dijo Gia apareciendo en la cocina.

Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta brillante. Sus sandalias tenían tacón y llevaba las uñas pintadas del mismo color rosa que los pantalones.

–Estás guapa –dijo, sin poder apartar la vista de sus piernas bronceadas.

El pelo le caía en ondas sobre los hombros, como tanto le gustaba.

–Gracias.

–Estoy haciendo más café –anunció Jayson mientras ella recogía su bolso y se colocaba las gafas en la cabeza–. Lo siento, me quedé dormido en el sofá. Estaba cansado.

–No pasa nada –replicó y esbozó una breve sonrisa.

–¿Adónde vas?

–Tengo un asunto –contestó, sacudiendo la mano en el aire, como si no quisiera decir nada más–. Una cita.

–Una cita.

–Sí, voy a salir a navegar en un yate.

–¿Con quién?

–Jayson, eso no es asunto tuyo.

Lo sabía y forzó una sonrisa.

–Solo quería saber si lo tuyo con Pip está funcionando.

–No. Conocí a mi cita de hoy en la misma aplicación en la que conocí a Denver. Se llama Elias Hill.

–¿Todavía sigues usando esa aplicación?

Parpadeó repetidamente, preguntándose si estaría dormido o alucinando. Después de lo que había pasado entre ellos, no esperaba que fuera a salir con alguien.

Gia enfiló hacia la puerta y Jayson la siguió, con cuidado para no derramar el café.

–¿Te parece seguro salir a navegar en un barco con un tipo que podría ser un asesino?

–Jayson, Elias Hill es el presidente de una compañía de yates. No creo que tenga en mente matar a nadie.

Un arrebato de celos se apoderó de él a la vez que se daba cuenta de que, aunque le fuera familiar despertarse en aquella casa, había una gran diferencia: ya no estaban casados.

Si quería salir con alguien, podía.

–No me gusta –dijo sin poder evitarlo.

–No tiene por qué gustarte –replicó ella, antes de salir por la puerta.

Jayson se dio una ducha y se tomó otra taza de café. Tenía la excusa perfecta para quedarse: como buen amigo suyo que era, esperaría a que volviera sana y salva a casa.

Elias Hill había sido encantador. Le gustaba hablar de negocios, pero también sabía cuándo descansar. No recurría a frases hechas ni la llamaba «muñeca» como Denver Phippen. Era simplemente perfecto... a la vez que muy aburrido.

Acababan de comer y Gia ya no podía seguir disimulando los bostezos. Trató de convencerse de que era porque se había quedado trabajando hasta tarde. Además, apenas había podido descansar sabiendo que su exmarido estaba abajo. Aquellos pensamientos volvieron a traer a Jayson a su cabeza y acabó comparándolo con Elias.

La camisa blanca de Elias dejaba adivinar sus músculos, aunque sus hombros no eran tan proporcionados como los de Jayson. Sus brazos no parecían tan fuertes como los de su exmarido y tenía unas facciones agradables, pero demasiado perfectas para su gusto. Tenía los labios finos y el pelo ondulado, pero no tan fuerte y espeso como el de Jayson.

Elias era tan rancio como su aspecto y apenas tenía personalidad. Hablaba despacio y sus historias aburrían. No era ingenioso ni tenaz ni desafiante.

«No es Jayson», se recordó.

No quería a Jayson. Aquellas palabras se habían convertido en su mantra después de que Elias se despidiera de ella con un beso en la mejilla. No dejó de repetírselo mientras conducía de vuelta a casa y decidió que trabajar codo con codo con Jayson no era una buena idea. Independientemente de la apuesta que habían hecho, tenía que alejarse de él.

Cuando entró en la cocina de su casa y miró por la ventana, vio que Jayson Cooper estaba en su piscina. Llevaba un bañador y estaba sobre un flotador con forma de rodaja de limón. Tenía unas gafas rosas puestas que eran de ella y que, sorprendentemente, no le quedaban tan mal.

Estaba muy guapo bronceado y con sombra de barba en las mejillas. Todo su cuerpo estaba cubierto de gotas de agua que brillaban bajo el sol. Tenía la cabeza echada hacia atrás y una lata de agua mineral en la mano.

La boca se le hizo agua.

¿Cómo era posible que su cuerpo reaccionara ante aquella visión? Lo había echado todo a perder, incluyendo su cita. Si no se hubiera acostado con Jayson recientemente, tal vez le hubiera resultado más atractivo Elias.

O tal vez no. Todavía recordaba la historia tan aburrida que le había contado sobre el perro que había tenido de niño.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Gia, dejando la bolsa de playa en una tumbona.

Bajo los pantalones cortos y el top seguía llevando el biquini. Tenía intención de nadar un rato para relajarse.

–Has vuelto. Te esperaba más tarde.

Se terminó el agua mineral y arrugó la lata con una mano, antes de tirarla a un lado de la piscina.

–Iba a marcharme –prosiguió Jayson–, pero me lie con el trabajo y decidí darme un baño. Pensaba marcharme antes de que volvieras.

–Sí, claro.

Lo cierto era que no le molestaba que siguiera allí.

–¿No ha ido bien?

Gia se cruzó de brazos y se encogió de hombros. Jayson frunció el entrecejo.

–¿Qué te ha hecho ese imbécil?

–Nada –respondió ella, dejando caer los brazos a los lados–. No estoy enfadada por la cita, sino por encontrarte aquí. Quería nadar.

–¿Quieres que me marche?

Su pregunta le hizo darse cuenta de que era una tontería.

–No es necesario. Voy a darme un baño. Hace calor.

Subió los brazos y se recogió el pelo en una coleta antes de quitarse la ropa. Era consciente de que Jayson la estaba observando detrás de aquellas gafas rosas. Llevaba un bañador muy favorecedor que cubría lo necesario y dejaba adivinar lo que ocultaba.

Fue sumergiéndose poco a poco y comentó que el agua estaba más fría de lo que esperaba. Él sonrió.

–¡No! –exclamó al verlo bajarse del flotador y dejar las gafas en el bordillo.

Jayson desapareció y, antes de que ella pudiera darse media vuelta, la levantó en sus brazos.

–No me vengas con que el agua está fría, Gia.

–¡Lo retiro! –exclamó ella entre risas, agitando las piernas en el aire.

–No puedes retirarlo.

Le dio un beso en los labios y se dirigieron a la zona profunda. Antes de que le pidiera que no la sumergiera, ya la había lanzado al aire.

## *Capítulo Catorce*

¿Qué era más divertido, besarla y lanzarla a lo profundo o ver cómo trataba de alcanzarlo mientras nadaba haciendo eses por la piscina?

Sin lugar a dudas, besarla.

–Maldita sea, Jay –dijo al salir a la superficie a tomar aire.

–Sabías muy bien a lo que te arriesgabas al meterte conmigo en la piscina.

–Eres un idiota.

Se lanzó hacia él, pero esta vez se quedó quieto y la tomó entre sus brazos. Luego, hizo que lo rodeara con sus piernas por la cintura y se adentró en la zona profunda de la piscina.

–Bueno, ¿ vas a contarme algo de Elias?

–Nada.

–¿Acaso pretendías ponerme celoso?

–Lo que quería era sacarte de mi cabeza –dijo apartando la vista, como si no hubiera querido decir aquello.

–¿Ah, sí? ¿Y te ha funcionado?

Ella lo rodeó con los brazos por el cuello. En aquella posición, todas sus curvas encajaban perfectamente con su cuerpo. Jayson estaba deseando saborearla, sentir aquellos muslos apretándolo...

–No voy a volver a ver a Elias.

Era una evasiva, pero también una gran noticia.

–¿Por qué has salido con él?

–Porque acostarme contigo no me parece una buena idea.

–Vaya.

Aquello le dolió.

El divorcio había sido muy doloroso para ambos, pero seguían llevándose bien. El matrimonio era algo más que atracción, pero eso no significaba que no pudieran divertirse juntos y disfrutar de la mutua compañía.

–Pero ya te has acostado conmigo.

Ella suspiró.

–Lo sé y también creo que no deberíamos volver a hacerlo.

–¿Por qué no?

–¿Cómo va a funcionar esto, Jayson? Si nos dejamos arrastrar por la atracción física, ¿después qué? ¿Que cada uno siga su camino?

–¿Qué alternativa tenemos? Ya me has dejado muy claro que no quieres que invada tu espacio.

–Eso no es justo.

–No, pero es la verdad.

Gia frunció los labios y Jayson supuso que era porque había dado en el clavo.

–Tratamos de salvar nuestro matrimonio y seguir trabajando juntos, pero fracasamos. Creo que nada ha cambiado desde entonces.

Seguían siendo los mismos, eso no podía discutirlo.

–Sí, pero ahora sabemos qué errores no debemos cometer. Eso tiene que contar para algo.

Se quedaron observándose mutuamente.

–Gia, si no quieres...

Ella lo besó, interrumpiéndolo. Luego, deslizó la lengua dentro de su boca. Aquello no tenía nada que ver con lo que había pasado en la cocina de sus padres ni con el posterior encuentro en el cuarto de baño. Se exploraron lentamente como si ninguno de los dos quisiera apartarse.

La mano de Gia se perdió bajo el agua. Al momento, Jayson sintió que le acariciaba el miembro erecto y jadeó, incapaz de respirar bajo sus caricias. La cabeza le daba vueltas.

Fue él el que puso fin al beso y miró a los ojos a su exesposa.

–No quiero volver a enamorarme de ti, Gia.

Su comentario era completamente sincero.

Ella lo soltó, retiró las piernas de sus caderas y nadó hasta la escalerilla. Jayson pensó que ahí había acabado todo, que Gia había cambiado de opinión y, ¡qué demonios!, tal vez fuera lo mejor olvidarse de la idea de estar juntos.

Pero entonces se volvió y lo miró por encima del hombro antes de salir de la piscina.

–Bueno, venga.

La siguió obedientemente, devorándola con la mirada mientras subía la escalerilla. Al salir del agua, su larga melena cayó hacia atrás, y unos hilillos de agua surcaron la piel bronceada de su espalda. Aquel trasero respingón bajo el biquini rosa era simplemente... delicioso.

Aunque aquello fuera una mala idea, no le preocupaba el futuro tanto como a Gia. Le daba igual lo que pasara al día siguiente o dentro de un mes. Cada vez que estaba con ella, todo le parecía maravilloso. Todo tenía sentido mientras estaban juntos y eso era suficiente para él.

Gia se secó con la toalla y él hizo lo mismo. Allí nadie los veía y no tenían que preocuparse de miradas indiscretas. En aquel barrio, las casas estaban lo suficientemente separadas como para no verse unos a otros, además de que había una valla alta que rodeaba toda la propiedad. Tal vez fue por eso por lo que Gia le dejó que le quitara la parte superior del biquini.

Jayson liberó sus pechos y los acarició. El sol se estaba poniendo y se notaba que empezaba a refrescar, pero no quería pedirle que volvieran dentro por miedo a que cambiara de opinión.

Ella se estremeció y se quitó las braguitas del biquini. Él hizo lo mismo con su bañador, antes de quedarse mirándola atentamente.

Le gustaba el cuerpo de Gia, siempre le había gustado. Disfrutaba proporcionándole aquellos preliminares que tanto ansiaba y que la última vez que habían estado juntos no había podido darle.

La hizo retroceder hasta la tumbona de mimbre y luego la invitó a tumbarse.

–¿Estás...?

Lo acalló, poniéndole un dedo en los labios. Tampoco quería ella arriesgarse a cambiar de opinión. Deslizó el dedo por su pecho y su ombligo, antes de seguir bajando. Cuando acarició la parte favorita de su cuerpo con la lengua, todos los pensamientos de Jayson se desvanecieron. Solo podía pensar en la calidez de su boca succionándolo.

Apoyó la mano en su cabeza mientras se movía, disfrutando de aquella visión tan sensual. Era fabulosa. No había sido un santo mientras habían estado divorciados, así que sabía muy bien de lo que hablaba.

Gia lo volvía loco. No trataba de impresionarlo, tan solo disfrutaba dándole placer. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de cuándo la tomó por la barbilla para detenerla. Aun así, aprovechó para recorrerlo una última vez con la lengua.

Salió de su boca echando las caderas hacia atrás mientras enfocaba la visión. Esa noche quería terminar dentro de ella.

Gia lo miró a los ojos y cuando la vio pasarse la lengua por la comisura de los labios, temió correrse. Era un hombre adulto, capaz de controlarse, pero aquel era su punto débil. Gia era su punto débil, su talón de Aquiles.

Estaba empezando a comprender por qué aquello era una mala idea, pero no estaba dispuesto a detenerse. Echó una toalla al suelo y se arrodilló delante de la hamaca.

La empujó por los hombros y la hizo tumbarse. Su cuerpo seguía salpicado de gotas de agua y, con los brazos por encima de la cabeza, parecía una diosa. El cielo rosa del atardecer añadía un ambiente surrealista al momento.

Se inclinó y lamio una gota de agua de su pezón. Luego hizo lo mismo en el otro pecho antes de deslizar la lengua hasta su ombligo.

–Alguien está excitado –murmuró él junto a su piel húmeda.

–Ha pasado tiempo –susurró ella.

–Estaré aquí abajo un buen rato para recuperar el tiempo perdido.

La hizo tumbarse de espaldas y colocar sus rodillas sobre sus hombros. Tenerla así, delante de él y con las piernas abiertas, era un regalo. Se sentía muy orgulloso de que estuviera deseando entregarse a él. El sexo entre ellos siempre había sido fantástico, pero no había sido suficiente para salvar su matrimonio.

Le besó la cara interna de las rodillas y fue subiendo poco a poco por los muslos. Al ver que su respiración se volvía entrecortada, supo que lo estaba deseando.

Se abrió hueco entre sus piernas, hundió la cabeza y la saboreó, dibujando lentamente una línea con la lengua antes de detenerse.

Ella se estremeció.

Jayson sonrió orgulloso para sí y siguió afanándose hasta que sus gritos de placer resonaron en la oscuridad de la noche.

## *Capítulo Quince*

El patio de Julia y Albert Robinson parecía sacado de una revista. La barbacoa de piedra estaba situada en el centro y de ella partía una barra a cada lado. Ocupaba casi la mitad del espacio, y en la otra mitad había una mesa cuadrada con ocho sillas. Era muy recargado para una casa tan modesta, pero su madre no permitía que Jayson le comprara otra casa. Al menos, había conseguido que aceptara la construcción de aquel patio como regalo del día de la madre. Se merecían todos lo mismo, aunque tenía que admitir que su padrastro la tenía en palmitas. Aunque Albert tenía una buena pensión de jubilación, no podía permitirse lujos. Jayson ganaba mucho dinero y, al no tener familia, disfrutaba cubriéndoles de atenciones.

La puerta corredera del patio se abrió y Chester, el marido de Mason, apareció con una bandeja de hamburguesas, algunas vegetarianas.

–Mason, cariño, ¿puedes traerme una cerveza?

–¿Puedo ayudarte? –preguntó Jayson solícito.

–Sí, mantén ocupado a tu hermano –contestó, poniendo los ojos en blanco.

Mientras Chester y Albert decidían cómo colocar las hamburguesas en la barbacoa, Mason y Jayson se sentaron en un extremo de la barra. Su madre estaba en la cocina terminando de preparar su famosa ensalada de patata.

–Me gusta este comedor –dijo Mason antes de dar un sorbo a su cerveza.

–Me alegro de que me dejaran regalárselo.

–Eres un buen hijo. Si tratas de ser el favorito, creo que lo has conseguido.

Sabía que su hermano no hablaba en serio. Mason era impulsivo y ambicioso. No había llegado por casualidad a ser un afamado fotógrafo de la industria de la moda. También era considerado. Cuando le preguntó por Natasha, Jayson sacudió la cabeza.

–Debería haberte advertido –dijo su hermano–. Es muy guapa, pero le gusta ir de diva.

–Gia es más guapa –murmuró Jayson.

El silencio de Mason era ensordecedor.

–¿Qué está pasando?

–No está pasando nada, es solo un comentario –replicó Jayson y le dio un trago a su cerveza.

–Te veía de mejor humor que de costumbre y no sabía por qué. Ahora lo sé: te estás acostando con tu ex.

–No seas grosero –intervino Chester y se volvió hacia Jayson–. Me encantaría que las cosas se arreglasen entre vosotros.

–Qué romántico eres –exclamó Mason.

–El romanticismo siempre ha sido la asignatura pendiente para Gia y para mí –dijo Jayson.

Se fijó en Albert y en su madre, y luego en Mason y Chester. Tal vez la asignatura pendiente de toda la familia fuera el romanticismo, aunque para Jayson era un obstáculo insalvable.

–Voy a echar un vistazo al jardín.

Jayson dejó a su familia en el patio y se dirigió al rincón del jardín donde su madre cultivaba un pequeño huerto. Desde el otro lado de la valla, el perro del vecino le saludó con sus ladridos.

–Hola, Ollie –dijo.

Luego se inclinó sobre la valla para acariciarlo antes de sentarse en el banco de piedra.

Siempre había deseado esa tranquilidad para su madre. La casa y el barrio eran muy diferentes a aquellos en los que se había criado con un padre que había hecho de sus vidas un infierno.

Ya de niño se había prometido salvar a su madre de aquel hombre tan violento. Por suerte, su madre tenía amigos. La primera y única vez que Eric Cooper había pegado a Jayson en la cara, se había marchado con su hijo y había buscado refugio en aquellos amigos.

Dos días más tarde, cuando habían vuelto a casa, Eric se había marchado. Julia cambió las cerraduras y empezó a buscar apartamento antes incluso de poner en venta la casa.

Su madre había buscado un segundo empleo y luego un tercero, y Jayson tuvo que aprender a valerse por sí mismo. Había desempeñado el papel de protector hasta que Albert había aparecido en sus vidas. A partir de entonces, Jayson se había criado como cualquier otro niño y estaría eternamente agradecido por haberle dado una infancia feliz.

Una vez se hizo mayor, había tomado la decisión de agradecer a su madre y a su padrastro todo lo que habían hecho por él y por su hermano. No tenía que haber sido fácil sacar adelante a aquellos dos adolescentes, uno por sus problemas de identidad sexual y el otro por su pasado traumático. Jayson había tenido suerte. Algunos chicos no lograban superar un pasado tan duro.

Todo su mundo se había detenido al conocer a Gia. Había sido como una película. La había visto al otro lado de la habitación, mientras sonaba de fondo una suave melodía.

Cuando había ido a visitar a su padre para pedirle la mano de su hija en matrimonio, Jack le había dicho que cuidara de ella. Se había tomado aquella obligación muy en serio. Sabía muy bien cómo cuidar de una mujer y lo que necesitaba. O, al menos, eso había creído.

Cada vez que había intentado cumplir con su obligación como marido, Gia se lo había impedido. Una vez divorciados, lo necesitaba menos que nunca.

En sus intentos por ser un buen marido y diferenciarse de su padre, ¿se había equivocado? Nunca le había puesto la mano encima a Gia, pero tal vez la había intimidado de otra manera. Había tratado de protegerla al igual que habían hecho Jack, Royce y Bran. Y, al igual que había pasado con su padre y sus hermanos, también lo había apartado a él.

Reconocer el fracaso de su matrimonio había sido muy duro para él. Siempre había pensado que cuando se casara sería para siempre. Pero mientras su comunicación se fue deteriorando, fue optando por tragarse sus argumentos en vez de exponerlos. Había acabado optando por el silencio en vez de contarle lo que pensaba y lo que sentía por miedo a equivocarse.

De pronto, apareció Chester.

–Tú y tu hermano os parecéis mucho –dijo y fue a sentarse a su lado después de acariciar a Ollie–. Tengo fijación por los tipos duros, no puedo evitarlo. Si necesitas hablar, se me da bien escuchar.

Jayson se quedó pensativo antes de ceder. Le vendría bien conocer otra opinión acerca de los pensamientos que ocupaban su cabeza.

–Gia y yo tenemos un pasado complicado, y creo que el futuro lo será aún más.

–Seguramente. Es difícil no retomar la misma rutina. Ya he pasado por eso con la pareja que tuve antes que Mason –dijo Chester y sacudió la cabeza–. No terminó bien, pero nosotros no éramos como Gia y tú.

–¿Qué quieres decir?

–Os lleváis bien, pero sois demasiado orgullosos. La humildad es la clave para que una relación funcione.

–No te entiendo.

Chester le dio una palmada en el hombro.

–Jayson, hay que saber admitir los errores que uno comete.

–Es ella la que me aparta de su lado.

Se puso de pie. Le costaba admitirlo y supuso que ese dolor era consecuencia de esa humildad a la que Chester se estaba refiriendo.

–Me mantendré al margen –prometió Chester y se levantó–, después de decir una cosa más.

Jayson tenía que haber adivinado que su cuñado no se quedaría callado.

–Aunque no haya un futuro esperándoos, si pasar tiempo juntos os ayuda a superar el bache, adelante.

–No parece propio de ti –dijo Jayson entornando los ojos–. Pensé que querías que volviéramos a estar juntos.

–Eso desde luego –replicó Chester, pasándose un dedo por la ceja–. También me doy cuenta de que se te ilumina la cara cuando hablas de ella, y me gusta verte así. No te castigues tanto por el pasado. Estas cosas siempre encuentran la manera de resolverse solas.

Le dio una palmada a Jayson en la pierna y se marchó.

Jayson permaneció inmóvil largos segundos observando una abeja volando de flor en flor en el jardín de su madre. Era más feliz teniendo a Gia en su vida, no podía negarlo. Pensó en la felicidad de Gia y se preguntó...

¿Se había preocupado más de su propia felicidad que de la de ella? ¿Acaso se lo había estado diciendo y se había negado a escucharla?

Ollie ladró, interrumpiendo sus pensamientos.

–Sí, sí, lo sé –le dijo al perro.

La respuesta a ambas preguntas era un rotundo sí.

## *Capítulo Dieciséis*

–Nunca he estado tan cansada en mi vida –dijo Addison, meciendo la sillita infantil que tenía a su lado–. No sé cómo es posible, pero esta niña es noctámbula. A lo mejor Bran es un vampiro y lo guarda en secreto.

Gia rio. Había invitado a Addi a comer porque sabía que la esposa de Bran estaba que se subía por las paredes. El trabajo era su pasatiempo favorito, por lo que la baja por maternidad no le estaba sentando demasiado bien.

Hacía un día soleado, así que optaron por comer en una terraza, a medio camino de sus casas. De fondo, sonaba una suave música de jazz que se mezclaba con el tintineo de los cubiertos.

–Al menos, Quinn se duerme fuera de casa. Puedo ir a la oficina cuando me necesites.

–Lo sé. Eres increíble.

–Y tú la mejor tía sobre la tierra.

Gia se llevó la mano al pecho. Adoraba a sus sobrinas.

Jayson y ella no habían considerado seriamente la idea de tener hijos cuando habían estado casados. Siempre habían esperado a que el ritmo de trabajo bajara. Pero ahora que las dos bebés más bonitas del planeta formaban parte de su círculo, tenía que reconocer que últimamente pensaba mucho más en la familia que tendría algún día.

El problema era que no imaginaba a ningún hombre en el papel de padre de sus hijos, excepto a uno.

Después de haberse acostado con él en un par de ocasiones, no sabía qué hacer. ¿Romper con él para buscar a su hombre ideal? Mucho dudaba que fuera a encontrarlo en una aplicación de citas. ¿Seguir adelante sabiendo que lo suyo no tenía futuro? Estaba perdida.

–Tengo la sensación de que Royce y Taylor llevan siglos de luna de miel.

Addison dejó de mecer a su hija y se comió un poco de su ensalada.

–Yo también. Desde que le nombraron presidente de la compañía se ha vuelto un vago.

No era del todo cierto. Su hermano mayor se merecía un descanso.

–¿Qué tal va el asunto de la tableta? –preguntó Addi–. ¿Habéis conseguido descifrar el código?

–Todavía no, pero estamos trabajando en ello.

–Tiene que ser difícil trabajar con él y no querer estrangularlo. O tener sexo en el baño –añadió Addi sonriendo.

Gia sacudió la cabeza.

–Lo veía venir.

–¡Venga, cuéntame algo! ¿Tu primer polvo después de divorciarte y no me vas a contar nada? Porque ha sido el primero, ¿verdad?

–Sí –confirmó Gia y sonrió con timidez–. Aunque la última vez que lo hicimos fue cinco días antes de divorciarnos.

Addi rio y siguió comiendo su ensalada.

–Te lo estás pasando muy bien –observó Gia.

–Desde luego. Apenas salgo últimamente. ¿Qué más me cuentas? Supongo que ahora, además de trabajar juntos, estáis teniendo sexo por toda la casa.

Gia tomó una de las mitades de su sándwich.

–Solo ha pasado una vez y no fue buena idea, sobre todo después de la cita que tuve con Elias.

–¿Tuviste una cita? –preguntó Addi–. ¿Quién es Elias?

–Un tipo que conocí a través de la aplicación. Es atractivo, pero... muy aburrido.

–Bueno, una cosa está clara. Jayson y tú nunca os aburrís juntos.

Gia se comió una patata frita. Con su exmarido nunca se aburría porque entre ellos había asuntos pendientes de resolver.

–No sé muy bien lo que estamos haciendo –admitió.

–No tienes por qué descubrirlo ahora.

Quinn gimió y Addi meció la sillita.

–No, pero antes o después tendremos que averiguarlo.

–Aquí es donde tu inteligencia te puede meter en apuros. A veces es preferible dejarse llevar y ver qué pasa.

–Como hiciste tú con Bran.

Gia se cruzó de brazos sobre la mesa y arqueó una ceja.

–Algo así, pero al final todo salió bien. No hay una manera correcta de hacer lo que estás haciendo. Y tampoco tienes que protegerte de Jayson. Es la apuesta más segura que tienes.

Sí, en algunos aspectos, estaba a salvo con él. Nunca le haría daño. La respetaba y a su lado lo había pasado muy bien en la cama.

Pero también era peligroso. Cada vez que estaba con él no podía distinguir entre el hombre que le había roto el corazón y el que previamente se lo había robado. No podía lanzarse a la piscina y que todo volviera a acabar mal. Bastante doloroso había sido la primera vez.

Gia no dejó de dar vueltas a su conversación con Addison el resto de la tarde, especialmente después de que Jayson llegara a su casa veinte minutos después que ella.

La puerta se abrió y su corazón se detuvo. Jayson entró con su mochila de cuero al hombro.

–Soy yo.

Gia estaba en la cocina, preparándose un sándwich. Sobre la encimera había un tarro de mayonesa, pan integral, lechuga, tomates, pechuga de pavo y pepinillos.

–Puedes prepararte uno si quieres.

–Pensé que no ibas a ofrecérmelo –dijo sonriendo, antes de estirarse para sacar un pepinillo del bote.

Aunque era una escena muy hogareña, estaban separados y Gia no debía olvidarlo.

–Me apetecen unas patatas fritas –dijo él mientras dejaba la mochila en un taburete de la barra.

–Encima de la nevera.

Jayson sabía muy bien donde estaban. Había sido él el que había empezado a guardarlas en ese sitio. Tenía razón: algunas cosas nunca cambiaban.

–Antes de conocerme, las guardabas en un armario y luego estaban todas rotas en la bolsa.

Abrió el paquete con unas tijeras que sacó del cajón. Toda aquella escena era familiar. Parecía que hubieran viajado en el tiempo hasta cuando estaban casados y llegaban a casa después de un largo día de trabajo.

Sin embargo, era completamente diferente.

¿Qué era lo que le había dicho Jayson la última vez que se habían acostado? ¿Que no quería enamorarse de ella otra vez?

¿Habría cambiado en el año y medio que llevaban separados? Aquella idea era peligrosa.

Continuaron en silencio haciéndose los sándwiches uno al lado del otro.

–¿Por qué compramos una casa tan grande?

–Te gusta esta casa.

–Cierto, pero es demasiado...

–Te encantaba y quise que fuera tuya –dijo él y le dio un bocado a su sándwich de pavo.

–Sí, me gustaba mucho.

–Recuerdo que hablabas de celebrar grandes fiestas de Navidad y de niños corriendo por los pasillos. En algún momento incluso quisiste tener un perro, ¿recuerdas?

Sí, lo recordaba y le resultaba doloroso.

No podía imaginarse a otro hombre en su cocina.

–Pasamos momentos muy divertidos –dijo Gia–. Quédate si te da pereza conducir de vuelta a tu casa.

–¿No te importa? –preguntó él sorprendido.

–El pabellón de la piscina es todo tuyo –replicó Gia rápidamente, antes de que se hiciera una idea equivocada de lo que le estaba ofreciendo.

Por mucho que disfrutara junto a Jayson, Gia sabía lo que estaba en juego. Aquel entorno familiar era un constante recordatorio de lo que podían haber tenido, de lo que en otra época habían soñado ingenuamente que podían tener.

–Sí, claro, el pabellón de la piscina –repitió él en tono apagado.

–Claro. Todavía hay una cama allí.

–Recuerdo esa cama, Gia –dijo, y su mirada se oscureció.

No pudo apartar la mirada, aunque sabía que debía hacerlo. Ella también había dormido en aquella cama. Mientras habían reformado la casa, habían estado viviendo en el pabellón de la piscina. Habían hecho el amor allí y se habían despertado cada mañana, mirando a la piscina y al jardín.

Habían sido tiempos mejores.

Allí donde mirara, no veía más que recuerdos de otra época. ¿Cómo construir una vida nueva cuando no podía olvidar el pasado?

## *Capítulo Diecisiete*

A punto había estado de descifrar el código aquella noche.

Gia se había ido a la cama antes que él y se había quedado trabajando en el salón. Podía elegir entre irse a su casa o quedarse a dormir en el pabellón de la piscina.

Le fastidiaba que quisiera que se fuera. Últimamente, habían pasado mucho tiempo juntos. ¿Por qué de repente se empeñaba en trazar aquella línea de separación?

Cerró Big Ben, sacó las llaves del bolsillo y se quedó mirándolas. No quería irse a su casa. Quería quedarse allí, pero no en el pabellón de la piscina. No podía quitarse de la cabeza la idea de que Gia lo necesitaba allí, en su misma casa, pero no para protegerla, simplemente para... estar allí. No quería verla triste ni sola.

Así que se acostó en el sofá, con la cabeza apoyada en el brazo, y se quedó mirando el techo. Dio alguna cabezada, pero la mayor parte de la noche estuvo pensando en las discusiones que habían tenido entre aquellas cuatro paredes. Aquellos desencuentros habían dado paso a un silencio apático que había acabado por separarlos.

A eso de las seis y media de la mañana, la oyó trasteando en la cocina. A aquella hora, Jayson ya llevaba un rato en la mesa, cansado y con cara de sueño por no haber dormido.

–Buenos días –dijo para que supiera que estaba allí.

–Buenos días –respondió ella.

Se había recogido la melena en un moño y llevaba una bata de seda corta blanca con flores. Se la veía adorable y deseó tocarla.

–Llevas gafas.

–Son nuevas –replicó Gia, llevándose la mano a la montura–. En el trabajo siempre llevo lentes de contacto.

Habían cambiado muchas cosas, pero siempre que estaba en aquella casa sentía que el tiempo se detenía.

–¿Te apetece café?

–Claro.

Gia apretó el botón de la cafetera después de cargarla de café y se quedó con un brazo en jarras. Estaba muy guapa y sexy.

–¿No has dormido en el pabellón de la piscina?

–¿Cómo lo has...? No me parecía bien dejarte sola –respondió incómodo.

–¿Te has quedado en mi casa después de que te dijera que te fueras?

–¿Por qué te empeñas en echarme?

Jayson sentía la tensión sexual que había entre ellos. Gia quería evitar esa situación.

–Nunca escuchas. Llevo una temporada durmiendo sola, no necesito que nadie me vigile.

Abrió la boca para decirle que no la estaba vigilando, que solo quería estar a su lado por si lo

necesitaba. Pero temió caer en antiguas costumbres. Si se lo decía, Gia le diría que se olvidara de cuidarla porque ya estaban divorciados.

No quería que la conversación tomara aquella dirección. Había llegado la hora de probar algo nuevo y mostrarse humilde. ¿No era eso lo que le había recomendado Chester?

Nunca se le había dado bien mostrar sus sentimientos. Tal vez si se sinceraba con Gia conseguirían enterrar su pasado de una vez para siempre. Aun así, podía ser su mayor humillación si ella lo rechazaba, algo que era más que probable.

Necesitaba tenerla cerca para hablar de aquello. La tomó por el cinturón de la bata y la atrajo hacia él.

–No dejas de repetirme que no me necesitas y me siento rechazado.

Ella lo miró sorprendida. Jayson se sentía desprotegido después de admitir aquello. En vez de recular, decidió seguir adelante.

–Sé que mientras estuvimos juntos, me obsesioné con protegerte. Estaba equivocado.

Sus palabras la dejaron perpleja. Jamás en el pasado había admitido sus errores. Siempre se había creído infalible.

–Me importas –prosiguió–. Mi intención no era ponerte límites ni tratarte como a una niña a la que había que cuidar. Nunca he querido parecerme a mi padre, pero reconozco que siempre tuve mano dura.

No, nunca le había hecho daño físico, pero coartar sus movimientos en vez de respetar su independencia no había estado mucho mejor.

–No, Jayson –dijo acariciándole la mejilla–, no te pareces en nada a tu padre. Es cierto que puedes llegar a ser demasiado protector, pero también eres un hombre dulce y atento.

Él refunfuñó y ella rio a la vez que le daba un suave cachete.

–Ser dulce es bueno. No te pareces en nada a tu padre. Nunca has sido tan bajo.

La ocasión pedía un beso, así que inclinó la cabeza y ella alzó la barbilla para encontrarse a medio camino.

Tal vez merecía la pena confesar los sentimientos por la recompensa.

Gia lo sorprendió aferrándose a su cuello y besándolo apasionadamente. Él le desabrochó la bata y deslizó las manos por debajo. Llevaba una camiseta de tirantes blanca y unas bragas negras. Aquel atuendo era uno de sus favoritos. No necesitaba verla con lencería provocativa para considerarla la mujer más sexy del mundo.

Contuvo la respiración y acarició su piel bajo la camiseta.

–Qué suave.

–Deberíamos volver al trabajo –le advirtió ella, no muy convencida.

Jayson la rodeó con sus brazos y la estrechó contra él. Apenas la había besado y ya tenía una erección.

–¿Y qué pasa si no lo hacemos? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo que no debías?

Ella rio y sus ojos oscuros se clavaron en él.

–Últimamente con bastante frecuencia, desde que pasamos más tiempo juntos.

Aquello le gustó.

La levantó y la depositó en la encimera, entusiasmado con la oportunidad de pasar un buen rato con ella. Le estaba acariciando un pecho mientras le devoraba la boca cuando alguien llamó a la puerta.

–¡Somos nosotros! –anunció Taylor Knox, y entró en la casa sin esperar contestación.

Todavía no había llegado a la cocina, pero no tardaría.

–¡Vaya! –exclamó Gia–. Se me había olvidado que venían.

Se apartó de él y se bajó de la encimera.

–¿Qué demonios...?

–Royce y Taylor me dijeron que pasarían de camino al trabajo para dejar algo.

–¿El qué?

–Anda, escóndete.

–¿Esconderme?

–Jayson, son las siete de la mañana y no estamos vestido ninguno.

–No somos unos adolescentes, no tenemos por qué dar ninguna explicación –dijo cruzándose de brazos–. Eres una mujer adulta.

Podía acostarse con él cuando quisiera.

–Al menos, compórtate con naturalidad.

–La naturalidad quedó descartada después de ese beso.

Ella lo fulminó con la mirada antes de perderse de vista.

Unos instantes después, se oyó la voz de Taylor en la casa. La voz grave de Royce también se distinguía. Jayson se sirvió una taza de café y se apoyó en la encimera. Cuando Taylor entró en la cocina, dejó sin acabar lo que estaba diciendo.

–Hola, Coop –dijo intercambiando una mirada con su marido, antes de volverse hacia Gia.

–Buenos días –dijo Jayson y dio un sorbo a su café.

–Hola, Cooper.

La expresión de Royce era más hermética que la de su esposa.

–¿Café? –ofreció Jayson.

–No, gracias –contestó Taylor–. Hemos traído unos recuerdos de nuestro viaje y quería dárselos a Gia antes de ir a trabajar. También tenemos algo para ti, pero no lo he traído.

–Y con razón. No esperábamos encontrarte aquí –intervino Royce.

Rara vez había desempeñado el papel de hermano mayor. Si creía que lo estaba intimidando...

–¿Por qué no salimos al jardín a tomarnos el café? –añadió.

–Gracias, prefiero tomármelo aquí, pero podéis salir si queréis –dijo Jayson sonriendo.

–No te preocupes, tenemos que irnos –terció Taylor y se volvió hacia su marido–. ¿No querías llegar pronto a la oficina?

–No.

–¿Qué pasa, Royce? ¿No quieres que tu hermana sepa que estás preocupado por ella?

–No tiene nada que ver con eso –respondió Royce y, girándose hacia su hermana, añadió–: ¿Estás teniendo cuidado? Me refiero en todos los aspectos.

–¡Royce! –exclamó Taylor, y le dirigió una mirada reprobadora.

–Gia sabe muy bien lo que quiere –dijo Jayson–, y lo que no, y no está dispuesta a permitir que pisoteen sus sueños. Deberías saberlo mejor que nadie. Es muy capaz de tomar sus propias decisiones, independientemente de lo que tú y yo pensemos.

Royce parecía enfadado.

Gia avanzó un paso hacia Jayson, que enseguida se dio cuenta de lo que había hecho. Como siempre, había hablado por ella en vez de dejar que se expresara. ¿Es que nunca aprendería?

–Gracias, Jayson.

Un momento. ¿Gia le acababa de dar las gracias?

–No quiero tus consejos –le dijo a su hermano, y se volvió hacia Taylor–, pero los tuyos serán bienvenidos.

–Vaya, gracias, Gia –exclamó Taylor sonriendo, y le dio un suave codazo a su marido–. Deja de ser tan autoritario. Jayson tiene razón, Gia sabe cuidarse sola –añadió y dejó la bolsa de regalos sobre la encimera, antes de tomar del brazo a Royce–. Nos vamos ya. Luego nos vemos en la oficina.

Una vez se fueron, Jayson se volvió hacia su exesposa.

–¿He oído mal o Taylor y tú habéis admitido que tengo razón?

–Anda, no estropees el momento –dijo Gia sonriendo, y le quitó la taza para dejarla en la encimera–. ¿Por dónde íbamos? Tenemos unos minutos para acabar lo que habíamos empezado antes de volver al trabajo.

Jayson no lo dudó. La dejó sobre la encimera y la besó.

Aunque no tuvieron sexo, fue un encuentro muy... satisfactorio.

## *Capítulo Dieciocho*

Aquella misma mañana, en cuanto Gia se sentó en su mesa y encendió el ordenador, Taylor apareció como por arte de magia.

–Me voy de luna de miel y resulta que a la vuelta Jayson y tú os habéis liado. Si no recuerdo mal, cada uno fuisteis con un acompañante a mi boda. Cuéntamelo todo.

Acercó una silla y se sentó, luego apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

–Bueno...

–Addison me dijo que tuvisteis sexo después de la boda, pero pensé que eran imaginaciones tuyas.

–Bueno...

–La verdad es que nunca creí que pudiera haber algo entre tú y ese patinador, ni entre Cooper y la modelo –comentó poniendo los ojos en blanco.

–Sí, eh...

–No sabes cuánto siento haberos interrumpido esta mañana.

–No pasa nada. De hecho, Jayson no debería haber estado en mi casa. Le pedí que durmiera en el pabellón de la piscina.

–Bien hecho, es importante poner límites –comentó su amiga.

En cuanto Taylor y Royce se habían ido, habían estado besándose. Jayson había reconocido que no había sabido tratarla durante su matrimonio y luego la había defendido ante su hermano. Le había emocionado oírle decir que era capaz de arreglárselas sola. Durante mucho tiempo había deseado ver aquel cambio en él. Ahora que por fin se había producido, le costaba asumirlo.

–El sexo es algo natural –dijo Taylor–. Si eso es lo que hay entre Cooper y tú, disfrútalo.

–¿Tú, también? Addi me dijo que adelante. No es fácil. Jayson y yo estamos divorciados.

–Sí, pero sois personas y seguís teniendo una relación muy especial, aun después de que pusierais fin a vuestro matrimonio. A veces hay que madurar y aprender. Tal vez la primera vez lo vuestro no estaba destinado a durar.

–O tal vez estoy entregándole el corazón al único hombre que no debería tenerlo.

–Ay, cariño –dijo Taylor y acarició la mano de su amiga–. Te quiero y te deseo toda la felicidad del mundo, sea con Jayson o sin él. A veces hay que ser valiente y dar un paso adelante. Mírame a mí. Después de los errores que cometí, estoy con Royce y tenemos a Emmaline. No me culpes por desearte la misma felicidad.

–No, no te culpo.

Lo que había entre Taylor y Royce era bonito y estable.

–Es normal meter la pata –afirmó Taylor y se levantó–. Sé que piensas que tienes que ser fuerte, que tienes que arreglártelas sola y hacerlo todo por ti misma, pero al final no merece la pena. No pasa nada por admitir que te has equivocado. Equivocarse es señal de que lo has intentado.

Gia lo había intentado durante su matrimonio, aunque tal vez no lo suficiente y eso la angustiaba. Si Jayson y ella acababan dándose cuenta de que habían cometido un error al divorciarse, ¿podría perdonárselo? Después de todo, había sido ella la que había insistido en que el divorcio era la solución.

–Gracias, Taylor.

–De nada, cariño.

Nada más salir Taylor del despacho de Gia, Jayson apareció en la puerta, se quedó apoyado en el marco y asomó la cabeza. Tenía buen aspecto y sintió el deseo de tocarlo.

–¿Nos vemos esta noche en casa para trabajar? –preguntó.

–Claro.

–¿Llevo vino?

Tal vez le estaba dando demasiada importancia, algo habitual en ella. Tal vez debería seguir el consejo de sus cuñadas y disfrutar del presente.

–Claro.

–¿Blanco o tinto?

–Blanco.

–Considéralo hecho.

Gia se quedó mirando cómo se alejaba, reparando en sus anchas espaldas, su pelo ondulado y sus largas piernas.

Esa noche, Gia estaba recostada en el sofá, con la tableta en el regazo. Jayson se había sentado en la mesa, al otro lado de la habitación.

No dejaba de pensar en la conversación con Gia en vez de concentrarse en el problema de la tableta. Nadie del equipo había hecho avances. Jayson había estado a punto de perder los estribos cuando le había sugerido descartar la actualización.

–No podemos permitir que esto nos supere, Gia –le había dicho–. Esa actualización es muy importante para mejorar el rendimiento de la tableta. Si nos damos por vencidos ahora, estaremos firmando nuestra sentencia de muerte.

Aquello le había hecho pensar en ellos y en su matrimonio. ¿Se había dado por vencida en vez de luchar por lo suyo?

Cuanto más tiempo permanecía en la misma habitación que él, más irresistible le parecería. Allí, en la que había sido la casa que habían compartido, volvía a establecerse entre ellos la misma familiaridad de siempre. Podía sentir la fuerza de la atracción.

Era importante establecer límites no solo para Jayson sino para ella también. No deberían haberse besado esa mañana. Debería haber subido y haberse preparado para ir a trabajar. Aquella cercanía física le hacía difícil dejar de pensar en su matrimonio y en los errores que habían cometido. En definitiva, le impedía pasar página.

Estaba en un callejón sin salida, tanto en el asunto de la tableta como con Jayson.

Suspiró, reinició la tableta por enésima vez y empezó a manejarla. Como era de esperar, se apagó antes de que pudiera tener ocasión de...

–Ay, Dios mío –murmuró.

Mientras una parte de su cabeza había estado dando vueltas a su situación actual, otra acababa de encajar las piezas del puzle. Enseguida tuvo claro qué hacer para arreglar el problema de la actualización.

Jayson hizo girar su silla, sin poder contener la emoción.

–¿Has conseguido algo?

Gia sonrió y corrió a la mesa. Le apartó la mano del ratón e hizo clic en la pantalla de Jayson. Unos clics más tarde, supo que lo tenía. Su intuición le decía que había conseguido corregir el código.

–Ya está, ya lo tenemos.

Con el corazón desbocado, se puso de pie junto a la mesa y se quedó mirando a Jayson. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración.

–¿Por qué no me sorprende? –dijo él sin disimular lo orgulloso que se sentía–. Déjame, voy a actualizar el software y haremos una prueba. Vamos a ver si has ganado la apuesta.

No se había acordado de la apuesta. Había tenido la mente puesta en él y en aquel problema técnico.

Por fin, y después de lo que le pareció una eternidad, oyó el sonido característico de la tableta al encenderse. Se quedó observando los dedos de Jayson pulsando pantalla tras pantalla. Luego apagó el dispositivo y alzó la vista para mirarla con sus cálidos ojos azules. Mientras Gia contenía la respiración, encendió la tableta una vez más y pulsó la pantalla.

–Está funcionando correctamente –dijo él sonriendo satisfecho–. Anda, inténtalo tú –añadió dándole la tableta–. Voy a probar con la mía.

Jayson abrió una página web y después otra y otra más. Después, una aplicación de redes sociales. También cargó un juego con el que estuvo jugando unos minutos y por último abrió un archivo de documentos.

La tableta seguía funcionando perfectamente.

Lo había conseguido.

Jayson estaba muy contento. También algo decepcionado por no haber dado él con la solución. De haber sido así, ya estarían desnudos y la tendría debajo de él, jadeando su nombre.

Pero no iba a darse por vencido.

–¿Sigue yendo todo bien? –preguntó él.

–Sí –contestó mostrándole su pantalla–. Voy por el nivel trece de Candy Blaster. ¿Sabes lo que significa?

–¿Que no hay quien te gane?

–Ja, ja. Significa que me debes una cena de la pasta casera receta de tu abuela.

Su sonrisa era contagiosa.

Él se levantó y se acercó al sofá.

–Siéntete orgullosa. Has superado a las mejores mentes de ThomKnox.

–Gracias –dijo esbozando una tímida sonrisa.

Le gustaba su humildad, aunque en más de una ocasión habían discutido porque no se hacía valer lo suficiente.

–Avisaré a todos de que la carrera ha terminado y luego me iré a la oficina.

Tomó su tableta y la guardó en el maletín.

–¿Ahora? –dijo Gia y se puso de pie–. Quiero decir que al menos deberíamos brindar por haberlo conseguido.

¿Acaso no quería que se fuera? Interesante.

Aunque era el primero en admitir que debían celebrarlo, también sabía que llevaba mucho

tiempo dedicada a aquello. Una vez que se pasara el efecto de la adrenalina, estaría agotada.

–No quiero esperar ni un segundo más para introducir el ajuste en el sistema. Buen trabajo, Gia.

La tomó por el brazo y se inclinó para besarla en la mejilla. Al apartarse, ella volvió la cabeza y buscó sus ojos con tanto deseo que lo sintió hasta en los huesos.

Por un momento pensó que iba a besarlo, que aquella mirada de deseo daría paso a más. Si sucumbía, le sería difícil marcharse.

–De acuerdo –dijo y aquel brillo de lujuria de sus ojos desapareció–. Me debes una cena.

–Está bien. ¿Qué tal el sábado a las seis?

Ella asintió.

–¿Qué quieres que haga?

–Disfrutar de las mieles del triunfo –dijo Jayson.

Luego se dirigió a la puerta y Gia le dio las buenas noches. Se quedó inmóvil, mirándose la mano en el pomo y tuvo que hacer acopio de fuerzas para marcharse de la casa y dejarla.

–Buenas noches –murmuró para sí una vez fuera.

## *Capítulo Diecinueve*

Jayson se sentó en una esquina de su mesa, situada en el centro del Departamento de Tecnología, para dirigirse a su equipo. Todos los ojos estaban puestos en él mientras les daba la buena noticia de que el problema de la tableta estaba resuelto.

Gia estaba a la entrada de su despacho, observándolo, cruzada de brazos y con la cadera apoyada en el marco de la puerta. Por si alguien la estaba observando, trató de mostrarse relajada, algo que no le resultaba fácil.

Viéndolo allí sentado, con un pie en el suelo y el otro balanceándose en el aire, y las manos cruzadas sobre sus muslos, lo deseó de la misma manera que lo había deseado la noche anterior.

El equipo rio por algo que había dicho y Jayson sonrió. Ejercía el poder de una manera muy desenfadada y natural.

Había estado toda la vida rodeada de hombres poderosos, hombres que, incluido él, pensaban que sabían lo que era mejor para ella. Nunca había temido valerse por sí misma ni decir lo que pensaba.

Recordó aquel momento de sinceridad cuando él había admitido tener mano dura mientras habían estado casados. Aunque era cierto, no era el único culpable de los problemas que habían tenido. ¿Había estado tan ofuscada en reafirmarse que había menospreciado sus cuidados?

Era una cuestión incómoda, casi tanto como la sensación de que le ardieran las mejillas en cuanto lo había visto volverse para mirarla.

Había sentido la tentación de invitarle a quedarse a tomar una copa de vino y charlar, pero habría sido como jugar con fuego. ¿Por qué se había sentido tan desilusionada de que se hubiera marchado? Últimamente se sentía muy confusa.

Pensaba que lo conocía. Estaba acostumbrada a que la avasallara y no la escuchara, pero últimamente estaba empezando a pensar que había cambiado. No solo había admitido que no había sabido tratarla durante su matrimonio, también le había dicho a Royce que sabía arreglárselas sola. Le había costado creer lo que oía.

—Agradezco mucho el esfuerzo de todo el equipo. Tenéis que estar orgullosos del trabajo que habéis hecho. Ahora, os tengo que hacer una confesión —prosiguió Jayson, mirándola directamente a ella—. Gia resolvió el problema. Habíamos hecho una apuesta y la he perdido.

Después de unos aplausos y una tímida reverencia a modo de agradecimiento, se oyó la voz de uno de los genios del equipo.

—¿Y qué tienes que hacer, Coop?

—Tengo que pasar varias horas en la cocina preparando la receta de pasta de mi abuela —dijo y, arqueando una ceja, añadió—: Si hubiera ganado...

—Habría sido yo la que hubiera cocinado para él —intervino ella, interrumpiéndolo—. Habéis hecho un gran trabajo, equipo. Habéis descubierto lo que no funcionaba y eso ha sido tan

importante como dar con el problema.

Jayson le dedicó una sonrisa de satisfacción.

–Bien dicho, Gia –dijo Jayson y se volvió hacia el grupo–. Vamos a celebrarlo con una fiesta aquí en ThomKnox. Correrá el champán, pero eso será más tarde. Antes tenemos que acabar de hacer los ajustes que he empezado a incluir y coordinarnos con Marketing para lanzar la actualización cuando teníamos previsto. Gracias de nuevo a todos. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los miembros del departamento volvieron a sus mesas y se pusieron a trabajar. Jayson se levantó de su mesa y siguió a Gia hasta su despacho.

–¿Champán? –preguntó ella nada más cerrar la puerta–. Has sido muy amable.

–¿Amable, eh? –dijo dando un paso hacia ella–. No sabía que estuvieras dispuesta a cocinar para mí.

Gia se cruzó de brazos para que no se diera cuenta de que sus pezones estaban tratando desesperadamente de llamar su atención.

–Bueno, no podía contarles la verdad –murmuró.

–Recuérdame cuál era.

–Tengo trabajo que hacer –replicó ella, ignorando su sonrisa pícaro.

–Sí, yo también.

Antes de marcharse, se volvió. Gia sintió su mirada sobre la falda estrecha negra y la blusa de seda roja que llevaba.

–Estoy muy orgulloso de ti, Gia. Lo digo en serio.

–Gracias.

Jayson esbozó una breve sonrisa antes de salir del despacho y Gia no pudo evitar preguntarse si habrían sido ambos los que habían cambiado en los últimos años.

Después de prometer champán a su equipo, Jayson se dio cuenta de que Gia y él no habían celebrado como era debido su victoria. Sí, era un esfuerzo de equipo, pero se merecía brindar en privado por sus logros.

Llegó ante su puerta y tocó el timbre. Le resultaba extraño tener que llamar teniendo en cuenta que había sido su casa, aunque, tal y como habían comentado últimamente, ya no eran los mismos. Ambos habían cambiado y no estaba seguro de si eso era bueno o no.

La puerta se abrió y apareció su exesposa con la misma blusa roja que resaltaba sus pechos. Se había quitado los zapatos y estaba descalza.

–¿Es sábado ya? –preguntó ella fijando la vista en la botella de champán con un lazo dorado que Jayson tenía en la mano–. ¿Qué traes?

–Champán. Tu favorito. Es la misma marca que he elegido para la fiesta con el equipo. Eso me hizo pensar que tú y yo no lo hemos celebrado.

Gia se mordió el labio, pensativa.

–¿Puedo pasar?

–Solo porque es mi favorito y nunca podría rechazarlo. Aunque estoy segura de que ya lo sabías.

–Me has pillado –dijo él sonriendo.

–Pero solo una copa.

Gia se hizo a un lado para dejarlo pasar. Había una vela encendida en la cocina y se oía música

por los altavoces del salón.

–Qué buen ambiente.

Como antes, pero no lo dijo. Tenía una habilidad especial para poner su toque en todo. Él no había sido capaz de conseguir aquella calidez en su apartamento. Seguía siendo un lugar desangelado.

–Por cierto, no hacía falta que me dieras las gracias delante de todos.

La blusa de Gia se entreabrió, dejando al descubierto su vientre liso y bronceado. Jayson dejó la botella a un lado y la tomó por la cintura.

–¡Tienes las manos heladas! –exclamó y se las apartó de un manotazo.

Jayson la hizo a un lado y sacó un par de copas del armario. Al entregárselas, sus dedos se tocaron. Apenas fue un roce, pero Jayson sintió que sus latidos se aceleraban.

–Apenas las uso –dijo Gia–. Esa balda está muy alta.

Supuso que sería su forma de darle las gracias o tal vez de evitar comentar que eran las mismas copas con las que habían brindado el día de su boda. Si Gia hubiera sido de otra manera, no le habría sorprendido que hubiera tirado todas las cosas que habían compartido. Pero nunca había sido rencorosa.

Lavó las copas y se tomó su tiempo para secarlas mientras él quitaba el precinto a la botella. Cuando fue a descorcharla, ella lo detuvo.

–¡Espera! –exclamó y señaló fuera–. ¿No quieres...

–Es arriesgado.

–Pero es preferible –dijo ella antes de salir.

En el patio, Jayson inclinó la botella y tiró del corcho, que salió despedido por encima de la piscina hasta dar con la valla.

–Me gusta ese sonido. ¿Recuerdas aquella vez que el corcho atravesó la valla?

–¿Cómo olvidarlo? Vaya puntería. Fue a parar a la barbacoa de Neil. Si me lo hubiera propuesto, no me habría salido tan bien.

–Ni que lo digas –convino ella riendo.

Jayson rio también, disfrutando del recuerdo y de la complicidad que había entre ellos.

–Supongo que no todo fue malo. Me refiero a nuestro matrimonio.

–No, no todo fue malo.

Le quitó la botella de la mano y bebió directamente de ella un buen trago de aquel champán tan caro. Él la imitó antes de sentarse en una *chaise longue* y después dio unas palmadas al cojín que tenía al lado, recordando lo que habían hecho la última vez que habían estado allí.

–Nada de trucos –le advirtió y se sentó a su lado, demostrando que tenía tan buena memoria como él.

–Solo somos dos excónyuges compartiendo una inocente botella de champán. ¿Qué podría salir mal?

Gia volvió a dar un sorbo y esta vez se quedó con la mirada perdida en la distancia, aferrada a la botella. Jayson se preguntó si, como él, también estaba pensando en aquella última botella de champán que habían compartido.

Había sido la peor noche de su vida.

## *Capítulo Veinte*

*Dos meses antes del divorcio*

–Pensé que te alegrarías –gruñó Jayson, tan aturrido como enfadado.

Hacer feliz a Gia era un objetivo inalcanzable. Lo había intentado de todas las maneras. Cuando la veía triste, lo sentía como un fracaso, algo que últimamente ocurría con mucha frecuencia.

–¿Alegrarme? –preguntó ella con tono acusatorio.

–Sí –respondió y sirvió champán en ambas copas–. Tenías un problema y lo he solucionado.

–¡Sin hablar conmigo!

–¿De qué había que hablar?

Gia le arrebató la botella y Jayson sujetó la copa impidiendo que se cayera.

–Increíble –refunfuñó ella y abrió la puerta corredera para salir al patio.

Él suspiró y la siguió.

–Me fastidia que hayas comprado un coche sin consultarme. Deberías haberme pedido opinión.

–No paras de quejarte de mi camioneta.

Había comprado el Mercedes que tanto le había gustado a ella en un anuncio.

–Querías algo más tradicional. Es lo que dijiste.

–¡Pero no pensaba que fueras a comprármelo!

–¿Por qué? ¿Porque no puedes comprártelo sola? Soy consciente de la fortuna familiar de los Knox, no tienes que restregármelo por las narices.

Gia dejó la botella de champán en el suelo, a su lado, y se cruzó de brazos.

–¿Es que no lo vas a entender nunca? Me encanta el coche, pero me habría gustado que hubieras tenido en cuenta mi opinión antes de comprarlo. Deja de dar por sentado que sabes lo que quiero y pregúntame.

Cegado por la rabia y la vergüenza, no hizo caso de lo que le estaba diciendo y siguió defendiéndose.

–Todo lo que hago es tratar de darte gusto. Estaría bien que te dieras cuenta de vez en cuando.

–¿Quieres que te dé las gracias por ignorarme y hacer lo que crees que es mejor?

Había sido entonces cuando Jayson se había dado cuenta de su error, pero estaba demasiado enfadado para recular.

–Pues no estaría mal para variar.

De vuelta al presente, estaban sentados en la tumbona, junto a la piscina y bajo el cielo estrellado.

Aquella noche no había manejado bien la situación. Tampoco durante su matrimonio. Había

intentado ser su héroe, pero había fracasado. ¿Cómo un hombre como él iba a superar a Jack, Brannon y Royce, los tres gigantes de la vida de Gia?

Imposible.

Lo había intentado una y otra vez, pero nunca había sabido qué era lo que quería. Por fin creía que lo había descubierto. Lo que quería era ser escuchada y tenida en cuenta. Ahora veía claro que aquella discusión no había sido por el Mercedes, sino por su deseo de sentirse incluida en las decisiones de su matrimonio.

–Estás pensando en la noche que compraste el coche, ¿verdad? –preguntó ella.

–Sí.

–Yo también.

–Fue la última vez que te vi beber champán de la botella.

–Fue la última vez que lo hice –dijo y dio otro sorbo antes de pasarle la botella.

Jayson dejó el champán a un lado, apoyó los codos en las rodillas y se quedó contemplando las ondas de agua en la superficie de la piscina.

–Debería haberte consultado antes de comprarlo.

–Y yo debería haberlo aceptado por lo que era, un regalo. En vez de eso, te acusé de tomar decisiones por mí.

–Aquella noche no salió como esperaba –replicó, recordando lo que había pasado a continuación.

Había sido ella la que había dicho que si no sabían entenderse en lo más básico, estaban mejor separados. Cuando le había preguntado que a qué se refería, había contestado que estaba considerando divorciarse.

–Aquella noche te dije que estaría mejor sin ti.

–No, lo que dijiste fue que estaríamos mejor separados para no seguir haciéndonos daño. Ahí perdí la oportunidad de prometerte que no volvería a hacerte daño. En vez de eso, me negué a dar marcha atrás.

Se había mostrado de acuerdo con ella y le había dicho que si quería el divorcio, no tenía inconveniente en concedérselo. Se había sentido herido en su orgullo.

–Pensaba que no podía hacerte feliz.

–En tu defensa diré que puedo ser muy difícil –afirmó Gia con una sonrisa amable.

–Estabas siendo tú misma y eso fue lo que me enamoró de ti.

La tomó de la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Como ya se había dado cuenta, hablar de sentimientos no era su punto fuerte y tampoco el de ella. Ambos eran incapaces de bajar la guardia y seguramente esa había sido la causa por la que habían acabado separándose.

–Sería muy fácil acercarme y besarte.

Gia se humedeció los labios y adelantó ligeramente la barbilla. Luego, alzó la vista para mirarlo y Jayson le acarició la mejilla. En otra época, veía su futuro en aquellos ojos marrones. Ya solo veía el pasado, un pasado lleno de resentimiento y fracaso que no podía borrar.

–Pero te he prometido que nada de trucos –murmuró.

Había llegado el momento de dejar de hacer lo que quería o lo que pensaba que era bueno para ella. Gia había tenido no una sino dos citas con la intención de poner distancia entre ellos. Había llegado el momento de dejar de seguir insistiendo.

Retiró la mano y se puso de pie. Ella lo miró, sin poder disimular el deseo, pero enseguida recuperó la compostura.

–Conduce con cuidado –dijo recogiendo la botella del suelo–. Gracias por el champán.

–De nada.

Jayson volvió dentro y ella lo siguió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volverse y besarla una última vez. Habría sido como reconocer que no podía vivir sin ella.

Pero sí que podía. Llevaba años haciéndolo.

## *Capítulo Veintiuno*

El sábado por la tarde, Jayson apareció en la casa con un delantal en la mano. Era el que le había regalado Gia las últimas navidades. Al dárselo, aparte de las bromas, también le había dicho que preparaba la mejor pasta casera que había probado jamás, tan buena como la del mejor restaurante italiano de River Grove. No podía negar que se había sentido orgulloso.

Aquella noche se había ido a casa y había hecho la pasta a mano, puesto que la máquina la había dejado en casa de Gia después de separarse. Había hecho tanta como para dar de comer a un regimiento, pero no se había atrevido a llevarle las sobras. La última vez que la había preparado había sido para celebrar su aniversario de boda y, después de que habían estado a punto de acostarse en la boda de Addison y Brannon, no había querido arriesgarse a que sacara una conclusión equivocada.

Encontró la máquina de hacer pasta que les habían regalado por su boda en el mismo sitio en que la habían guardado al mudarse a vivir allí, al fondo del armario de la isleta de la cocina.

Le habría preguntado por qué no la había tirado, pero no estaba en casa. Le había dicho que entrara cuando llegara, que ella tenía unos recados que hacer.

La última vez que lo había dejado solo había sido para salir a navegar con un multimillonario en su yate. Todavía le fastidiaba, aunque no debería importarle. Estaba soltera y podía salir con quien quisiera, como él. Aquello había sido un trago amargo.

No le había dicho adónde iba ni con quién, por lo que aquel sentimiento de celos amenazó con aflorar. Pero se concentró en mezclar la harina con los huevos y empezar a formar la masa.

Estaba empezando a comprobar lo difícil que era pasar página. No lo había conseguido todavía, pero tampoco lo había intentado hasta ese momento.

En los últimos dieciocho meses había visto y hablado con Gia casi a diario. Formaba parte de su vida y, aunque le resultaba decepcionante no compartir cama con ella, había logrado aceptarlo porque no le quedaba más remedio. Entonces, a la mañana siguiente de la boda de Royce y Taylor, se había dado cuenta de algo importante: Gia lo deseaba también.

En el fragor del momento se habían dejado arrastrar, viajando en el tiempo hasta su primer encuentro en aquel mismo cuarto de baño. Era lógico hasta cierto punto, teniendo en cuenta que lo mediocres que habían sido las parejas con las que habían ido a la boda. Pero pensar que podrían seguir adelante sin mayores consecuencias era engañarse.

Cuando había llevado la botella de champán, había sido consciente de la carga emocional que supondría para ambos. Los recuerdos, las discusiones... El sexo, por muy bueno que fuera, no iba a ser la varita mágica que borrara su pasado.

Había reconocido sus errores, pero no había sido suficiente y ya era demasiado tarde. Si se hubiera dado cuenta antes de lo que Gia necesitaba, tal vez aún seguirían juntos.

Golpeó la masa sintiéndose un imbécil y decidió que, aunque no podía cambiar el pasado,

podía hacer algo por el futuro.

Jayson y Gia no vivirían felices para siempre, pero disfrutarían juntos, aunque fuera por poco tiempo.

–Oye, Siri –le dijo a su teléfono y le pidió que reprodujera una lista de música.

Su canción favorita, y también la de Gia, era el tema principal de la película *Rocky*. Al oír los primeros acordes, se animó. Estaba decidido a dar un paso adelante. Sabía cómo tratar a Gia y lo que le gustaba y, a pesar de lo que les deparara el futuro, podían disfrutar de aquel momento.

El presente era lo que importaba.

De vuelta de hacer unas compras, la música recibió a Gia al entrar en el vestíbulo. Se oía la voz de Jayson cantando. Siempre había admirado lo bien que entonaba.

No parecía haberla oído entrar. Se detuvo a la entrada de la cocina y se quedó mirándolo mientras bailaba delante de los hornillos. Llevaba un delantal negro atado a la cintura, seguramente el que le había regalado la última Navidad.

Un solo de batería sonó y Jayson agitó una cuchara de madera en el aire como si fuera él el que estaba tocando. Al darse la vuelta con los últimos toques, la vio.

–Hola –la saludó, dejando caer los brazos–. No te he oído llegar.

–Ya me he dado cuenta –dijo Gia sonriendo y entró en la cocina–. ¡Pero qué bien huele aquí!

–Estoy preparando la salsa –comentó y señaló la cacerola que tenía al fuego–. La pasta está casi lista y el pan de ajo en el horno.

–Estás en todo.

La última vez que había cocinado pasta casera había sido para celebrar el que había sido su último aniversario juntos.

–¿No esperarías salsa de tomate de bote y pan congelado, verdad?

–No.

Era muy detallista y esa era una de las razones por las que se había enamorado de él. No se le escapaba nada y siempre había querido darle todo. Una vez casados, sus atenciones le resultaron asfixiantes. Sin embargo, había acabado buscando la manera de hacerse amiga del hombre al que había prometido amar para siempre.

–¿Sabes? Si hubieras cocinado así más a menudo...

–No lo digas –le advirtió, señalándola con la cuchara de madera, antes de revolver la pasta.

–Iba a decir que estaría más gorda.

–Eso no es lo que ibas a decir.

Le lanzó una mirada y esbozó una medio sonrisa antes de dejar la cuchara a un lado. Luego tomó la botella de vino tinto que tenía abierta, sirvió un poco en la copa vacía que había junto a la suya y se la dio a Gia.

–Toma, a menos que prefieras beber directamente de la botella.

–Ya veo que sigues igual de gracioso desde que nos separamos.

Jayson sonrió de oreja a oreja. Tal vez no se había vuelto más gracioso, pero sí más sexy. Se quedó mirando su trasero mientras daba un sorbo a aquel vino afrutado y de color intenso, que enseguida reconoció en cuanto los sabores estallaron en su boca.

–¿Este vino es...?

–El mismo. Me acordé de que siempre que hacía pasta tomábamos esta añada.

El mismo vino que habían tomado en su aniversario y su favorito desde que hicieron aquel viaje

por los viñedos durante la primera Navidad que habían pasado juntos. Hacía mucho que no lo bebía por miedo a los malos recuerdos. Pero allí estaban. El vino era delicioso, su exmarido estaba en su casa moviendo su bonito trasero y no la habían asaltado los malos recuerdos, solo los buenos.

No había dejado de pensar en la noche en que había aparecido con la botella de champán. Debería haberlo besado, aunque hubieran acabado juntos en la cama. Habría sido mejor que meterse sola en la bañera, anhelando tenerlo allí, independientemente de las consecuencias.

Tampoco iban a acabar casándose otra vez. Sabían a lo que se exponían. Su matrimonio no había funcionado por su necesidad de mantener su propio espacio. No podían estar juntos, pero tampoco separados.

Lo amaba, pero eso no los hacía invencibles. Una cosa era la admiración, la amistad y la compatibilidad sexual y otra la felicidad conyugal.

Tomó con unas pinzas un espagueti de la cacerola y lo probó. Arqueó las cejas y asintió. Gia apretó las piernas. Estaba muy sexy.

–Ya está listo –anunció.

–Iré a cambiarme.

–¿Por qué? Estás muy guapa.

Para una cena en casa, no estaba mal la falda azul y el top de rayas que llevaba, pero quería agradecerle el esfuerzo arreglándose.

–Porque quiero. Tú estás muy elegante.

–¿Ah, sí? –dijo mirándose el pantalón de vestir y la camisa gris con botones negros que tanto le gustaba a Gia.

–Dame cinco minutos.

–De acuerdo.

Sus ojos se encontraron. Su mirada era atrevida, más pícara que distante, casi... tierna.

Apartó la idea de cuánto le habría gustado que hubiera sido así de abierto e irresistible mientras habían estado casados, y subió la escalera para cambiarse para la cena.

## *Capítulo Veintidós*

Jayson deseó que Gia no se hubiera cambiado. Verla con aquel vestido azul escotado que resaltaba sus pechos era una tortura. Cada vez que se inclinaba sobre el plato tenía una bonita visión.

Además, emitía gemidos mientras comía.

–Deberías haber sido chef—observó Gia antes de darle un bocado al pan de ajo.

Había hecho una mezcla con mantequilla, ajo y hierbas con la que había untado el pan antes de meterlo en el horno.

–Hmm, buenísimo—sentenció Gia cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Jayson se ajustó los pantalones y bebió más vino. Tal vez si se emborrachaba, se desmayaría y no tendría la tentación de acostarse con su exesposa.

–Si fuera chef, ¿quién dirigiría el Departamento de Tecnología?

Gia se limpió los labios con la servilleta.

–Supongo que yo.

–¿Quién se ocuparía de Marketing?

Se quedó a la espera de que respondiera, pero Gia se limitó a fruncir los labios.

–Ya encontraremos a alguien—replicó ella.

–¿Mejor que tú?

–Prefiero estar en Tecnología.

–Antes de separarnos, trabajabas en ese departamento.

–Sí, pero tú estabas antes.

Había dejado el departamento aunque no físicamente. Su despacho seguía siendo el mismo que entonces. Jayson había permitido que se quedara allí porque tenía el cargo de conciencia de que se había quedado el puesto que debía haber sido de ella.

–Cuando tu padre se jubiló, creí que te interesaría ser presidenta de la compañía.

–Estaba muy ocupada como para pensar en eso.

Lo sabía. Era una trabajadora incansable.

–¿Y ahora?—preguntó y se inclinó hacia delante, interesado en oír sus planes.

–Me alegro por Royce. Y me alegro de que su nombramiento no haya afectado su relación con Brannon.

–¿Qué me dices de ti, Gia, qué es lo que quieres?

Se quedó mirándolo como si le sorprendiera su pregunta. Ni él ni nadie le había preguntado eso jamás.

–Quiero la paz mundial—contestó divertida y sonrió con ingenuidad antes de darle otro bocado al pan—. ¿Qué pasa, quieres que me aleje de tu departamento?

–Sabes que no. Necesito tener cerca tu inteligencia.

–Por fin un hombre que me quiere por mi inteligencia.

Sonrió y se quedó en silencio. Entre ellos siempre había habido mucho cariño y seguía habiéndolo.

–Siempre te he considerado una mujer inteligente. También atenta y generosa. Admítelo, quisiste sacarme del Departamento de Tecnología, pero no quisiste mandarme al exilio.

–Mi familia jamás habría permitido que eso pasara.

–Pero te va bien sin mí.

–¡Si no te pierdo de vista!

–Tuviste una cita el día después de que nos acostáramos. Sé captar una indirecta.

–¿Otra vez con las mismas? –dijo ella y dejó el tenedor en el plato–. Elias y yo no conectamos. Es un hombre muy aburrido.

Jayson se enderezó en su asiento. Le gustó oír aquello.

–Además –prosiguió–, no puedes estar enfadado porque nada más volver a casa me acosté contigo.

–Fuiste tú la que se quedó en biquini.

–¿Y no pudiste contenerme?

Gia sonrió y esta vez Jayson no apartó la mirada. A pesar de que trataba de mostrarse indiferente, era innegable la tensión sexual que había entre ellos.

–No, no puedo contenerme. ¿Qué crees que estoy haciendo ahora mismo?

–¿Y si... no quisiera que te contuvieras? –preguntó ella–. ¿Y si... quisiera abreviar la cena y llevarte arriba?

Todo su cuerpo gritaba que sí y apretó con fuerza el tenedor. Le pareció que lo más prudente sería no decir nada. No estaba seguro de que no le estuviera tomando el pelo.

Gia se levantó de su silla y se llevó las manos a la espalda, a la cremallera del vestido.

–¿Y si quisiera acostarme contigo aquí y ahora?

La parte superior del vestido cayó y dejó al descubierto su sujetador sin tirantes. Las copas recogían perfectamente sus pechos, resaltándolos.

–Diría que no.

Hizo un puchero con los labios y a punto estuvo de esbozar la sonrisa depredadora que había estado conteniendo. Jayson se puso de pie y en dos pasos llegó a su lado y la estrechó contra él. Con una mano, tiró del vestido y lo dejó caer al suelo.

–Prefiero arriba, en la cama, y con las luces encendidas.

–Me parece bien.

Sin perder un minuto más, la tomó en brazos y subió con ella la escalera. A cada paso que daba, más ignoraba las señales de alarma de su cabeza. Estaban cruzando una línea muy peligrosa. Esta vez, cuando ella se replegara, ¿lo evitaría para siempre?

No había manera de saberlo.

Pero si aquella iba a ser su última vez juntos, quería asegurarse de que nunca lo olvidara.

Cuando coronó la escalera, Gia lo besó en el cuello. La sensación de sus labios en su piel hizo que le hirviera la sangre.

En la habitación, la depositó sobre las sábanas revueltas.

–¿Sigues sin hacer la cama? –le preguntó mientras se desabrochaba la camisa.

Ella se sentó sobre sus rodillas. Sus pechos generosos empujaban por salirse del sujetador y uno de sus pezones asomaba.

–¿Para qué molestarme si voy a deshacerla cuando me meta en ella?

Gia buscó su cinturón y mientras se lo abría, Jayson aprovechó para abrirle el sujetador y acariciarle los pezones hasta hacerla estremecer. Un gemido escapó de sus labios.

–Pensaba que solo hacías ese sonido cuando comías pasta.

–También cuando tengo sexo.

Le bajó los pantalones y Jayson dejó que le quitara el resto de la ropa.

–Pasta y sexo, las dos cosas que mejor se me dan –dijo para que supiera lo que les esperaba.

Sabía que Gia no buscaba un reencuentro ni revivir sus aniversarios. Lo de esa noche solo tenía que ver con el deseo físico, simplemente con el sexo.

Apoyó una rodilla en la cama y se colocó sobre ella. Una medio sonrisa se dibujó en sus labios al echarse hacia atrás para recibirlo.

–Bésame, Jayson Cooper.

–Cuenta con ello, Gia Knox-Cooper.

El ambiente se volvió pesado. Al saborear sus labios y sentir que lo rodeaba con sus brazos, apartó todo recuerdo de cómo había sido suya. Lo había estropeado todo una y otra vez. Aquel podía ser un error más de los muchos que había cometido.

En vez de eso, se concentró en su respiración entrecortada, en la sensación de sus uñas acariciándolo en la espalda y en los mordisqueos en su oreja.

Al poco, sus gemidos llenaron sus oídos cuando alcanzó el clímax y enseguida la siguió. Todo su mundo se oscureció.

Gia se estiró y luego se hizo un ovillo. No quería moverse de la cama. Jayson había salido del cuarto de baño y se había ido al vestidor a buscar unas sandalias de tiras de estilo griego que Gia se había comprado para un disfraz de Cleopatra en Halloween. Se las había quedado solo aquella noche, Jayson le había pedido que se las dejara puestas. Esa noche, el sexo había sido increíble y se había quedado dormida con ellas. Se había despertado con las marcas de las tiras en las piernas y después de quitárselas, él le había besado cada centímetro de su cuerpo. Había a sido una mañana maravillosa.

Jayson apareció con una caja de zapatos blanca.

–¿Qué es esto?

–No lo sé. ¿Qué es?

Al acercarse para abrir la caja, Gia supo exactamente lo que era. Jayson se sentó al borde de la cama y ella se incorporó y cubrió su desnudez con las sábanas mientras miraban lo que había.

–¿Guardaste esto? –preguntó él sacando una tarjeta de cumpleaños con un perro de dientes falsos en la portada.

–Me gustó.

En la felicitación se leía: *Te quiero, esposa. Jayson.*

–Es divertida –añadió y volvió a dejarla en la caja.

Luego metió la mano y sacó un imán para la nevera que habían comprado en su viaje por los viñedos.

–Debería ponerlo en la nevera.

–Tienes muchas cosas aquí dentro. Mira, mi antigua tarjeta de identificación de la oficina.

Tenía el pelo más largo y revuelto y llevaba perilla. Su expresión era apagada y taciturna.

–Pareces un asesino en serie en esa foto.

–Sería un mal día –dijo llevándose la tarjeta al lado del rostro–. Mira, el antes y el después.

–Prefiero el después –dijo Gia estudiando la foto–. Aunque me gusta esa perilla. ¿Por qué te la afeitaste?

–Me cansé.

–Así también me gusta –comentó acariciándole la mejilla–. Unas veces desaliñado, otras impecable. No dejas de sorprenderme.

–Tú también –replicó y le sostuvo la mirada durante unos incómodos segundos.

–Escalaste puestos más rápido que nadie que haya conocido –dijo ella para cambiar de tema.

–¿Ah, sí?

–Sí. Ni siquiera Royce llegó a director financiero tan rápido como tú llegaste a director de Tecnología.

Era la primera vez que se paraba a pensar en eso. Jayson había pasado de ser un diseñador de páginas web con talento a dirigir todo un departamento. Eso la había impresionado. Se había sentido tan eufórica por su ascenso que había querido darle una fiesta, pero él no se lo permitió.

No se había acordado hasta ese momento.

Gia le quitó la caja de las manos y la dejó a un lado, antes de rodearlo con los brazos por el cuello.

–Supongo que se me había olvidado lo bueno que eres fuera del dormitorio y de la cocina.

La sonrisa pícaro de Jayson volvió a aparecer.

–¿Es esta tu forma de pedir más?

–¿Te refieres a la pasta? –preguntó tratando de sonar inocente.

–Me refiero al sexo. ¿Vas a echarme esta noche?

Ella se mordió el labio, pensativa.

–Puedes hacer lo que quieras.

–¿Me estás pidiendo que me quede? –preguntó él, ladeando la cabeza–. ¿O me estás diciendo que me vaya?

–¿Acaso hay diferencia?

Su sonrisa tembló. Había una gran diferencia.

–Ya hablaremos largo y tendido después.

Le apartó la sábana que le cubría los pechos y fue dejando un reguero de besos hasta su ombligo.

–¿Después de qué?

–No te hagas la tonta conmigo. Los dos sabemos que no lo eres.

Ella suspiró y se echó sobre la cama, olvidándose de la caja y de si Jayson tenía que quedarse o marcharse.

A la mañana siguiente, se despertó y lo encontró a su lado. Trató de no pensar en lo mucho que le gustaba encontrarse con su espalda cálida y fuerte cada vez que se daba la vuelta en la cama.

## *Capítulo Veintitrés*

Hacía un mes que Gia había planeado una fiesta en la piscina con su familia y no se atrevía a decirle a Jayson que no fuera después de haberlo invitado. Aunque lo cierto era que nadie se sorprendería de verlo allí, puesto que era uno más.

La noche en que había cocinado para ella, después de hacerle el amor varias veces y de quedarse a pasar la noche en su casa, se había arrepentido de que estuviera allí, y no porque quisiera apartarlo de su lado.

Estaba empezando a desear que formara parte de su vida y eso era peligroso. A pesar de sus intentos por no ablandarse ante él, de alguna manera se estaba abriendo un hueco en su corazón.

Lo había amado mucho cuando habían estado casados, pero ahora lo quería de una manera diferente. Lo que sentía por él era muy intenso. Habían madurado desde su divorcio y estaba convencida de que esa madurez tenía mucho que ver con el hecho de que se hubieran separado.

No había dejado de recurrir a comentarios frívolos y bromas irónicas antes de que la verdad fuera evidente para ella y para su familia.

Se había enamorado de su exmarido.

¿Cómo podía ser lo suficientemente valiente como para intentarlo de nuevo después del fracaso de la primera vez? Además, se había despedido sin más después de pasar la noche haciéndole el amor. Se había marchado tranquilo y sereno, como si lo que había pasado entre ellos no hubiera hecho temblar la tierra.

—Sé lo que ha sido esto, Gia —le había dicho antes de salir por la puerta.

Se había puesto una bata mientras que él llevaba los mismos pantalones y camisa de la noche anterior. Cuando le había preguntado si quería quedarse a tomar un café, él había rechazado su invitación.

Había temido preguntarle a qué se refería y no había podido decirle que lo amaba.

—Sé que mucho de lo que ha pasado entre nosotros es imperdonable y que un puñado de buenos ratos no son suficientes para borrar el pasado. Volver a conectar contigo ha merecido la pena, independientemente de lo que el futuro nos depare.

—Jayson...

—Escúchame. No me arrepiento de nada y espero que tú tampoco —le había dicho antes de inclinarse y besarla—. Tampoco te molestes en evitarme. No me acercaré a ti a menos que haga falta.

Después, había salido por la puerta y no lo había vuelto a ver hasta llegar a la oficina. Cuando Bran le había preguntado a Jayson si se verían en la fiesta de la piscina ese fin de semana, los tres estaban en el despacho de Gia. Para evitar un momento incómodo, Jayson había asentido sin más. Había sido después de que Bran se fuera cuando le había dicho que no tenía por qué ir.

—No pasa nada —había replicado ella—. Ven si quieres.

Ya en la reunión familiar, Jayson estaba en la piscina, bañándose con su sobrina mientras que Gia seguía preguntándose si habría cometido un gran error.

–Reunión de chicas en la cocina –anunció Taylor.

Estaban sentadas a la mesa, tomando el aperitivo.

Brannon y Jayson estaban bañándose con Quinn mientras que Jack y Royce disfrutaban de unas cervezas en las hamacas. Taylor le dejó el bebé a Royce y le hizo una señal a Addi y a Gia para que la siguieran. Luego, se dirigió a la madre de Gia.

–Tú también, Macy.

Gia, sintiendo un nudo en la boca del estómago, siguió por la casa a sus cuñadas y a su madre. Se quedaron alrededor de la isleta de la cocina y todos los ojos fueron a clavarse en ella.

–¿Qué? –preguntó Gia, cada vez más nerviosa.

–¿Ha pasado algo? –preguntó Taylor.

–¿Algo como qué?

–Como que te hayas enamorado locamente de Jayson –intervino Addison.

–Cariño, lo llevas escrito en la cara.

Al parecer, a Macy tampoco se le había escapado.

–¿Se lo has dicho? ¿Acaso te ha rechazado o habéis roto? –preguntó Taylor.

–Nada de eso.

Taylor, insatisfecha con sus respuestas, entornó los ojos.

–Después de cenar pasta –dijo Gia, cohibida por la presencia de su madre–, me dijo que no esperaba que hubiera nada entre nosotros.

–Eso lo dice porque cada vez que se acerca a ti, sales corriendo como un cervatillo asustado –terció Addi–. Lo siento, sé que no es asunto mío y no quiero discutir contigo, pero tengo razón.

Taylor y Macy asintieron con la cabeza.

Incapaz de defenderse, Gia agitó las manos en el aire.

–De acuerdo, le quiero. ¿Qué se supone que debo hacer?

–Ir y decírselo –contestó Taylor–. Estamos cansados de que os paséis el día esquivándoos, que pase lo que tenga que pasar.

–¿Cuánta sangría has tomado? –preguntó Gia.

–Mucha –dijo Taylor–, pero eso no significa que esté equivocada.

–Tengo mucho que perder –anunció Gia.

Si se venía abajo, caería con ella aquella fachada que se había construido tras la que fingía haber pasado página.

–Desde luego –convino Taylor–. Pero tal vez te sorprenda. Habla con él. No tardaremos mucho en irnos.

–Nosotros tampoco. Quinn tiene que echarse una siesta y su madre también –dijo Addison sonriendo con calidez–. Adelante, Gia. Pase lo que pase, cuenta con nosotras.

–Me ocuparé de sacar de aquí a tu padre –prometió Macy.

Unos segundos más tarde, las tres mujeres se unieron en un abrazo con Gia. Estaba muy nerviosa y no sabía muy bien qué quería decirle.

No esperaba una proposición, pero ¿era demasiado aspirar a un reencuentro? Continuar en la senda que estaban sería mejor que nada. Además, tampoco arriesgaba nada, ¿no? Si le confesaba que lo amaba, tal vez se apartaría de su lado para siempre. La otra mañana le había dicho que no tenía de qué preocuparse, que no interferiría en su vida. Y cuando Bran le había preguntado si iría a la fiesta de la piscina, a Jayson le había faltado tiempo para decirle que no era necesario que

contara con él.

Albergaba esperanzas de que esta vez la escuchara, de que siguiera siendo el hombre al que quería y deseaba.

La intriga la estaba matando. No sabía qué esperar. Tenía que confesarle lo que sentía y confiar en que todo saliera bien.

La siguiente hora pasó rápidamente. Su familia no volvió a hablar de amor ni de si Gia había hablado o no con Jayson. Tal y como habían anunciado, Taylor y Royce se fueron al poco, y Addi y Bran enseguida los siguieron.

Macy todavía no había conseguido sacar de allí al padre de Gia.

–No voy a irme hasta que pruebe esa tarta de helado –dijo esbozando su gran sonrisa.

–Lo traeré –dijo Jayson e hizo amago de levantarse, pero Macy lo hizo sentarse de nuevo en la hamaca.

–Quédate haciendo compañía a Jack. Gia y yo lo traeremos.

Gia se encontró de nuevo en la cocina, ante un pelotón de fusilamiento similar al de un rato antes, solo que esta vez había un único tirador.

–¿Cómo estás? ¿Has perdido el coraje? –preguntó Macy mientras sacaba la tarta del congelador y abría la caja.

–Hay mucho en juego, mamá.

–El matrimonio no es algo fácil, te hayas casado una o cuatro veces.

–¿Cómo lo sabes si solo te has casado una vez?

Gia sacó un cuchillo de un cajón y empezó a cortar la tarta.

–Porque las parejas van cambiando y es como si fueran matrimonios diferentes –bromeó su madre–. Todo el mundo comete errores. Jayson cometió los suyos y tú los tuyos. El truco es ser capaz de admitirlo y perdonarse el uno al otro.

–Ha cambiado –afirmó Gia pensando en cómo se comportaba Jayson últimamente–. Habla de otra manera. Sé que es peligroso pensar que la gente cambia, pero...

–Pero lo hacen. Eso significa que tú también has cambiado. ¿Has sido sincera contigo misma? ¿Le has demostrado que eres una mujer distinta?

Gia sintió que los ojos se le humedecían.

–Claro que no. Todo es culpa suya, ¿recuerdas?

–No te pongas interesante conmigo, Gia Knox-Cooper. Has estado insoportable con el divorcio.

–¡Mamá!

–Te quiero, pero si no persigues lo que quieres en la vida, te conformarás con lo que tienes. Llevas años tratando de escapar de la sombra de tu padre y tus hermanos. Ahora tienes la oportunidad de tomar tus propias decisiones y deberías elegir lo que quieres –dijo su madre sirviendo los trozos de tarta en los platos–. Ten, lleva esto. Cuanto antes se coma la tarta tu padre, antes nos iremos.

Antes de tomar los platos, Gia abrazó a su madre.

Macy dio unas palmadas a su hija en la espalda.

–Anda, ve.

Gia se las arregló para deslizar la puerta corredera con los platos en las manos. Jayson y su padre estaban sentados, de espaldas a ella, conversando. Evitó interrumpirlos, demasiado intrigada por saber de qué estaban hablando.

–Gia se lo merece más que yo.

–El asunto no es quién se lo merezca más, Jayson –replicó Jack–. Es quién lo desea. Tú lo deseas de la misma forma en que deseaste ser director de Tecnología.

Jayson se irguió.

–Eso fue un error.

–Te prometí el Departamento de Tecnología cuando viniste a pedirme la mano de mi hija. Se te veía entusiasmado.

Gia parpadeó sorprendida. ¿Había oído bien? Se mantuvo fuera de su vista, decidida a escuchar un poco más.

–No debería haberlo aceptado nunca. Ella se graduó con honores en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, Jack. Está perfectamente capacitada para ocuparse de la parte tecnológica y de su actual puesto en Marketing.

–Sé que es muy inteligente, no dejo de decírselo a todo el mundo.

–Sí, pero lo dices como si fuera un logro tuyo. Además, la tratas como si no pudiera valerse por sí misma. Cuando me pediste que cuidara de ella, pensé que era tu vena paternal. No pensé que fueras a darle un puesto secundario en tu compañía.

–Aun así, no cuidaste de ella, ¿verdad? Se presentó en la boda con ese patinador de tres al cuarto. Me has fallado –dijo Jack y su rostro se empezó a poner rojo–. No pienses que me he olvidado.

–Le he fallado a ella, no a ti. Nuestro matrimonio no tuvo nada que ver contigo y, teniendo en cuenta que te has jubilado, ThomKnox tampoco.

–Pero os estáis viendo otra vez y eso os puede llevar a algo más. Podrías ocupar el cargo de vicepresidente llegado el caso.

–Nuestro matrimonio terminó hace mucho tiempo –anunció Jayson.

Al oír aquello, Gia sintió como si un cuchillo le atravesara el corazón.

–No puedes tentarme con el cargo de vicepresidente.

–Debí despedirte en cuanto te divorciaste de mi pequeña –gruñó Jack.

Macy apareció, con dos platos más.

–Jack, ¿qué significa esto?

Jack se volvió y al ver a su esposa e hija, rápidamente sonrió.

–Aquí están mis chicas.

Sorprendida, Gia se quedó de piedra. Jayson se dio la vuelta y sus ojos se encontraron.

–La tarjeta de identificación –murmuró–. Con razón me parecía raro lo rápido que llegaste a ser director del Departamento de Tecnología.

–Yo se lo di –dijo Jack frunciendo el ceño–. Mi hija no se iba a casar con un don nadie.

–¡Jack! –exclamó Macy.

–Siempre la has subestimado –le dijo Jayson a su padre–. Y yo también, pero al menos me he dado cuenta de mi error.

Jack abrió la boca para replicar, pero Macy se interpuso.

–Ni una palabra más. Jayson, Gia, nos vamos. Gracias por una tarde tan agradable.

–Esto no ha acabado –prometió Jack y se volvió hacia su hija con expresión de culpabilidad–. Puedo explicártelo.

–Ahora no, papá –dijo sin apartar la vista de su exmarido.

En aquel momento tenía asuntos que resolver con ambos, pero el de Jayson era más importante.

Su padre siguió a Macy fuera de la casa. Jayson se cruzó de brazos y esperó hasta que oyó el

coche de los Knox salir del camino de entrada.

–Quería dirigir el Departamento de Tecnología.

–Lo sé.

–¿Y mi padre te lo dio como si fuera una especie de dote? Nunca me lo habías contado y tuviste la oportunidad de hacerlo la otra noche.

–Solo quería protegerte.

–¡Solo quería que me amaras! –gritó ella, con lágrimas rodándole por las mejillas.

Al final, no había cambiado en absoluto.

–¡Lo intenté! ¿Sabes lo difícil que es querer serlo todo para la mujer que no necesita nada?

Gia sacudió la cabeza y Jayson continuó hablando.

–Se te da muy bien apartarme de tu lado.

–¿Qué me dices de la última vez que estuvimos juntos, cuando te fuiste y me dijiste lo que nos esperaba? Me estabas apartando.

–Sé muy bien lo que pasa siempre. En cuanto empezamos a llevarnos bien, das un paso atrás. Solo pretendía darte una salida.

–¡Te estabas protegiendo!

–¿De verdad piensas eso? –preguntó Jayson y su expresión pasó de la incredulidad a la ira en apenas un instante–. ¿Y qué me dices de ahora, cuando tu padre me estaba ofreciendo la vicepresidencia de la compañía en bandeja de plata? ¿También me estaba protegiendo?

–No quiero un puesto de consolación, Jayson.

Dejó la tarta en la mesa. El helado se estaba derritiendo.

–No es de consolación –replicó desesperado, agitando las manos en el aire–. No quieres que te ofrezca nada, pero tampoco permites que tome nada. Y por cierto, te amaba. Te amaba tanto que me sentí como un estúpido. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Claro que podía, pero a juzgar por lo que le acababa de comentar, no querría oírlo. Se sentía culpable por lo mismo de lo que había acusado a Jayson, por protegerse.

–No hace falta que contestes –dijo él–. Esa es la suerte de estar divorciados. Ya no tenemos que darnos explicaciones.

La esquivó para dirigirse a la puerta, pero antes de dejar el patio se volvió una última vez hacia ella.

–Tu destino es llegar a ser vicepresidenta. ¿No querías seguir llevando Marketing además de Tecnología? Aquí está tu oportunidad. Acepta el cargo de vicepresidenta y ocupa tu puesto en Thom-Knox. Por una vez, exige lo que te mereces.

Entonces se fue.

Gia se dejó caer en una tumbona. Las lágrimas nublaban su vista y la cabeza le daba vueltas. Un torbellino de emociones la asaltó. Lo quería, pero temía decírselo. Deseaba ocupar un puesto de mayor peso en ThomKnox, pero no quería arriesgarse a fracasar. Siempre había luchado por tomar sus propias decisiones y asumir sus errores. Ahora se le presentaba la oportunidad y estaba demasiado asustada.

Y lo que era más deprimente de todo era que quería decirle a Jayson que lo amaba, pero no podía.

Él ya no la amaba.

Chester sirvió un poco del líquido dorado en un pequeño vaso y lo empujó hacia Jayson.

–Lo he fastidiado todo –dijo Jayson.

Los tres tequilas que ya se había tomado le habían soltado la lengua. Había ido allí directamente de casa de Gia, demasiado enfadado para irse a la suya y reconcomerse de ira.

Chester, como buen camarero que era, nada más verlo le había preguntado qué le pasaba y Jayson enseguida le había contado todo.

–Nos pasa a todos –dijo Chester–. Ahora, bebe.

–No me apetece.

Pero Jayson se lo tomó de todas formas. Beber hasta olvidar lo idiota que había sido no era un buen plan, pero era el único que tenía. Después de dar cuenta del licor fue a tumbarse al incómodo sofá que había fuera. Parecía como si los cojines estuvieran hechos del mismo material rígido que la estructura. Las palmeras se inclinaban en un extraño ángulo y sintió que el estómago se le ponía del revés. Se incorporó tan rápido como se había tumbado y su cabeza protestó.

–No me gusta este sofá.

–A mí tampoco –terció Mason, saliendo con una bandeja de cervezas–. Y hemos pagado cinco de los grandes por él.

–¿¡En serio!?! –farfulló Jayson, mirando horrorizado a Chester.

–Silencio, esto no tiene nada que ver con mi sofá –dijo Chester y se sentó al lado de Jayson–. Ya sabes que te adoro, pero ¿por qué no le dijiste que su padre te ofreció ese puesto mientras estabais casados?

–Esa clase de secretos siempre acaban trayendo problemas.

Mason se sentó frente a ellos en un sillón a juego con el sofá, pero al menos él tenía un cojín que parecía blando.

–Ni que lo digas. Antes de que tuviera oportunidad, estábamos hablando de divorciarnos y luego... No sé.

Jay frunció los labios. Sabía por qué no se lo había contado a Gia. No quería que lo odiara y esa parecía la dirección que había tomado su relación. Si así era, no lo soportaría.

–Me odia.

–No te odia –intervino Mason–. Está enfadada y con razón. Seguramente se siente como si la hubieran cambiado por un puñado de cabras.

–Gracias, Mason.

Jay tomó su cerveza.

–No seas borde con tu hermano –le advirtió Ches a su marido a la vez que le daba un palmada a Jayson en la espalda–. Está pasando un momento difícil. Jay, puedes quedarte a dormir aquí.

–Sí, quédate a dormir en nuestro sofá de cinco mil dólares del patio –dijo Mason con una gran sonrisa.

–Paso –replicó Jay riendo.

–Se supone que ibas a pasar página –le recordó Mason–. Para eso llevaste a Natasha a la boda, ¿no? Tampoco se suponía que ibas a acostarte con Gia en esa boda ni después, sobre todo teniendo en cuenta que su padre te había sobornado.

–Así no me ayudas, hermanito.

Jayson sentía los brazos pesados y se recostó en el sofá.

–No me gusta este sofá, Ches.

Y con esas, perdió a su único aliado.

–Arreglároslas vosotros solos. Ya estoy cansado de intentar ayudar.

Una vez se marchó su marido, Mason arqueó una ceja y lo miró.

–Si hubieras perdido al amor de tu vida, ¿no harías todo lo posible por recuperarlo, aunque fuera algo temporal? –preguntó Jayson señalando hacia la casa.

–No sabía que siguieras enamorado de ella. ¿Se lo has dicho?

Jayson soltó una carcajada.

–¿Estás de broma?

–No –respondió Mason muy serio–. Si estás enamorado de ella, ¿por qué no se lo dices?

–¿Cuánto has bebido? Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos, y algunas cosas de la peor manera –dijo Jayson y le dio un trago a su cerveza–. Y después de lo que acaba de descubrir, piensa que he estado tratando de controlarla por mi propio beneficio.

–¿Y ha sido así?

–Claro que no, Mason, pero ella lo ve así y, conociendo a Gia, lo único que le importa es su propia perspectiva –dijo y mientras daba otro sorbo a su cerveza, una idea se le ocurrió–. Ya sé, podría renunciar.

–No vas a renunciar. Te gusta trabajar en ThomKnox.

–Podría dejar mi puesto y ofrecérselo a ella, y dedicarme a otra cosa.

–¿Estás colocado?

–No, solo borracho.

No se sentía mal, pero era consciente de que no pensaba con claridad.

–Cuéntale lo que sientes –dijo su hermano–, adelante.

–¿No eras tú el que me aconsejaba que no saliera con mi ex?

–Eso era antes de que supiera que todavía sentías algo por ella. Por cierto, ¿cuánto tiempo llevas enamorado de ella? ¿Y cuánto tiempo vas a permitir que tu arrogancia te impida ir tras lo que de verdad quieres?

–Jack me ha ofrecido la vicepresidencia de ThomKnox.

–¿Qué?

–Me ha contado que se va a crear una vicepresidencia y que cuenta conmigo. Me ha dicho que estando con Gia y cumpliendo mi promesa de cuidarla, la balanza se inclinaba a mi favor.

–¿Qué imbécil!

–Así es Jack.

Pero no solo era así. También era excéntrico y muy extrovertido. Amaba a su familia con una intensidad que Jayson no acababa de entender, en especial después de que su padre nunca se hubiera preocupado por él. Pero Jack también tenía una forma de menoscabar a su familia cuando tenía un plan en mente.

–Pero no te has tomado en serio su propuesta, ¿no?

–No –respondió Jayson negando con la cabeza–. Gia se lo merece. No está hecho para mí.

–¿Que no está hecho para ti? Anda, por favor. Os conozco a los dos. Te romperías la espalda intentando demostrar tu valía, intentando demostrar que no te pareces al indeseable de tu padre. Entonces, cuando Gia se niega a permitir que la controles, te enfurruñas.

–Vete a la mierda.

Jayson estaba cada vez más enfadado.

–Escucha, elegiste a una mujer poderosa. Dale lo que de verdad necesita y no te conformes con encandilarla, ¿de acuerdo?

«Lo que de verdad necesita». Mucho después de que Mason volviera dentro, Jayson seguía dándole vueltas a aquellas palabras.

En algún momento de la noche llegó a la conclusión de que lo que Gia necesitaba no tenía nada

que ver con él ni con lo que quería.

Iba a tener que renunciar a lo que deseaba por encima de todo y estaba dispuesto a hacerlo por ella.

## Capítulo Veinticuatro

Al día siguiente por la tarde, Gia no se soportaba más. Había pasado toda la mañana limpiando la casa y había tirado el flotador con forma de rodaja de limón porque le recordaba a Jayson. También había sacado la máquina de hacer pasta del armario y la había metido en una caja para tirarla.

Había echado a lavar las sábanas antes de encargar una cama nueva para no tener que dormir en la misma en la que había dormido con Jayson.

Vaya desastre más estúpido.

Estaba tan furiosa que se fue a casa de sus padres sin avisar.

Cuando su madre abrió la puerta, Gia entró a toda prisa.

—¿Dónde está?

—En la terraza, como todas las tardes —contestó Macy.

El despacho de su padre daba a una amplia terraza en la que había una mesa y unas sillas bajo un toldo. Las puertas correderas estaban abiertas y encontró a su padre leyendo el *Wall Street Journal*, con un vaso de whisky y la botella al alcance.

—¡Gia! —exclamó sonriendo al verla.

Su pelo canoso y las arrugas de su rostro siempre le habían resultado reconfortantes, pero esa tarde no.

—Me debes una explicación —dijo deteniéndose a su lado—. Y una disculpa.

—Tenía mis motivos.

—Te escucho.

Le hizo una seña para que se sentara en la silla que tenía frente a él y dobló el periódico.

—Siéntate, por favor.

Gia obedeció, pero solo porque se lo había pedido por favor. Seguía furiosa.

—Le diste el cargo de director de Tecnología a Jayson porque pensaste que no lo haría bien. Me ignoraste.

Había ido en busca de explicaciones, pero también para hacerse oír.

—Quería que sintiera que estaba a tu altura. No te ignoré, Gia. Sé perfectamente de lo que eres capaz.

Tenía las piernas cruzadas y apoyó las manos entrelazadas sobre la rodilla.

—Eres una mujer fuerte —prosiguió—. Estoy muy orgulloso de en quién te has convertido. Pero, cariño, Jayson no pertenece a nuestro mundo.

—Así que se trata de guardar las apariencias. Te avergonzabas de él.

—No —replicó su padre en tono firme—. Más bien parecía que era él el que no se sentía integrado e iba siempre a la zaga de vosotros. Es un buen hombre y lo aprecio. Ya veo que todavía lo amas.

—¿Tan evidente es? —preguntó Gia, desplomándose en su asiento.

–Sé que estás enfadada conmigo y lo siento.

Alzó la vista para mirar a los ojos a su padre y comprobar si lo decía en serio. Eso parecía.

–Solo pretendía enmendar mi error. Le estaba ofreciendo la vicepresidencia para que pudieras ocupar el cargo que siempre has querido. Entonces me dijo que debías ser tú la vicepresidenta y empecé a improvisar. Ya sabes que no me gusta que me desafíen.

–Estoy segura de que esa cualidad la heredé de ti –dijo esbozando una sonrisa lánguida.

–Jayson tenía razón. Eres la mejor candidata para el puesto de vicepresidenta, pero no quería que se marchara de la compañía, sobre todo teniendo en cuenta que últimamente estáis... muy unidos.

–¿Pretendías sobornarlo para que siguiera viéndome?

Aquello era horrible.

–Yo diría que lo estaba... incentivando –la corrigió Jack y la tomó de la mano–. Me equivoqué al interferir. Entonces tu madre me dijo que estabais saliendo. Quería verte feliz de nuevo. Has estado muy triste y quería verte sonreír.

–Bueno, darle mi puesto no fue la mejor táctica. Pensaba que se lo había ganado.

–Y así fue. Tiene unas capacidades magníficas. Me preocupa mucho nuestra compañía como para contratar a cualquiera que no esté a la altura. Sinceramente, Gia, pensé que les plantarías cara a tus hermanos cuando anuncié que me jubilaba. Pero nunca te ha interesado presidir la compañía.

–No –replicó, negando con la cabeza.

Era ambiciosa y tenía sus aspiraciones, pero dirigir ThomKnox no le interesaba.

–Y después de eso, no pensé que te interesaría la vicepresidencia.

–No sé lo que quiero.

Pero lo sabía muy bien. Quería a su exmarido.

–Jayson te quiere.

–Lo sé –admitió–, pero no como a mí me gustaría.

–He cometido muchos errores en el pasado. Le llamaré y le pediré perdón. Se lo debo. Pero no le reproches haber aceptado el cargo de director de Tecnología. Prácticamente le obligué a aceptarlo –dijo Jack–. Lo aceptó por ti.

–¿Cómo puede ser eso?

–Le dije que no lo querías, que me pediste que se lo diera a él.

–¡Papá!

–Se te compensó muy bien y pensé que te las arreglarías para llegar a un puesto más alto. Nunca dudé de ti. Lo único que quería era que Cooper tuviera un hueco en la empresa familiar.

–Y lo tiene.

Jayson era una de las razones por las que ThomKnox había tenido tanto éxito.

–¿Cómo están las cosas entre vosotros? –preguntó Jack.

–No han acabado bien. Esta tarde hay una fiesta en el trabajo, así que imagino que el ambiente será relajado.

–Todo esto es culpa mía –dijo su padre poniéndose de pie.

–No, el barco ya hacía aguas –replicó Gia levantándose de su asiento–. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. En cierto sentido fue noble, aunque me habría gustado que me lo contaras. Y que Jayson también me dijera algo. Nos habríamos ahorrado muchos malentendidos a lo largo de los años.

–¿De veras? –preguntó Jack frunciendo el ceño.

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé. Soy tan perseverante como tú, papá.

–La perseverancia es una buena cualidad cuando quieres graduarte con honores –sentenció con una medio sonrisa.

–Pero no en un matrimonio. El compromiso es algo diferente.

–Deja de culparte. Hiciste lo que creíste mejor. Estabas protegiendo tu vida y tus decisiones. Siento no haber bendecido tu unión y haberme entrometido. Yo también estoy aprendiendo –dijo y le tendió los brazos–. ¿Me perdonas?

–Sí.

Gia lo abrazó, entendiendo mejor por qué había hecho lo que había hecho. Al parecer, Jack creía en su fortaleza después de todo aunque lo había demostrado de una manera con la que no estaba de acuerdo.

–Entonces, ¿vas a aceptar el cargo de vicepresidenta?

–Hablaré con la junta directiva –respondió–. Con Taylor, Royce y Brannon. Contigo no, tú ya estás jubilado, ¿recuerdas?

–Lo intento.

Abajo encontró a su madre en el cuarto de estar, sentada en un sofá gris y con un cojín en la espalda. A menudo se ocupaba desde allí de las labores benéficas que desempeñaba. Gia reparó en el montón de papeles que tenía sobre la mesa y sonrió.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó Macy.

–Se ha mostrado muy abierto e incluso se ha disculpado –respondió sentándose junto a su madre–. Supongo que habéis hablado.

–Tu padre y yo tuvimos una larga charla en la que reconoció que no tenía ningún derecho a interferir en tu matrimonio –dijo Macy y dio un sorbo a su té antes de continuar–. Bastante complicado es el matrimonio para las dos personas implicadas. ¿Habéis hablado Jayson y tú?

–Discutimos y se fue –contestó Gia mientras se servía una taza de té.

–Lo siento.

–Lo veré luego en el trabajo. Todavía no sé qué voy a decirle. Papá va a llamarlo para disculparse.

–Bien.

–Por cierto, mamá, ¿en qué estás trabajando? –preguntó, tomando unos papeles que había en la mesa.

–En un proyecto para ayudar a mujeres maltratadas con hijos a encontrar una salida. Se llama HeartReach. Tal vez te suene el nombre de su presidenta.

–Julia Robinson, la madre de Jayson.

–Acudí a HeartReach en busca de apoyo cuando Jayson era pequeño y quiso huir de su padre. No puedo ni imaginármelo.

Tampoco Gia.

–Papá me dijo que quería que Jayson se sintiera valorado e integrado.

–Jayson tuvo un padre que no le hacía honor. Jack siempre quiso animarlo.

–Al igual que siempre me ha animado.

Gia siempre se había sentido querida.

–También tú lo has defendido, cariño. Cuando anunciaste que os divorciabais, insististe en que no lo apartáramos de la familia. No querías que nos perdiera. Tienes un gran corazón, como tu padre.

Gia asintió. Por fin tenía una perspectiva completa. Aquello no tenía que ver con los cargos de ThomKnox o con que Jayson tuviera el trabajo que tanto había ansiado en otra época. La vida tenía que ver con el amor y con lo que era verdaderamente importante: la familia.

–Es increíble que Jayson no se parezca en nada a su padre, ¿no te parece? –dijo Macy quitándole los papeles de la mano a su hija.

–Siempre lo acusé de ser muy controlador –comentó y sacudió la cabeza–, y en el fondo estaba tratando de complacer.

–Bueno, podía haberse expresado mejor. Los hombres siempre piensan que saben lo qué es mejor. Nuestra tarea es corregirlos.

Gia sonrió antes de suspirar.

–No sé qué hacer. Le quiero y no quiero perderlo, pero siento que ya lo he hecho.

–Ser valiente es difícil. Di lo que piensas, abre tu corazón y no des nada por sentado.

–Para ti es fácil decirlo –dijo y resopló a la vez que se secaba las lágrimas de las mejillas.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–Ya lo has hecho. Es hora de que tome algunas decisiones para conseguir lo que quiero. Tenías razón, necesito alejarme de la sombra de papá y mis hermanos. Eso va a cambiar a partir de ahora.

–Buena chica.

Gia se levantó para marcharse, pero antes de salir por la puerta se volvió.

–¿Y si no me ama?

–No lo veo posible –contestó su madre–. Royce, Brannon, Jack y ahora Jayson. Todos los hombres de tu vida se mueren por protegerte y cuidarte.

Por primera vez en su vida, Gia se detuvo a pensar en toda la atención que le dedicaban los hombres de su vida.

Tal vez después de todo no estuviera tan mal.

## *Capítulo Veinticinco*

Jayson entró en el edificio ThomKnox con una taza de café en la mano, pero en vez de dirigirse a su mesa, tomó el ascensor y apretó el botón del piso superior.

La actividad bullía como de costumbre en la planta ejecutiva y se oía el sonido amortiguado de teléfonos y teclados. Al igual que en el Departamento de Tecnología, todos los equipos eran los más modernos, pero en las mesas no se veía ni rastro de envoltorios de chocolatinas y tazas de plástico de café. Era como si allí arriba trabajara la nobleza.

Gia pertenecía a aquel entorno.

Había trabajado codo con codo con Jayson durante su matrimonio y también después, y ahora se daba cuenta de que la había estado reteniendo.

Mientras siguiera estrechamente vinculado a ella, Gia seguiría negándose toda oportunidad. Sabía que era porque lo amaba. Tal vez ya no como marido, pero no podía apagar sus emociones como si fueran un interruptor.

Él tampoco.

Se había enamorado de su exesposa ignorando todo sentido común. Siempre la había amado, incluso durante su divorcio, cuando había intentado dejar atrás sus sentimientos. Pero desde que se habían reencontrado, había sentido ese amor de manera más intensa.

Había dejado de preocuparse de ganar terreno o de llevar la razón. Quería darle lo que se merecía simplemente por eso, porque se lo merecía. El sacrificio y los sentimientos iban de la mano.

Además, por mucho dinero que ganara e independientemente del estilo de vida lujoso que llevara, no pertenecía a la misma categoría que Royce o Bran, y mucho menos de Gia. Se había estado engañando. No sabía si el sacrificio que estaba a punto de hacer compensaría todos aquellos años ocupando un hueco que no le correspondía, pero era un comienzo.

Atravesó la estancia y se hizo el silencio. Todos los ojos se posaron en él. Sintió la mirada de Taylor al pasar delante de la puerta de su despacho camino del de Royce.

Debían de haberse enterado de lo que había pasado nada más dejar la casa. Se lo habría contado Gia o tal vez Macy. Eso le ahorrraba la molestia.

Después de llamar con los nudillos, entró en el despacho de Royce. El hermano mayor de Gia se enderezó en su asiento, furioso.

—Gia siempre ha querido lo mejor para ti —dijo Royce—. Se quedó muy triste y con el corazón destrozado después del divorcio y, aun así, insistió en que nada cambiara entre nosotros. Eso le honra.

—Lo sé.

La familia Knox siempre lo había recibido con los brazos abiertos.

—¿Y has pagado la lealtad de mi familia participando en el ridículo plan de mi padre? Además,

habías aceptado el puesto de director de Tecnología porque estabas casado con Gia. Si crees que voy a permitir que te hagas con la vicepresidencia...

–No tengo ningún interés en ser vicepresidente. Nunca debí aceptar el puesto que ocupó. En aquel momento quería agradar a tu padre y que Gia pensara que era digno de ella.

La expresión de Royce pareció relajarse. Suspiró.

–Siempre te admiró, Coop.

–¿Estás seguro? –preguntó Jayson, pero Royce no contestó–. Fui un chico que creció en un hogar roto al que se le daba bien diseñar páginas web. Nunca me imaginé que llegaría a formar parte de la estupenda y poderosa familia Knox.

–Nunca hicimos distinciones.

–Tampoco hizo falta. Gia me amaba y Jack dio su aprobación –dijo Jayson y tomó aire–. Nunca aceptaría el puesto de vicepresidente. Jack estaba actuando a su manera. Le gusta dirigir las vidas de sus hijos en la dirección que cree correcta. Estaba orquestando el reencuentro de Jayson y Gia.

Jack le había llamado a primera hora de la mañana para disculparse por lo que le había dicho en la fiesta. Jayson le había asegurado a su exsuegro que no tenía de qué preocuparse, que se le había ocurrido la manera de arreglar todo lo que había pasado.

–¿Y ahora? –preguntó Royce.

–¿Ahora qué?

–Gia y tú habéis estado... –comenzó Royce y cerró los ojos como si no pudiera soportar lo que estaba a punto de decir–, pasando mucho tiempo juntos.

–Ya no.

Admitirlo en voz alta le dolió más de lo que había imaginado.

–¿Acaso ha sido tan solo una relación física?

Royce se removió incómodo en su asiento.

–¿Qué otra cosa podía ser? –mintió Jayson.

Había estado muy cerca de decirle lo que sentía por ella. Pero eso había sido antes de que Gia oyera su conversación con Jack y descubriera el secreto que había estado guardando.

La amaba, se había vuelto a enamorar de ella y estaba convencido de que esta vez no lo estropearía. Se había propuesto atender sus necesidades y ofrecérselas.

Entonces, el pasado lo había asaltado y se había dado cuenta de que sería incapaz de evitar que todo se estropeará. Él mismo era un desastre y eso era algo que el paso del tiempo no podría solucionar.

–¿Vas a venir a la fiesta de esta tarde? –preguntó Jayson–. Vamos a celebrar que conseguimos arreglar el problema de la tableta, que Gia consiguió salvar la compañía.

–Sí, tengo pensado ir.

–Estupendo. Voy a hacer un anuncio importante.

–Estoy deseando oírlo –dijo Royce.

Jayson no supo si lo decía en serio o no.

Gia llegó al comienzo de la fiesta y se encontró con la organizadora al entrar.

–Se ve todo fantástico, Joanna.

–Gracias, todo está listo. Mi equipo y yo nos quedaremos por aquí para asegurarnos de que todo salga bien.

Joanna se volvió y colocó unas bandejas de sushi. La música sonaba de fondo y Gia se acercó a

un cubo de hielo para tomar un refresco. Taylor y Addison también habían llegado y se las veía muy animadas.

–Cuenta con nosotras para lo que haga falta –se ofreció Taylor–. Estoy muy emocionada por ti.

–Gracias –dijo Gia y las abrazó–. Me alegro mucho de que hayáis venido.

–¿Y perdernos la acción? –intervino Addi–. ¡Eso jamás!

–¡Foto! –las interrumpió el fotógrafo y les dio unas máscaras.

Gia aprovechó para marcharse y evitar el momento embarazoso de las fotos. Justo en ese momento se oyó la voz de su exmarido.

–Atención, por favor.

Jayson, vestido con unos pantalones negros y una camisa gris, se subió a una silla. Su sola presencia imponía y no necesitaba subirse a nada para destacar. Su energía era innegable y Gia había pasado años tratando de evitar que la arrastrase, pero había acabado por aceptar la verdad: Jayson era irresistible.

–Nadie esperaba un discurso, pero he preparado uno.

Su mirada fue a clavarse al fondo de la sala y Gia se volvió al tiempo que sus hermanos entraban. Bran la saludó con la mano y esbozó una medio sonrisa. Royce tenía el ceño fruncido como de costumbre y, al pasar a su lado, puso la mano en su nuca en un gesto de apoyo.

–Hace más de siete años que formo parte de ThomKnox –continuó Jayson–. Fui nombrado director de Tecnología hace cinco, el mismo año que me casé con Gia Knox-Cooper.

Muchos sonrieron con cautela y algunos se volvieron a mirarla.

–Nuestro matrimonio apenas duró y llevo casi dos años tratando de convencerme de que estoy bien. A veces las relaciones funcionan y a veces no, como nos pasó a Gia y a mí. Me he dado cuenta hace poco de que me estaba engañando. No solo estaba enamorado de Gia cuando estábamos casado, sino que lo he estado durante todo el tiempo que llevamos divorciados.

Se oyeron unas exclamaciones de asombro, entre ellas las de la propia Gia.

–Gia es una mujer increíble –continuó Jay–. Es guapa, generosa, fuerte y tiene una inteligencia fuera de serie. Ha estado dirigiendo el Departamento de Marketing y sé que adora esta compañía con todo su corazón, pero ese no es su lugar. Se graduó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y lo que le gusta es codificar. Fue ella la que dio con la solución del problema que ahora estamos celebrando, no yo –dijo y se aclaró la voz–. No me necesita.

Gia sintió que el pecho se le encogía al oír aquellas palabras. No era cierto, claro que lo necesitaba. Pensó en los miembros de su familia que habían intentado cuidarla a lo largo de los años, no porque pensaran que era incapaz o débil, sino porque la querían mucho. Hacía poco había aprendido que se podía confiar en los demás, que debía haber confiado en Jayson mientras habían estado casados.

–Aun así, soy el director de Tecnología de esta compañía o, mejor dicho, lo era –concluyó.

–No –susurró Gia.

Había tomado una decisión sobre lo que quería después de hablar con su madre. Por fin tenía claros sus sueños y objetivos y no tenía miedo de ir tras ellos. Jayson, en su puesto de director de Tecnología, estaba en el lugar adecuado. Su padre no se había equivocado.

–Me gusta este departamento y me gusta todo ThomKnox –estaba diciendo Jayson–. Aprecio a Royce y Taylor, a Brannon y Addison y a Jack y Macy como si fueran de mi familia –añadió y clavó los ojos en Gia–. Quiero tanto a mi exesposa que no quiero ser un obstáculo en su vida. Debería haber hecho esto hace años. No debería haber aceptado un puesto que era para ti. Tenía que haberme marchado por la puerta cuando me dijiste que querías el divorcio, por mucho que

quisiera seguir teniéndote cerca. Así que dejó ThomKnox con efecto inmediato. Gia me sustituirá.

Se bajó de la silla y se oyó el murmullo de los comentarios. Gia sintió pánico en la boca del estómago, pero enseguida se dio cuenta de que podía hacer valer su poder en vez de quedarse en un segundo plano.

—¡Jayson Cooper! —gritó.

No estaba dispuesta a que cometiera un error tan grande.

—Ya he tomado una decisión, Gia —replicó dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Y quién te ha dicho que tienes la última palabra?

Jayson se volvió lentamente. Su rostro reflejaba una mezcla de esperanza y confusión. Amaba aquel rostro y lo amaba a él.

Toda la sala se quedó en silencio. Gia sintió todos los ojos puestos en ella mientras se acercaba a Jayson con los brazos cruzados.

—Como nueva vicepresidenta de la compañía —dijo con voz firme—, no acepto tu renuncia.

## *Capítulo Veintiséis*

*Ese mismo día, un poco antes*

–Gracias a todos por venir –dijo Gia desde la cabecera de la mesa de reuniones, dirigiéndose al comité directivo de ThomKnox–. Tengo una proposición que hacer.

Brannon, jugueteando con el lápiz que tenía en la mano, le guiñó un ojo. Royce, a la izquierda de Gia, sonrió discretamente. Taylor hizo una mueca, como si supiera lo que iba a decir.

–Ya hemos hablado en otras ocasiones de la conveniencia de nombrar un vicepresidente. En la fiesta de la piscina, papá le ofreció el puesto a Jayson.

Brannon arrugó el ceño, al igual que Taylor. Royce frunció los labios.

–Jayson no lo aceptó.

–Pero quiere seguir siendo director de Tecnología –intervino Royce.

Gia lo miró sorprendida. Royce parecía saber más de la cuenta.

–Papá te lo ha contado.

–A mí también –dijo Brannon–. Creo que nos ha llamado a todos para darnos uno de sus discursos acerca de cómo se ha equivocado y de que no volverá a fallarnos.

–Cómo le gusta la grandilocuencia –comentó Gia sacudiendo la cabeza a la vez que sonreía para sí–. Jayson sería un excelente vicepresidente, pero yo sería aún mejor.

Taylor le dio un codazo a su esposo.

–Lo sabía. Me debes veinte pavos.

–No necesito veinte pavos, ya negociaremos las condiciones más tarde.

–De todas formas –prosiguió Gia–, quiero ganarme el puesto de vicepresidenta por mis propios méritos y no por lo que Jack o cualquier otra persona diga. Quiero el cargo. Quiero que abarque tecnología y marketing, mis dos pasiones, y que Jayson se quede donde está, a cargo del departamento que él levantó.

–He tenido esta mañana una reunión con el presidente, el director general y la directora de operaciones –le dijo a Jayson un rato más tarde, delante del presidente, el director general y la directora de operaciones–. He puesto como condición para hacerme cargo de tecnología y marketing que continúes en tu cargo. Necesito tenerte donde estás.

–No me necesitas, Gia, nunca me has necesitado.

Gia buscó en su interior e hizo acopio de fuerzas. Jayson había sido lo suficientemente valiente como para plantarse delante de todos y decirle lo que sentía. Tenía que hacer lo mismo.

–ThomKnox te necesita –afirmó, y con voz entrecortada, añadió–: Y yo también.

–Gia...

–Nunca he tenido el coraje para admitirlo. Nunca quise parecer débil en una familia de titanes. Me he dado cuenta de que el matrimonio consiste en reconocer que necesitas a alguien y convertirte en su otra mitad.

Las líneas en la frente de Jayson se suavizaron al inclinar ligeramente la barbilla.

–Me voy para que no te sientas obligada a estar pendiente de mí. Se supone que debería ser yo el que cuidara de ti.

–Supongo que vamos a tener que cuidar el uno del otro –dijo y se encogió de hombros–. Bueno, si quieres. No quiero que sientas que te estoy controlando.

–¡Qué ironía! –exclamó esbozando una sonrisa.

Ella se la devolvió.

–Te quiero, Gia. He cometido muchos errores. He seguido aferrado a ti sin darme cuenta.

–Ambos cometimos errores –dijo tomándolo de la mano–. Ambos nos equivocamos.

–Sí, tienes razón.

–Tengo una idea mejor de cómo puedes compensarme y no tiene nada que ver con que dejes ThomKnox. No puedes dejarme en la estacada y obligarme a que encuentre un buen directivo para que dirija este departamento –dijo poniéndose serio–. ¿Nos entendemos?

–Sí, jefa.

–Eso me gusta.

Él se inclinó para susurrarle al oído.

–Pero solo aquí. En el dormitorio ya sabes quién está al mando.

Cuando se apartó, Gia sintió que se ponía roja.

–Jay, tenemos público –dijo en voz baja.

–Cierto, ya hablaremos más tarde.

Taylor rompió el silencio.

–Por el director de Tecnología y la nueva vicepresidenta –dijo alzando su vaso de plástico.

Los asistentes aplaudieron y vitorearon.

Cuando empezó el baile y todos se dispersaron, Gia y Jayson seguían sin moverse de donde estaban.

–¿Qué vas a hacer esta tarde? –pregunto él.

–Lo de siempre –respondió ella y se encogió de hombros–. Hacerme la cena, tomarme una copa de vino delante del ordenador, esperar a que me traigan la cama nueva que he comprado...

–¿Has comprado una cama nueva?

–Quería una diferente puesto que la otra era tuya.

–¿Y ahora?

–Ahora creo que deberíamos estrenar la nueva.

–Bésame, Gia.

–No, bésame tú.

–¿Qué te parece si encontramos un punto medio?

–Eso es precisamente lo que vamos a hacer a partir de ahora.

## *Epílogo*

Gia estaba acurrucada en un rincón del sofá, con el ordenador portátil encendido. Le pesaban los ojos y estaba deseando acabar aquella última parte.

De pronto, el aparato desapareció de sus manos. Jayson se lo quitó y se lo cambió por una copa de vino.

–¡Estaba trabajando! –protestó, pero aceptó la copa.

–Siempre estás ocupada. Seguirías trabajando hasta que se te cayeran los ojos. Pero ¿qué es esto? –preguntó al ver la pantalla–. ¿Estabas jugando al Candy Blaster?

–Es muy adictivo.

Jayson se sentó a su lado y le pasó un brazo por la cintura.

–Tú sí que eres adictiva, Gia Knox-Cooper.

Desde que había aceptado el cargo de vicepresidenta, había trasladado su despacho a la planta ejecutiva y Jayson ocupaba ahora el que había sido suyo.

Jayson había insistido en que se merecía estar en lo más alto de la compañía que llevaba su nombre. Era una Knox y ser vicepresidenta era su destino. Gia estaba por fin aceptando que tenía razón. A pesar de todo lo que había luchado por su independencia, le había costado mucho aceptarla. Como vicepresidenta podía dejar huella en la compañía que tanto amaba. Además, trabajaba codo con codo con Taylor, sus hermanos y Jayson, y esa era la mejor parte.

–Iba a preguntarte sobre...

Él le puso un dedo en los labios y sacudió la cabeza.

–A menos que fueras a terminar tu frase preguntándome por alguna postura sexual, no me interesa.

–¡Jayson!

–Mucho trabajo y nada de diversión. ¿No quieres tomarte un descanso?

Gia dejó la copa a un lado y lo rodeó por el cuello, besándolo en vez de contestar.

Jayson había dejado su apartamento y había vuelto a la casa que habían compartido.

–Quiero hacer un brindis –dijo apartándose de ella para recuperar su copa.

–¿Ahora? Esto se pone interesante.

–Lo sé, pero tengo algo que decir. Es tu *chardonnay* favorito –anunció y esperó a que ella levantara su copa–. Por nuestro aniversario.

–Hoy no es nuestro aniversario.

–Nuestro aniversario no, pero sí el de la primera vez que te vi.

–Eso fue en Nochevieja.

–No me refiero a entonces, sino a la primera vez que te vi en ThomKnox. Recuerdo que estaba hablando con mi equipo y me quedé en blanco al verte pasar. Tuve que soportar durante una semana las bromas de Stevens.

–No me lo habías contado nunca.

Jayson dejó la copa y se puso de rodillas delante de ella.

–Cásate conmigo otra vez, Gia.

–¿Por qué? Sigo llevando tu apellido y vives en mi casa.

–En nuestra casa –la corrigió.

No pudo contener la sonrisa. Estaba deseando casarse con él otra vez.

Jayson había descubierto que no tenía por qué estar demostrándole su valía continuamente. Por su parte, Gia se había dado cuenta de que cuidar de ella era su forma de demostrarle su amor. Ahora estaba segura de que nada se interpondría entre ellos.

–Necesito una nueva máquina de hacer pasta. La anterior la tiraste –dijo esbozando una medio sonrisa.

–Me encanta la pasta que preparas. ¿Qué te parece si convertimos en tradición comer pasta el día de Navidad?

–Gia, te he hecho una pregunta.

–Lo sé, estoy pensando.

–¿De verdad tienes que pensártelo?

–El sí ya lo tienes, pero lo que no soy capaz de decidir es qué aniversario vamos a celebrar en el futuro, si el nuevo o el viejo. ¿Podemos celebrar ambos?

–Se me ocurre una idea. Celebraremos la fecha de hoy, el día que decidimos que nada importa más en este mundo que nosotros. Los anillos, el certificado y la ceremonia no son más que detalles. Lo importante es que esta vez todo irá bien.

Gia le acarició el pelo y lo miró a los ojos.

–Te quiero, Jay.

–Por y para siempre.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de compromiso. Era el mismo que la primera vez, solo que el diamante era mayor.

–Es enorme –dijo asombrada mientras Jayson se lo ponía en el dedo.

–Lo llevé al joyero para que lo cambiara. Es el más grande que pude comprar sin necesidad de que tuvieras que empujar un carrito para llevarlo. Aunque no me niego a que empujes un carrito para otra cosa.

–¿Para un perro?

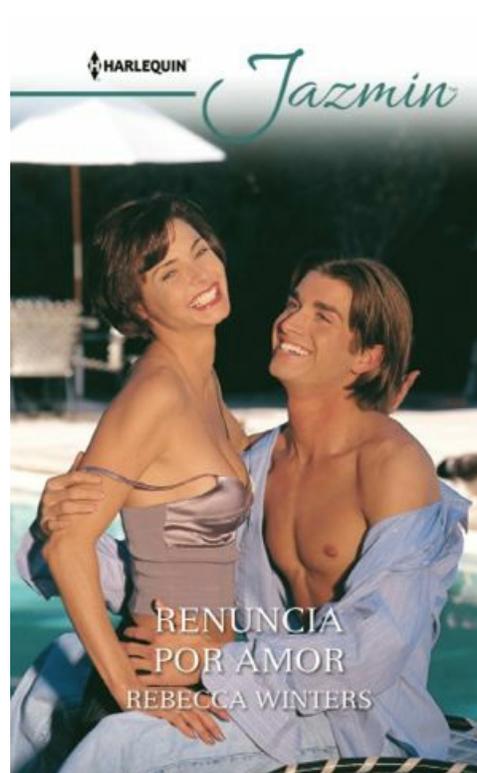
–Para un perro, un bebé o tu colección de muñecas. Lo que tú quieras, esposa mía.

Gia le acarició la mejilla y frotó su nariz con la suya.

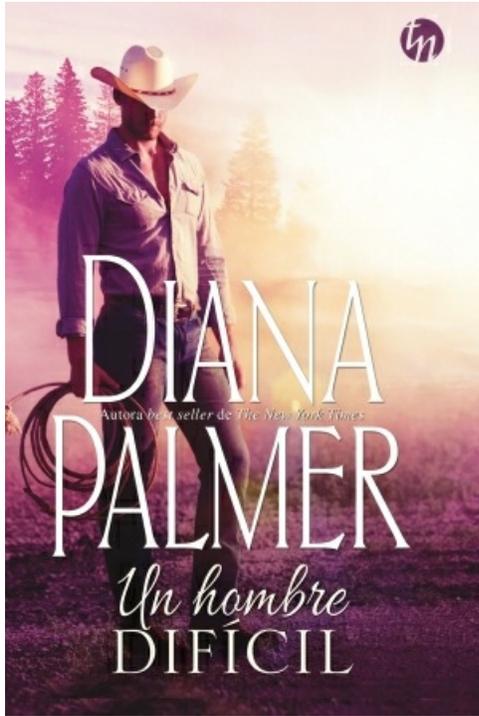
–Me gusta cómo suena eso, marido. Estoy deseando darte todo lo que quieras porque te quiero mucho.

–Cariño, ya me has dado todo lo que quería. Cualquier cosa a partir de ahora será la guinda del pastel.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

*"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".*

## **The Romance Reader**

*"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".*

## **Aff aire de Coeur**

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

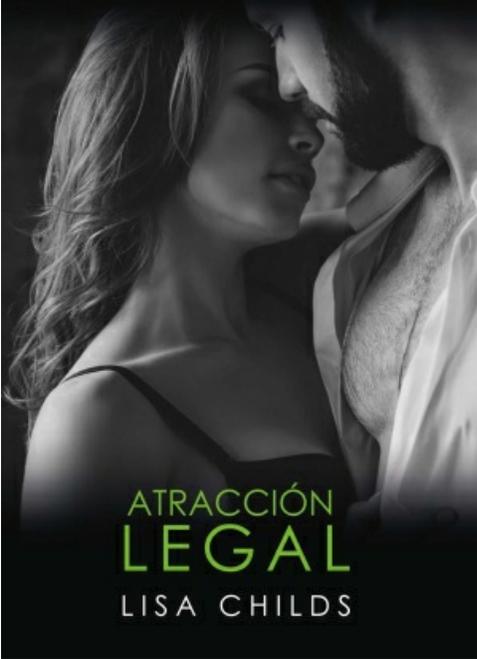
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL

LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

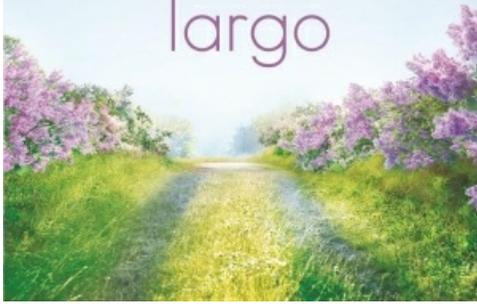
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

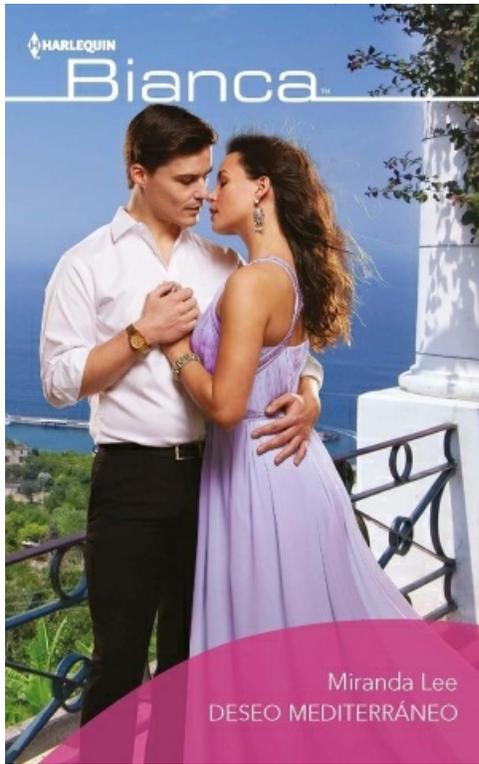
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)